

DE LA DOMINICA DÉCIMA POST PENTECOSTEM
 predicada á 22 de Julio de 1742; 2 de Agosto de 1744 y 30 de Julio de 1747.

Publicanus á longé stans nolebat óculos ad cælum levare, sed percutiebat pectus suum dicens: Deus propitius esto mihi peccatori.
 Luc. XVIII. 13.

1. Será difícil Señores, que encontreis otras señales mejores de un pecador verdaderamente arrepentido, que las que la magestad de Cristo nos describe en la persona del publicano del evangelio. En él todo respira penitencia. Qué humildad! Se queda junto á la puerta del templo: *A longé stans*. Qué modestia! No se atreve á levantar sus ojos al cielo: *Nolebat óculos ad cælum levare*. Qué mortificacion! Hiere á duros golpes su pecho: *Percutiebat pectus suum*. Y qué conformes son á lo que se ve sus sentimientos interiores! Se reconoce miserable pecador, y clama á Dios misericordia: *Deus propitius esto mihi peccatori*.

2. Muy distintas señas se descubren en el fariseo que fué al templo á la misma hora que el publicano. Miéntas aquel soberbio ocupa el primer lugar, este se contenta con el ínfimo, y aun cree que no merece entrar por las puertas de la casa del Señor. Miéntas aquel hinchado levanta la cabeza y la vuelve á todas partes, este tiene clavados sus ojos en el suelo. Miéntas aquel lleno de amor propio hace una oracion injuriosa á Dios por la vana ostentacion de sus ayunos y limosnas, é injuriosa á los hombres por la malignidad con que reprende sus operaciones: este cubierto de verguenza y confundido con el conocimiento de su propia miseria, no pide sino misericordia: gime llora, y irritado contra sí mismo hiere su pecho para castigar, como dice S. Juan Crisóstomo, la parte mas delincuente que es el corazon, funesto origen de su avaricia de su ira de su impureza y de todos sus pecados.

3. Reparad bien Oyentes míos, en las medidas que toma este famoso penitente, á fin de concebir un dolor de vuestras culpas, de tener una contricion como la suya. Ofendió él mas á Dios que vosotros? Habeis cometido mas pecados que él? Esto toca juzgarlo al soberano juez de vivos y nuertos: y yo solo podré deciros de su parte que si salís del templo tan contritos como el publicano, os volvereis á vuestras casas justificados: *Amen dico vobis descendit hic justificatus in domum suam*. Mas no penseis que para quedar contritos y ser justos, os basta tener un dolor natural un dolor estéril un dolor pasajero de vuestras culpas. Porque el dolor de contricion debe ser so-

bre-

brenatural amargo constante, como os haré ver en las tres partes de mi plática.

Primera parte.

4. Aunque algunos tengan por dura la ley que nos obliga á confesar nuestras culpas; con todo siempre he tenido por mas fácil su cumplimiento, que no el de la que nos prescribe un verdadero dolor de haberlas cometido. Y aun si he de decir lo que siento, ni encuentro ni jamas he encontrado la menor dificultad en la confesion. Porque qué trabajo nos cuesta el emplear un rato en examinar nuestras conciencias? Y despues qué horror nos puede causar el decir los pecados que la memoria nos acuerda á un hombre que ha de guardar un secreto inviolable y sacrosanto? Y como por otra parte todos sabeis que la confesion diminuta es sacrílega, y la absolucion nula, no es una especie de locura el callar los pecados en la confesion? Los que ó las que los callan por verguenza, no perdieron el juicio? Qué impresion pueden hacer en sus ánimos las mas bien ponderadas razones? Los tales son á mi entender casi incorregibles.

5. Pero quando se trata del dolor de contricion que debe preceder ó acompañar á la confesion, aquí de la dificultad aquí del trabajo aquí del engaño. Porque os parece fácil Cristianos míos, tener un verdadero dolor de contricion? Os parece que basta una consternacion como la de Cain? un quebranto como el de Esaú? un remordimiento como el de Saul? una humillacion como la de Acab? Ah, á cuántos engañan estas aparentes equívocas señas de dolor! Cuántos entran en el templo con gran desembarazo con gran sosiego, y queriendo ser privilegiados, son los primeros en confesar no tanto sus vicios como sus virtudes? Y estos están contritos? vuelven á sus casas justificados? Como el fariseo del evangelio. Porque no conciben aquel ódio de sus pecados que segun dicen los padres del concilio de Trento, se requiere y causa al dolor de contricion: *Animi dolor, ac detestatio de peccato commisso.*

6. Por eso os aconsejo Señores, que despues de haber cometido muchas veces un pecado, no os creais tan apriesa y tan fácilmente arrepentidos. Qué el avaro á poca costa aborrece de veras las riquezas? El vengativo al desaogo de su cólera? Qué el lascivo luego aborrece á los deleites sensuales y al cómplice de sus torpes delitos? Aquí de toda la diligencia del hombre, aquí de toda la gracia de Dios. Es la mudanza del amor del pecado al odio del pecado obra de gran trabajo, y obra de la diestra del altísimo: *Hæc mutatio dexterae Altissimi (Ps. LXXVI. 11.)*.

7. En esta inteligencia estuvo el pecador publicano del evangelio. Me persuado que ántes de ir al templo, allá á sus solas meditó ó recogitó como David (*Ibid.*, 6.) sus años pasados. Allí midió la

corta duracion de los gustos del mundo, y la eternidad de las penas del infierno: ponderó cuan graves eran sus ofensas, y cuan infinita la magestad de Dios; y al cabo de largo rato concluyó que debía aborrecer al pecado que habia amado, y amar á Dios á quien habia aborrecido. Porque sabiendo que su dolor para ser disposicion á la gracia santificante debia ser sobrenatural en el motivo, no se movió á aborrecer sus contratos usurarios por las quiebras que habia padecido: no sus venganzas por los riesgos á que se habia espuesto: no los torpes placeres por punto de honra, sino que detestó todas sus culpas por motivos sobrenaturales conocidos con la luz de la fe, y principalmente por satisfacer la injuria que habia hecho al criador posponiéndole al amor de las criaturas.

8. Ya el publicano conmovido en parte inmutado va al templo á pedir á Dios que le ayude con los auxilios de su gracia, para que su dolor sea tambien sobrenatural en su principio. Ya clama misericordia: *Propitius esto mihi peccatori*. Ya el ódio perfecto del pecado como que pone á su corazon en la prensa del dolor, para que salga quebrantado molido ó contrito que es lo mismo, atendida la propia significacion de esta voz. Ya el Espíritu divino por su parte aprieta mas para que el dolor penetre mas, y fluya el corazon derretido en lágrimas por los ojos: *Flavit spiritus ejus, & fluent aquæ* (*Ps. cxlvii. 18.*).

9. Haced Oyentes míos, á la luz del evangelio anatomía del corazon del publicano, y luego pasad á registrar el vuestro para ver si está perfectamente contrito. Aborreceis á los pecados? Los aborreceis por motivos sobrenaturales? Os sentís penetrados de un verdadero dolor y tristeza de haberlos cometido? Me alegro pues, os diré con S. Pablo (*II. Cor. vii. 9.*): *Nunc gaudeo, quia contristati estis ad penitentiam*. Pero aun no basta ese dolor verdadero y sobrenatural: es menester para que sea de contricion, que sea amargo y penitente, como vereis en mi

Segunda parte.

10. No son ménos desagradables á los ojos de Dios en sentir de S. Agustin, los que lloran lo que no deben llorar, que los que no lloran lo que deben llorar. Muchos lloran la pérdida de los bienes temporales; y muchos no lloran la pérdida de los bienes eternos. Cuando un incendio ú otro golpe de fortuna los empobrece, aquellos gimen; y gimo yo dice el Santo, porque gimen mal. Cuando estos no gimen, gimo yo tambien porque dejan mal de gemir: *Multi gemunt, gemo & ego, & hoc gemo quia male gemunt* (*S. Aug. Enar. in Psalm. ci. Serm. 1.*). Se afligen, y procuran reparar el daño. Cuando su propia voluntaria culpa les priva de la gracia de Dios y los reduce á la mayor miseria, no lo sienten: á lo mas lo sienten

con

con un sentimiento dulce estéril incapaz de satisfacer la injuria y de recobrar la gracia.

11. Con aquellos hablaba Dios por el profeta Malaquías (II, 13.) cuando decia: Habeis inundado con vuestras lágrimas mi altar: las bóvedas de mi templo resonaron al eco de vuestros sollozos. Mas ah infelices! No volveré los ojos á vuestros sacrificios profanos, no me conmueven esas lágrimas que nacen no del dolor de haberme ofendido, sino de la pérdida de un bien que amabais en ofensa mia. Con los otros hablaba Jesucristo por boca de David cuando decia (Ps. LXVIII, 21.): He aguardado que alguno tomara parte en mis penas, se afligiera conmigo, y nadie lo ha hecho. He buscado en mis compañeros consuelo á mis males, y no le he hallado. Porque aunque mis discípulos se pusieron tristes al verme entre agonías, fué con una tristeza muy dormida.

12. Por eso repara muy bien el mismo S. Agustin, que hay un dolor que despierta y otro que adormece. Un dolor amargo activo que no nos deja sosegar: otro dulce indolente que nos infunde una quietud letárgica, una inaccion y un horror á las obras de penitencia. Tal vez dormimos Oyentes míos, en una apacible tristeza tan bien hallados con el sueño, que nos molesta la menor vigilia, y para evitarla decimos á nuestras conciencias con las palabras del Esposo, que no despierten con remordimientos á nuestras almas dormidas (Cant. VIII, 4.): *Ne suscitatis dilectam*. Somos pues muy semejantes á David que perturbaba todas las noches el sueño para pensar en sus pecados, y se hacia tanta violencia para llorar, que bañaba en lágrimas su real cama, ó por mejor decir su cama de dolores: *Super lectum doloris mei* (Ps. XL, 4.).

13. Qué dolor es el nuestro Fieles míos? No nos ha de tener siquiera media hora despiertos para llorar nuestras culpas? Qué penitencia es la nuestra tan contemplativa tan lisonjera tan á gusto de nuestro paladar? Todo han de ser Padres nuestros y Ave Marías, sin que se hable de la mortificacion de los sentidos? Hemos de ayunar los sábados por costumbre, y hemos de ser toda la semana glotonnes de vicios? Hemos de oír misa todas las mañanas, y todas las tardes hemos de ir al teatro al paseo ó á la conversacion peligrosa? Ah penitencia! Ah Dios mio! Vos que pesais las lágrimas y aun la misma justicia, os dais por satisfecho de nuestro dolor estéril? Sois Vos quien nos ha enseñado este nuevo secreto de una contricion amiga del placer, enemiga de la pena? Entre tantos penitentes que nos habeis propuesto por ejemplares á nuestra imitacion, se hallan algunos de este carácter?

14. Yo no los encuentro Oyentes míos. Porque si abro la sagrada escritura, leo que cuantas veces habla Dios de contricion, mezcla con la tristeza ó dolor el ayuno el saco el cilicio y la mortificacion.

Si

Si pongo los ojos en el primer hombre primer pecador y primer penitente, le veo á mas de adolorido condenado á un trabajo penoso á una muerte dura en castigo de su pecado. Si pregunto á Orígenes, qué es un penitente? Me responde que es un hombre, que como Job atormenta su carne sin cesar, ó que es un hombre que como David no aparta los ojos de la espantosa vision de sus culpas, que le perturba á todas horas, y le aparta de las diversiones de su córte. Si se lo pregunto á S. Basilio y á los demas santos padres me darán una respuesta que nos llenará de asombro, y nos hará parecer insoportable la penitencia. Qué tibieza la nuestra! Qué fervor el de nuestros mayores, que por espacio de diez siglos se sujetaron á las mas severas públicas penitencias! Ya están anticuadas, me direis. Harto lo siento con S. Carlos Borromeo, y os digo con el mismo que no está abolida la obligacion de mortificar privadamente vuestras pasiones: de llevar el cilicio y ayunar si sois lascivos, de dar limosna si fuisteis avaros, de sufrir las injurias si fuisteis vengativos. Aprended del publicano humildad y modestia para curar las llagas, que causaron en vuestras almas la soberbia el desaogo. Hiriendo su pecho os enseñó á castigar vuestro cuerpo rebelde á la razon: os persuade un dolor fecundo de frutos dignos de penitencia, y un dolor constante, como vereis en mi

Tercera parte.

15. Si no se ha borrado de vuestra memoria la idea que hasta ahora os he dado de la contricion: si la habeis considerado con los padres del concilio de Trento, como un dolor no solo sobrenatural no solo amargo y activo, sino tambien acompañado de un firme propósito de no cometer mas los pecados que aborrecisteis: podreis facilmente comprender que un dolor pasagero interrumpido con frecuentes reincidencias no es dolor de contricion, es un dolor fingido propio como se explica el Crisóstomo, de penitentes de farsa ó de teatro: propio, como dice el Espíritu Santo en varios lugares de la escritura, de penitentes malditos de Dios. Maldito dice el Señor, aquel que reedificará á Jericó (*Josue* *vi*. 26.) ciudad rebelde, derribada al son de mis trompetas. Maldito el filistéo que pondrá sobre el altar al ídolo Dagon, postrado á los pies de mi arca. Maldito el israelita que recoge las cenizas del becerro de oro que se consumió de mi órden. Y por consiguiente malditos los falsos penitentes que reincidís en los pecados representados por esos símiles detestables. Ya fuisteis traidores, y volveis á rebelaros? Muy léjos estais de satisfacerme la injuria que me hicisteis con vuestra desobediencia é infidelidad.

16. Ello es imposible Señores, que habiendo sido una vez pecadores, se diga con verdad que no lo habeis sido. Siempre llevareis la

infame nota de haber ofendido á vuestro Dios y Señor. Y qué remedio habrá para en adelante? No hay otro dice Hugo de S. Victor, que un dolor constante un propósito firme de no volver á ofenderle una mudanza de vida tan perfecta, que podamos decir con verdad que no somos lo que éramos. Así lo enseña S. Ambrosio en el libro segundo de la penitencia (*Cap. 10. ap. Can.*) valiéndose del ejemplo de un jóven que despues de haber vivido amancebado largo tiempo con una muger, se fué muy léjos de su tierra, y no volvió hasta que pasaron muchos años, y hasta que se apagó en su pecho la torpe llama de aquel amor. Encontró un dia en la calle con aquella muger, y pasando sin saludarla, creyó ella que no la habia conocido: le llamó y le dijo: Yo soy. Pero él le respondió: Mas yo no soy yo: *Ego non sum ego*. Pues asimismo los que fuimos pecadores debemos mudarnos de suerte que cuando penitentes podamos decir, que nosotros no somos nosotros: *Ego non sum ego*. Mas ah, qué difícil es esta mudanza! Tuvo por mas fácil S. Ambrosio el encontrar entre los cristianos á quien conservara la inocencia adquirida en el bautismo, que no á quien la recobrará una vez perdida por la penitencia. Qué terrible sentencia para nosotros que hemos perdido la gracia ó la inocencia! Qué seguridad podemos tener de haberla recobrado por la penitencia! Qué seguridad de que nuestro dolor ha sido sobrenatural amargo eficaz! Nosotros que hemos reincidido tantas veces en las mismas culpas. Nosotros que experimentamos á nuestro corazon nada inmutado nada constante en aborrecer el mal y amar el bien.

17. Ah corazon humano, clama S. Agustin, qué lástima me das! Tú mismo debieras tenerla de tí propio si conocieras tu desgracia. Hoy eres de Dios, mañana del demonio. Hoy eres fiel á tu dueño, mañana traidor. Un deleite momentáneo un interes sórdido un punto de honra, un nada ha de apartarte de su servicio? Detente corazon mio: fija tu movimiento con el propósito mas firme: únete con la eternidad de Dios para ser de algun modo eterno é inmutable: *Junge cor tuum æternitati Dei, & infra te erunt omnia mortalia*. Así hablaba S. Agustin con su corazon verdaderamente contrito (*in Ps. xcr.*). Así hablaba con el suyo el publicano del evangelio miéntras heria á duros golpes su pecho. Así hablaba con Dios S. Pablo despues de convertido. Ni la vida decia, dulcísimo Jesus, amado dueño mio, ni la vida ni la muerte, ni la hambre ni la abundancia ni el fuego ni el hierro podrán apartarme de vuestro amor y servicio. Fijad mi voluntad hácia Vos para que os sea fiel en adelante. Estableced en mí un reino eterno. Ya que mis primeros pensamientos se desviaron de vuestro obsequio, os consagro en recompensa todo el resto de mi vida con la confianza de que os dignareis recibirle con regocijo: *Reliquia cogitationum diem festum agent tibi* (*Ps. lxxv.*

11.). O feliz yo , si logro ser como aquellos hombres de buena voluntad á quienes prometiste Señor , vuestra paz ! Ah infeliz de mí si me rebelo ! A qué guerra me espongo ? Quedaré vencido y condenado á un suplicio eterno. Y si aun esto no basta á moveros á contricion Fieles míos , así hablaba tambien María Madalena.

18. Qué perfectos ejemplos de contricion os propone en este dia la Iglesia nuestra madre del publicano y la Madalena ! Si aquel no os mueve á la imitacion , muévaos el dolor verdadero que penetra el corazon de Madalena : el dolor amargo y activo con que llora sus culpas , y en lo mas florido de su edad arroja galas y adornos para vestir saco y cilicio : el dolor mas constante con que huye de los pecados y busca á Jesucristo. Bien puede el Señor entrar en el castillo de Betánia , que allá va Madalena á ungirle con el bálsamo mas precioso. Bien puede subir al calvario , que Madalena será compañera de sus afrentas. Bien puede espirar en una cruz , que Madalena recogerá la sangre para mezclarla con sus lágrimas. Bien puede ser enterado en un sepulcro , que Madalena se quedará de guardia. Bien puede resucitar glorioso , que Madalena será la aurora que adore al sol refulgente. Bien puede subirse á los cielos triunfante , que allá vuela con anticipacion el corazon de Madalena , y lleva tras sí el nuestro que siguiendo sus pasos comienza ó dulcísimo Jesus , por el arrepentimiento de nuestras culpas. A su lado , postrados á vuestros pies decimos que nos pesa de haber pecado : lloramos amargamente de haberos ofendido , abrazados con vuestra cruz prometemos ser constantes en serviros. Perdonadnos Señor , como perdonasteis al publicano y á la Madalena ; fortaleced nuestro propósito con vuestra gracia. Misericordia , &c.

JACULATORIAS.

19. Dulcísimo Jesus ! Qué enormes son las ofensas que he cometido contra Vos ! Qué inmensa es vuestra magestad ! Solo este conocimiento me mueve á que penetrado del mas vivo dolor os diga que me pesa de haber pecado.

Amabilísimo Jesus ! Qué estéril ha sido el dolor de mis culpas ! Qué ligera mi penitencia ! Mas ya abrazado con la cruz de la mortificacion crucificaré mis pasiones rebeldes. Dadme Señor , vuestra gracia.

Benignísimo Jesus ! Hasta donde llega vuestra paciencia ? Hasta donde mi atrevimiento ? Cuántas veces he quebrantado la palabra de no ofenderos ? Cuántas veces me he rebelado ? O bondad infinita ! Y aun me das tiempo para arrepentirme ? Prometo Señor , no ofenderos mas. Perdonadme : misericordia.

PLÁTICAS DOMINICALES,
QUE EL IL.^{MO} SEÑOR
DON JOSEF CLIMENT,
OBISPO DE BARCELONA,
PREDICÓ
EN LA IGLESIA PARROQUIAL
DE SAN BARTOLOMÉ
DE LA CIUDAD DE VALENCIA
DE QUE FUÉ PÁRROCO.

T O M O III.

Se reimprimen à beneficio del Colegio ó Casa
de Huérfanos de Castellon de la Plana,
fundado por S. S. I.

CON LICENCIA , AÑO 1819.

TERCERA IMPRESION.

BARCELONA: EN LA OFICINA DE TECLA PLA VIUDA,
administrada por Vicente Verdager, en la calle
de los Algodoneros.

PLÁTICA XCIV.
DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA

EN SU DOMINICA INFRAOCTAVA XI. POST PENTECOSTEM

predicada á 21 Agosto de 1740, y 18 Agosto de 1743.

Maria optimam partem elegit. Lucæ X. 42.

Y a que la Iglesia nos acuerda por espacio de ocho dias la feliz muerte y gloriosa Asuncion de María señora nuestra á los cie-
los, me ha parecido en el dia de hoy domingo infraoctava tomar esta festividad por asunto de mi plática. Ni puede ser otro á vista de la imágen de María difunta que miro colocada en ese túmulo. Habian de ser los romanos mas obsequiosos con sus cónsules y emperadores, que nosotros con nuestra Emperatriz nuestra soberana Reina? Uno de ellos á vista del augusto cadáver decia la oracion fúnebre, y el primer obligado á decirla era el hijo heredero del mismo difunto. Vuestra piedad Señora, y mi dicha que al pie de la cruz os hizo madre de pecadores, me hizo hijo vuestro, y me constituyó en la obligacion de haceros esta tarde el elogio. Vuestra singular devocion oyentes Feligreses míos, que para su desaogo como si no bastaran ocho dias, logra alargar por dos dias mas en este templo estos cultos, me hace esperar que me oireis atentos. No temais que siendo el asunto una muerte, sea mi oracion fúnebre que os entristezca y horrorice. Estos efectos los causaban las oraciones profanas que oía Roma en las exequias de sus Césares gentiles. Mi oracion bien que sea de honras, ha de ser gratulatoria que llene vuestro corazon de alegría y de regocijo; porque la muerte de María señora nuestra fué el mas feliz instante, la mejor parte de su vida: *Maria optimam partem elegit.*

2. En María santísima encuentra S. Bernardo (*in Assump. B. Mar. Serm. II. n. 9.*) á aquellas dos hermanas de quienes habla S. Lucas, ó por mejor decir sus dos empleos. Distingue dice el Santo, precinde un poco, y la verás Marta en el cuerpo, María en el espíritu: Marta en el ministerio, María en el ocio: Marta en el oficio, María en el júbilo: en una palabra Marta en la vida activa, María en la contemplativa. El Espíritu Santo con admirable artificio unió en la Virgen las excelencias de una y otra vida. Mejor que Marta ejercitó con el Señor dice S. Anselmo (*3. parte. in hom. evang. Lucæ*)

cæ) todas las obras de misericordia. En su útero virginal hospedó á Dios cuando desde el empireo bajó al mundo. De su propia sangre le formó el hermoso vestido de la humanidad que se llevó á los cielos: con el trabajo de sus manos le dió de comer y de beber: visitóle cuando enfermo en la cruz; y luego muerto le enterró en el sepulcro. Desde que nació su hijo Jesus hasta que murió, qué penas qué ansias qué cuidados no tuvo María señora nuestra? Cuándo se apartó de su compañía? Cuándo dejó de emplearse en su servicio? Cuándo siendo madre dejó de ser su esclava? *Ecce ancilla Dómini* (*Luc. i. 38.*). O Marta! exclama santo Tomas de Villanueva. Qué Marta? Ni hubo, ni pudo haber en el mundo tal Marta: *Nunquam fuit ab initio talis Martha* (*S. Th. Villan. de Assumpt. Virg. Conc. i.*).

3. Pero no por eso dejaba de ser María en la contemplacion. Los ejercicios laboriosos de su vida activa no le impedian las dulzuras de la contemplativa. Trabajaba orando, oraba trabajando. María contemplaba al Señor como á su Dios, sin dejar como Marta de servirle por dueño; hasta que despues de su muerte dejando de ser Marta, fué toda María. Ya no alteraron su ánimo los cuidados: ya no afligieron su corazon las penas: ya no fatigaron su cuerpo los trabajos. Ya no pudo llamarse Marta solícita laboriosa: *Martha, Martha solícita es, et turbaris erga plúrima* (*Luc. x. 41.*). Sino que puesta muy de asiento á los pies del Señor: *Sedens secús pedes Dómini*, embelesada como María, toda se ocupó en la oracion logrando con esto elegir por entero la mejor parte: *Optimam partem elegit*. Desde que murió Cristo señor nuestro contemplo que su santísima madre murió para el mundo, y vivió para el cielo: murió en el cuerpo, vivió en el espíritu. Desde entónces contemplo, y intento haceros ver en su alma una inmensa deliciosa no interrumpida felicidad, que no disminuyó su muerte, que aumentó su asuncion gloriosa.

Asunto.

4. En otra ocasion os dije Señores, que es de admirar el que los evangelistas en la sagrada historia que escribieron hablen tan pocas veces, y tan de paso de María señora nuestra. Pero aun causa mayor admiracion que S. Lucas habiendo referido por estenso en el libro de los Hechos apostólicos lo que hicieron los apóstoles despues de la ascension de Cristo señor nuestro, ni siquiera una palabra nos diga del resto de la vida y de la muerte de su santísima madre. Es sin duda mas misterioso silencio que aquel; pero en lugar de disminuir, á juicio de nuestro santo Prelado (*S. Th. Villan. De Nat. Virg. Conc. ii.*) engrandece mas la dicha y la gloria que gozó María ántes de morir y en su muerte, que cuanto pudieran decir cien bocas con cien lenguas de metal. Porque nos hace conocer que la perspicacia de

3. Lucas no pudo penetrar tanta gloria. Estuvo oculta como profetizó el real profeta, allá en el interior del pecho de María (*Ps. xlii. 14.*): *Omnis gloria filiae Regis ab intus*: oculta en su mente contemplativa, en su voluntad abrasada: *In fimbriis aureis*. La virtud del Altísimo que como sombra la protegía (*Luc. i. 35.*): *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*, como sombra tambien la ocultaba á los ojos del mundo. Solo el Espíritu Santo que bajó á su seno veía los favores, las delicias que experimentaba su amada feliz esposa.

5. Que puedo yo pues Señores, decir de un asunto en que S. Lucas no acertó á hablar? Cuán de léjos y con que respeto debo yo mirar aun las paredes de aquella casa en que nuestra Señora estuvo recogida orando continuamente? Fiel su memoria como dice S. Lucas (*ii. 19. 51.*) conservaba cuanto vió hacer á su Dios por la re-dencion del mundo, cuanto le oyó decir para su enseñanza. Acaso diré con Isaiás (*xlxi. 15.*) podia olvidar accion ni palabra alguna de su unigénito Hijo? *Numquid oblivisci poterat mater filii úteri sui?* O bien le contemplaba concebido en sus entrañas ó nacido en un pesebre ó dormido en su regazo ó arrimado á sus pechos. O bien le contemplaba predicando en las ciudades y desiertos, ó aplaudido de las turbas ó perseguido de los judíos ó muerto en la cruz ó resucitado ó triunfante en los cielos. Contemplaba su entendimiento todo lo que habian visto sus ojos; y penetrando la profundidad ó infinita magnitud de tantos misterios, sería continuo el éxtasis, era sublime la elevacion de su mente. Volabas ó águila generosa, volabas mas alto de lo que puede alcanzar mi vista.

6. Qué fervorosos serían los afectos de su oracion! Qué tiernas sus expresiones! Qué dulces sus coloquios! Qué deliciosos qué suaves sus consuelos! Porque aquel mismo inmenso piélago de luces que inundaba su entendimiento dice santo Tomas de Villanueva, era un piélago de llamas que abrasaba su voluntad. Cada pensamiento era como un soplo que encendia su amor. El mismo amor la impelia á meditar lo que amaba su voluntad, y con la meditacion se enardecia mas y mas aquel divino fuego de quien habla David (*Ps. xxxviii. 4.*): *In meditatione mea exardescit ignis*. O virgíneas entrañas! pregunta santo Tomas (*S. Th. Villan. De Assump. Virg. Conc. iv.*) cómo no os consumió el fuego que os inflamaba? O sagrado pecho! cómo no os derritieron las llamas que dentro ardian? Y ó hermosísima entre las mugeres, preguntan las hijas de Jerusalem, cómo tan enamorada de vuestro Hijo podeis sufrir su ausencia? Dinos qué se hizo, á donde fué vuestro amado, irémos á buscarle contigo (*Cant. v. 17.*). *Quó abiit dilectus tuus, ó pulchérissima mulierum, quó abiit dilectus tuus, & quæremus eum tecum*. Id responde María, id os ruego, y si le encontráis, avisadme; porque yo no puedo moverme; á impulsos del amor desfallezco: *Adjuro vos ... ut nuntietis mihi quia amore languo* (*Cant. v. 8.*).

7. Por eso creyera yo Señores, que en este tiempo de que os hablo, bajaban los ángeles enviados de Dios á fortalecer el espíritu de María señora nuestra, á esplayar su ánimo, á llenarla de delicias suavidades y consuelos, para que no la consumieran los ardientes deseos de ver á su Hijo, no la sufocaran los extáticos ímpetus de su amor. Y tambien por otra parte como su voluntad estaba tan conforme con la de su Hijo, que dispuso se quedara en el mundo para bien y consuelo de los fieles á quienes amaba esta Señora como hijos, aunque ansiosa estuvo contenta hasta que llegó el día feliz, el día deseado de su muerte. Mereció que el mismo S. Gabriel bajara segunda vez á decirla: Alégrate Vírgen pura, cumplieronse tus deseos, permite ya que te consuma ese fuego que tanto tiempo ha te abraza: muere dulcemente en el deliquio de tu amor, espira entre los suaves parasismos de tu caridad.

8. Sagrados Apóstoles, murió vuestra madre: gemid llorad tan gran pérdida. Ni aun os han de quedar las preciosas reliquias del cuerpo que adorais difunto en el sepulcro; porque ya el Señor uniéndolas con su alma, las resucita para llevárselas á la gloria. Oíd como dice: Levántate, sal del sepulcro amada mia paloma mia hermosa mia levántate, y ven: *Surge, pròpera amica mea, columba mea, formosa mea, et veni* (Cant. II. 10.). Ven, ven apriesa: vea yo tu cara, suene tu dulce voz en mis oídos: *Veni :: ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis*. No es decente que se corrompa en el sepulcro el cuerpo que no se manchó con el vicio: no es decente que se convierta en cenizas el cuerpo que dió cuerpo á mi divinidad. Ven pues, ven del Líbano, ven á coronarte en el cielo: *Veni de Líbano sponsa mea, veni de Líbano, veni, coronaberis* (Cant. IV. 8.). Piadosas Marias que como fuisteis guardias del sepulcro del Hijo. lo sois tambien del de la madre, mirad como ya esa Señora resucita, ó como que despierta á la voz de su Hijo. Mirad como subiendo á los cielos se va apartando de vuestra vista. Clamad Hamadla decidla por vosotras y por nosotros que estamos interesados en que no se vaya, decidla con Salomon muchas veces que baje, que vuelva: Vuelve soberana princesa, vuelve Sulamitis, vuelve vuelve para que te veamos. (Cant. VI. 12.): *Filia principis revértere, revértere Sulamitis, revértere revértere ut intueamur te*. Y ya que no nos oye, llorad Marias, y lloremos todos nuestra desgracia.

9. Mas no. Suspended el llanto. Son intempestivas las lágrimas y la tristeza en el día en que se celebra el triunfo de María. Acompañad con aclamaciones de júbilo y de alegría el carro triunfal en que sube nuestra Emperatriz á los cielos. A la carroza de Faraon la comparó Salomon en los Cantares (I. 8.): *Equitatu meo in curribus Pharaonis assimilavi te, amica mea*. Y nunca se me representa mas aemejante que en este día en que su cuerpo arrastrado digámoslo así

de los ángeles, lleva como en triunfo al alma de María, y rompiendo la esfera del aire sube al capitolio del empireo. Llega á sus puertas, sale á recibirla toda la angélica celeste milicia, todo el respetable senado de Potestades Tronos Dominaciones Querubines y Serafines. Y admirados de tanta magestad preguntan unos: Quién es esta que subiendo del desierto despide mas fragancia que el humo de todos los aromas de la Arabia? Otros preguntan: quién es esta que sube cual se levanta la aurora de entre las aguas, hermosa como la luna, elegida como el sol? Quién es esta continuan preguntando otros, quién es esta que sube inundada de delicias reclinada sobre su amado? *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto delitiis affluens, in-nixa super dilectum suum?* (*Cant. viii. 5.*).

10. Quién puede celestes espíritus, responder á vuestras preguntas? Quién conoce mejor que vosotros á esa que sube triunfante? No sabeis que es la ardiente incombustible zarza trono del Señor? El vellocino rociado con el rocío del cielo? La misma escala por donde subís y bajáis? La vara de Aaron florida sin humano concurso? No sabeis que es el propiciatorio el arca la urna del maná? Mas claro: no sabeis que es la puerta oriental por donde Dios entró en el mundo, y por donde los hombres han de entrar en el cielo? No sabeis que es el templo de Dios, el tálamo de su Hijo, el sagrario del Espíritu Santo, el domicilio de la Trinidad? La Madre de Dios la Hija de Dios la Esposa de Dios? Pues si esto sabeis ángeles, qué preguntais? No son estas vuestras preguntas segun veo, hijas de la ignorancia, sino de la admiracion. Sabiais quien era la que subia á ser vuestra reina: saliais á recibirla, y al ver el esplendor la magestad con que entraba triunfante en los cielos, atónitos ó deslumbrados preguntabais: Quién es esta? Grande era la idea que teniais de su gloria, pero esta á la vista excedió vuestra idea: *Quæ est ista?*

11. Así Señores, entre admiraciones aplausos y vítores: así entre suaves cánticos, dulces músicas, armoniosos conciertos entra triunfante María señora nuestra en los cielos. Tómanla sobre sus hombros los Tronos, los Querubines con sus alas forman un toldo ó pabellon magestuoso. Su amado Hijo seguido de sus reales guardias y de su lucida córte le sale al encuentro. Qué gozo sentiria Nuestra Señora al verle! Qué deliciosos serian los ósculos! Qué dulces los abrazos! Qué dulces las palabras! Qué tiernos los coloquios! Si como dice S. Pablo (*I. Cor. ii. 9.*) ni los ojos ven ni los oídos oyen ni el hombre imagina lo que Dios tiene preparado para los que le aman, lo que tenia preparado para quien le engendró y le amó sin duda mas que todos, quién puede pensarlo pregunta S. Bernardo, quién puede decirlo? *Quod præparavit gignenti se et proculdubio præ omnibus diligenti, quis loquatur?* (*S. Bern. in Assumpt. B. V. M. Serm. 1.*).

12. Son incomprendibles, son inefables las delicias que gozó

Ma-

María señora nuestra en el día de su Asuncion triunfante. Y es no ménos inefable y en algun modo infinita la felicidad que goza desde aquel día. Su Hijo está sentado á la diestra de Dios Padre, y tiene á su Madre á la derecha. El Padre Eterno y María miran en medio al Hijo de entrambos. Ve el Padre en el Hijo la persona que engendró en la eternidad: ve la Madre en el Hijo la naturaleza humana que engendró en el tiempo. Gózase el Padre en su Hijo: en el mismo se regocija la Madre. El Padre le dice: en mi seno te engendré ántes de producir el mundo: *Ex útero ante luciferum genui te* (*Ps. cix. 3.*). La Madre le dice: en mi seno te engendré para redimir al mundo. Pásmase María dice nuestro santo ilustrísimo de Valencia, de la inmensa magnitud de su gloria. No puede comprenderla, y absorta repite el cántico que cantó en la casa de Zacarías: *Magnificat ánima mea Dominum*, dice, *& exultavit spiritus meus in Deo salutari meo* (*Lucæ i. 46.*). Engrandece magnífica al Señor mi alma enagenada de regocijo; porque el omnipotente hizo en mí alarde, echó el resto de su poder: *Quia fecit mihi magna qui potens est*. Desde hoy me llamarán feliz todas las gentes: *Beatam me dicent omnes generationes*.

13. Sí soberana Reina, cumpliósese vuestro vaticinio: todos os llamamos feliz y bienaventurada. La Iglesia celebra vuestra felicidad eterna como efecto de los aciertos de vuestra eleccion: *Maria óptimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea*. Yo Señores, aunque para manifestaros la felicidad de la muerte y la gloria de la asuncion de María, me he valido de las palabras de S. Bernardo y santo Tomas de Villanueva (*De Assumpt. Virg. Conc. II.*) que ingeniosamente pios buscaron en los Cantares los pensamientos mas sublimes y las expresiones mas nobles; con todo mi cortedad los habrá desfigurado de suerte que no habreis podido formar una justa idea de estos misterios. Yo lo confieso. Pero reparo que los esplendores de María trianfante para su lucimiento no necesitan de las luces ó adornos de la elocuencia. Vuestra gran piedad no ha menester estímulos: por sí misma os hace venerar á María, y aclamarla feliz en su triunfo.

14. Mi profunda veneracion ó Emperatriz soberana, tambien ocurre á las aclamaciones y á los aplausos. Os aclamo mil veces feliz; y con vuestra licencia os diré lo que el troyano á su pretendida protectora: *Sis felix, nostrumque leves quemcumque laborem*. Sed enorabuena feliz en vuestra muerte y asuncion; pero hacendos felices aliviando nuestras miserias. No pretendemos subir á la inaccesible cumbre de vuestra gloria; sino que postrados á los pies de vuestro hijo os rogamos alargueis la mano de vuestro patrocinio, para subirnos á su gracia por la senda de la penitencia. Hemos sido pecadores, deseamos ser justos; para que llegando á ser bienaventurados con la vision de vuestro hijo tengamos el gozo de veros á su lado. Solo el

de-

deseo Señores , de ver á María debia empeñaros á servir á su hijo. No habeis de llegar á ver vuestra madre ? Por toda una eternidad habeis de estar privados de su vista ? No Oyentes amados míos. Disponeos para caminar á la gloria con el arrepentimiento de vuestras pasadas culpas. Decidle al Señor que por ser quien es , por ser Dios hijo de Dios y hombre hijo de María , os pesa de haberle ofendido. Pésanos de todo corazón de haber pecado. Tened piedad de nosotros por vuestro amor y por el de vuestra madre , &c.

Otro Exordio.

15. No he de creer Señores , que por solos humanos respetos se ha transferido á este dia dominica infraoctava de la asuncion de María señora nuestra la festividad de su dichoso padre el gran patriarca S. Joaquin. Qué ? He de pensar que el único fin de esta translacion ha sido la conveniencia que puede acarrear á los cristianos el trabajo corporal de un dia ? No. Fuera hacer agravio á la Iglesia la que gobierna un espíritu superior á todo lo terreno. Fuera desacierto cuando se descubre la razon que aprueba esta providencia. Pues no constándonos del dia en que murió S. Joaquin , para celebrar su muerte ¿ puede hallarse tiempo mas propio que aquel en que se celebra la de María señora nuestra ? Si fué la mayor alegría de Joaquin en el mundo el tener en sus brazos á María , no es su mayor gloria en los cielos el tenerla á la vista ? Ya era Joaquin bienaventurado ántes que muriera María ; pero en su muerte se aumenta en gran manera su felicidad : porque se refunde en el padre toda la que goza su amada hija. Aplaudid pues Señores , aclamad á María feliz , que vuestros aplausos son el culto ó el sacrificio mas agradable á su dichoso padre. Con cuyo conocimiento juzgo hacer el mayor obsequio á nuestro preexcelso patriarca , ponderando esta tarde la dicha de su amada hija y señora nuestra en su muerte y asuncion : la cual segun el modo con que se explica la Iglesia en el evangelio , fué la mayor que alcanzó en su vida : *María óptimam partem elegit.*

En María santísima , &c.

JACULATORIAS.

16. Amabilísimo Jesus ! Con qué fineza amais á vuestra madre y nuestra señora ! Con qué magestad os la subís á los cielos para coronarla reina de los ángeles ! Por su amor por su intercesion os pido que me perdoneis las culpas que he cometido. Perdonad , Señor : misericordia.

Dulcísimo Jesus ! Este dia en que vuestra santísima madre triunfa con gloria de la muerte , venza yo con vuestra gracia á la culpa. Conozca yo mi miseria , y arrepentido diga que me pesa de haberos ofendido.

Benignísimo Jesus! Vuestra madre colocada junto á vuestro trono es mi abogada? Qué dicha! Merezca por sus ruegos vuestra gracia. Merezca veros en su compañía en la gloria. Misericordia Señor, misericordia.

PLÁTICA XCIV.

DE LA DOMINICA XI. POST PENTECOSTEM

predicada á 6 Agosto de 1741: 29 de Julio de 1742, y 23 de Agosto de 1745.

Admirabantur dicentes: Bené omnia fecit. Marc. VII. 37.

1. **N**o me admiro Señores, que las turbas al ver que la magstad de Cristo entrando en la provincia de Fenicia á los ruegos de una muger gentil lanzó los demonios del cuerpo de su hija, y que luego despues en Galilea aplicando los dedos á las orejas y la saliva á la lengua de un sordo y mudo, le restituyó el oído y el habla: no me admiro digo, que al ver estos prodigios le aclamaran universal bienhechor: *Bené omnia fecit.* Ni tampoco me admiro que las mismas turbas, acabando de oír poco ántes la severa libertad con que el Señor reprendió la hipocresía de los escribas y fariseos, aprobaran no una ú otra, sino todas sus obras: porque creyendo que todas sin excepcion eran segun y conforme al órden de su sabia providencia, no podian dejar de calificarlas por buenas: *Bené omnia fecit.*

2. Bien pueden algunos infelices sentirse de la dureza de su estado: bien pueden otros ambiciosos ó lascivos quejarse de que no logran satisfacer su deseo y su gusto: bien pueden muchos ignorantes escandalizarse de la prosperidad de los malos y de la afliccion de los buenos; que nosotros veneramos y alabamos en un todo la providencia del Señor que gobierna el universo, y confesamos con las palabras del evangelio, que cuanto ha hecho y hace está bien hecho: *Bené omnia fecit.* Los que os hallais afligidos de la pobreza ó de la enfermedad y como oprimidos de una larga cadena de calamidades, adorad los designios de la divina providencia, y para conseguir el alivio exclamad con el patriarca Job (1. 21.): El mismo Señor que me lo dió todo, me lo ha quitado: en todo se ha hecho su gusto: sea alabado su santo nombre. Los que estais viendo que una fuerza superior reprime vuestra ambicion y frustra vuestras vanas ideas, admirad los invencibles decretos de la providencia de Dios; y reconoced con Nabucodonosor humillado (*Dan. iv. 32.*) que el Señor tanto en el cielo como en la tierra dispone de las cosas segun su voluntad: que nadie puede resistirle, y pedirle cuenta de lo que hace. Los que sin sumision sin ciencia sin luz como fugitivos de la divina pro-

providencia habeis divagado por los errados caminos del mundo, abrid los ojos, comenzad á ser sabios á costa de aquellos rebeldes, á quienes segun dice el Espíritu Santo (*Sap. xvii. 2.*) la misma providencia unas veces ata con cadenas de tinieblas, otras amedrenta con espectros, ya les quita la fuerza, ya les perturba el ánimo.

3. Jamas ó Dios mio, impunemente se os resisten los mortales: jamas inútilmente se resignan á vuestra voluntad. Por eso confesando que cuanto haceis está bien hecho, me lamentaré esta tarde de la ceguedad y desgracia de los que se rebelan á vuestra providencia, y alabaré la sabiduría y felicidad de los que se abandonan á su conducta. Estas serán Señores, las dos partes de mi plática, y todo su asunto persuadiros que os resigneis á la voluntad de Dios.

Primera parte.

4. Con juiciosa reflexion nos enseña S. Agustin (*in cap. iv. Epist. ad Gal.*) que los hombres quieren que no quieran, se someten á la providencia de Dios; pero con esta diferencia, que respecto de aquellos que voluntariamente se someten, es amoroso padre, y respecto de los otros es severísimo juez. Los unos dice el mismo santo doctor, puestos en el orden que deben, están bajo la proteccion de una providencia misericordiosa y benévola: los otros como que saliéndose del orden, traídos á él padecen el castigo de su infame desercion. Estos rebeldes de cualquier lado que se vuelvan encuentran en Dios un poderoso contrario, que á veces les resiste, y á veces como que cede para su mayor ruína. Ciertamente infelices porque no saben lo que quieren hacer: infelices porque no pueden hacer lo que quieren: infelices aun cuando Dios les deja hacer lo que quieren. Atended las pruebas de lo que os he propuesto.

5. No saben lo que quieren aquellos que apartándose del camino que les señala la mas sabia providencia, siguen el que su ciega pasion les propone. Todo lo que es á gusto de su apetito los atrae, los lisonjea, los embelesa: todo lo que se le opone, les parece inaccesible duro insoportable. Cuando viendo que no saben dirigirse ni pueden ser los árbitros de su suerte, debieran consultar la suprema voluntad de su dueño que sin riesgo los llevara al fin mas dichoso, ellos se forman una especie de providencia falaz que los lleva á un precipicio no previsto. Se me representan semejantes á los que van embarcados en un bajel sin árbol sin timon sin piloto: veo como en la mas deshecha borrasca suben hasta las nubes, como bajan hasta el abismo; pero no veo como pueden librarse del naufragio. Muy bien pueden compararse á los idólatras, que atribuyendo á las criaturas la divinidad y el honor que deben á su criador, pierden como se explica S. Pablo (*Rom. i. 25.*) el sentido y el juicio. No quiero decir que los cristianos ofrezcan inciensos á los falsos dioses; pero contem-

plo que se hacen un ídolo del deleite, y otro de la vanagloria. No consultan con estatuas inanimadas lo que han de hacer; pero lo preguntan como á sus oráculos á las pasiones que los dominan; y una vez olvidados de lo que deben á la providencia, ciegos infelices no saben lo que piden.

6. Cuántos padres ansiosos solicitan para sus hijos un casamiento que creen ha de ennoblecer y enriquecer su familia, y encuentran una muger que la infama y empobrece? Cuántos se empeñan en que un hijo sea eclesiástico para que el otro sea mas rico; y despues lloran la temprana muerte de este, y la escandalosa vida de aquel? No lo consultaron con Dios sino con su ambicion y vanidad. Cuántos mueven un pleito injusto para sacar un buen partido; y luego á mas de la quietud y el caudal le pierden? No lo consultaron con su propia conciencia, sino con un abogado que sabian que no la tenia. Todos estos experimentan el castigo con que Dios amenazaba al pueblo judaico rebelde á su providencia. En lugar de poneros decia, en manos de mi fiel poderosa voluntad, habeis puesto vuestra confianza en la inconstante voluntad de los hombres. En lugar de someteros á mis resoluciones ó decretos, y de no hacer sino lo que fuere de mi agrado, habeis hecho lo contrario, robos homicidios adulterios sacrificios á Baal y á otros dioses falsos y desconocidos. Pero airado juro, que no sabreis lo que os es útil ó dañoso. Yo haré suspender los regocijos en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalem, desolando toda vuestra tierra (*Jerem. vii. 34.*).

7. Así hablaba Dios por boca de Jeremías en otro tiempo á los judíos rebeldes; y así habla ahora Señores, á los que los imitais en la rebelion: á los que no le pedís que os dé alguna seña de su voluntad, sino que solo pensais en hacer la vuestra: á los que le quitais los respetos debidos por tributarlos á un poderoso á un amigo á una muger. Y qué sucede? Que el poderoso os abandona, el amigo os engaña, la muger os ofende, y la divina providencia se opone é impide que hagais lo que quereis: otra prueba de vuestra infelicidad. Qué de ejemplos se me ocurren á la memoria! Quereis que os hable de aquel Cain que manchó sus crueles manos en la sangre del inocente Abel (*Gen. iv. 8.*)? Este bárbaro hermano creyó que su fratricidio le haria dichoso; y le hizo el primer y mas desdichado de los hombres. Pues trémulo y atónito, toda su vida fué por el mundo huyendo de todos, temiendo que habia de matarle el primero que le encontrara. Quereis que os represente á Faraon resuelto á sacrificar á su venganza á los israelitas? Yo decia (*Exod. xv. 9.*) los perseguiré, los cogere, dividiré sus despojos, y arrancando mi espada la clavaré en sus pechos. Pero encontró opuesto á sus designios á un Dios que le confundió le postró y le sepultó entre las ondas del mar bermeja. Quereis que os proponga á Nabucodonosor (*Dan. iii. 19.*) ir-

ritado contra aquellos tres jóvenes que no quisieron adorar su estatua? Manda que atados de pies y manos los arrojen á un horno ardiente. Pero Dios preservándolos de las llamas, burla la cólera del mayor monarca del mundo.

8. Quereis que os haga ver al soberbio Aman (*Esther* VII. 9. 10.) pendiente de la horca que mandó levantar para Mardoqueo? Quereis :: Pero no es menester que registre las historias de los pasados siglos para convencer que los mortales no pueden hacer lo que quieren contra el órden de la divina providencia; porque el mismo Dios que nos dice en la sagrada escritura que desvanecerá las ideas de los hombres, nos hace ver por la experiencia que su testimonio es mas que creible: *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis* (*Ps.* xc. 5.). Y cómo pueden dejar de quedar confundidos y humillados los que se atreven digámoslo así, á luchar con Dios? No es posible. Pero me direis, que vemos cada dia que muchos logran sus ideas opuestas sin duda al órden regular de la divina providencia. Es verdad. No puedo negarlo, Señores. Mas por eso mismo, creedme, son infelices. Nada decia S. Agustin (*S. Aug. Epist. cxxxviii. 2.*) es mas fatal á los pecadores que su pretendida felicidad. Dios la permite para vengarse con ella misma de su rebeldía. Suspende el castigo: con esto la licencia crece; y la voluntad depravada como un enemigo doméstico se fortifica.

10. Loco pérfido Judas (*Math. xxvii. 5.*) mas te hubiera valido que no hubieras ejecutado tu detestable designio: no te hubieras ahorcado con tus propias manos. Injusta bárbara Jezabel (*iv. Reg. ix. 33.*) mas te hubiera valido no quitar la viña y la vida al pobre Naboth: no fuera tu cuerpo arrojado á un muladar pasto de los perros. Abominables judíos, mas os hubiera valido no haber clavado á una cruz á Jesucristo: no se hubiera llenado la medida de vuestros delitos ni padecierais en la dispersion y en el odio universal de todas las naciones, la nota y la pena de vuestro deicidio. Lascivos, mejor os estuviera que la divina providencia se opusiera á vuestros torpes deseos: enemigos, á vuestra cruel venganza: avaros, á vuestras infames usuras. Pero os lo permite, bien asegurada de que á vuestro pesar entrareis en el órden que dejais, pagando en un infierno la pena que tiene destinada á vuestra desercion. Jamas ó Dios mio, impunemente se os resisten los mortales como hemos visto; ni jamas inutilmente se resignan á vuestra voluntad, como veremos en la

Segunda parte.

11. No podemos mejor conocer la sabiduría y felicidad de los que se entregan en manos de la divina providencia, que considerándolos con S. Bernardo (*Serm. 46. in Cant.*) en una disposicion semejante á la de la esposa de los cantares cuando decia, que su

amado era todo de ella y ella toda de él: *Dilectus meus mihi et ego illi*. Tal vez parecerá indiscrecion y temeridad el que la esposa salga fiadora de los afectos del corazon de su esposo. Pero no lo es dice S. Bernardo, porque este es el verdadero estado de los que sinceramente y sin reserva ponen su confianza en la providencia de Dios. Dios es de ellos; y ellos son de Dios. Quieren ellos lo que Dios quiere; y Dios quiere lo que ellos quieren. Qué mayor dicha!

12. Aunque es propio de los hombres el hacer la voluntad de Dios, y no de Dios el hacer la voluntad de los hombres; con todo decia el real profeta (*Ps. cxliv. 19.*) que Dios hará la voluntad de los que le temen: *Voluntatem timentium se faciet*. Porque cuando los hombres son fieles y se resignan en todo á su providencia, Dios como que se despoja de su soberanía para hacer lo que ellos quieren. Cuando logran tener un corazon puro una alma buena una confianza sincera, bien pueden decir con la esposa: *Dilectus meus mihi* (*Cant. 11. 16.*). Mi amado es mio: en mí piensa el soberano: aquel á quien toca el gobierno de todo el mundo y la disposicion de todos los siglos, no se desdenea de encargarse de mi conducta.

13. A mas de la universal direccion de la providencia de Dios sobre todas las criaturas se lisonjea la esposa de que le merece un especial cuidado. En mí fija sus ojos: hácia mí se acerca: con su mano siniestra me abraza, con su diestra me defiende. Todo es mio: es la guía que me conduce, el asilo que me protege, el consejo que me gobierna, la fuerza que me anima, el gozo que me consueta, y la corona que me premia. No pueden Señores, decir otro tanto los vasallos de sus mejores príncipes, los mas favorecidos de sus bienechores, los hijos de sus padres. De solo Vos Dios mio, podemos decir que sois todo nuestro: *Dilectus meus mihi*. Pero bajo la condicion de que seamos del todo vuestros: *Et ego illi*. En vano nos lisonjeáramos de ser felices si no contribuyéramos de nuestra parte. En vano pretenderíamos que vos nos cubrierais con vuestras alas si no nos pusiéramos á vuestra sombra. No fuerais nuestro escudo si no le tomáramos para rebatir los tiros de nuestros enemigos.

14. Con estas expresiones figuradas del real profeta (*Ps. lvi. 2. xc. 5.*) se nos da á entender que la providencia divina solo es útil para aquellos que se le rinden con una sumision voluntaria absoluta y universal. No. No fué de su agrado la sumision forzada de Antíoco ni la sumision condicional de los de Betulia ni la sumision imperfecta de Saul. Aquel Antíoco tan famoso por sus enormes delitos: aquel Antíoco que toda su vida hizo burla y guerra al Dios verdadero, y aun llegó á ponerse en la cabeza la loca idea de divinizarse, herido de una llaga que el sagrado libro de los Macabeos (*II. Mach. ix. c. 9.*) llama divina, conoce que hay sobre si un Señor que juega con los soberanos del mundo, y confiesa que es justo sometersele: *Justum est*

subditum esse Deo. Pero ya llegas tarde infeliz príncipe; como tambien llegan tarde los que enagenados de la prosperidad y embebecidos en las delicias y vanidades á los últimos instantes de su vida se someten á Dios. Es intempestiva forzada esa sumision que debiera ser voluntaria.

15. Tambien debe ser absoluta y no condicional vuestra sumision á la divina providencia para que no merezcáis la reprension que dió Judit (*Judic. viii. 10.*) á los de Betulia que resolvieron entregarse al enemigo si dentro de cinco dias no les enviaba Dios el socorro. Quién sois vosotros decia aquella magnánima viuda, quién sois vosotros para señalar plazos á la misericordia, y poner términos á la omnipotencia del Señor? Y quién sois vosotros puedo decir, que no os sometéis absolutamente á la voluntad de Dios: que en vuestras desgracias ó trabajos os atreveis á decir: Yo tendré paciencia una semana un mes un año pero mas no? Acaso la divina providencia no tiene derecho á hacerse obedecer en todo tiempo? No debe ser vuestra sumision absoluta?

16. Y no basta esto. Debe ser vuestra sumision perfecta. De otra suerte será semejante á la de Saul que publicaba haber cumplido el orden de Dios en la derrota de los Amalecitas: *Implevi verbum Domini* (*I. Reg. xv. 13.*). Pero te engañas, le dijo Samuel. Has quitado la vida á los amalecitas, y has dejado vivo á su rey Agag. No te mandó el Señor que pasaras á cuchillo á todos sin excepcion de personas? Obedeciste en parte, en parte no. Perderás luego la corona y la vida.

17. Ya habeis oído tres funestos ejemplos de una sumision forzada condicional imperfecta. Oíd ahora otros tres heroicos ejemplos de la sumision y obediencia que debéis imitar. El primero nos le da Abraan. Qué no pudiera decir este santo patriarca, cuando Dios le mandó que sacrificara á su hijo? Vos Señor, me le disteis para que fuera el regocijo de mi casa, y ahora me le quereis quitar y con mis propias manos? Me ofrecisteis que seria mi heredero, y ha de morir ántes que yo? Cualquiera otro á lo ménos hubiéra vacilado y obedecido por fuerza. Pero Abraan sale de su casa sin detenerse y sin decirsele á Sara, para que no le pusiera reparos y dilaciones: camina con Isaac hácia el monte: saca la espada, levanta el brazo, y solo un ángel puede suspender el golpe (*Gen. xxii.*). El otro ejemplo nos le da David, que noticioso de la conspiracion de su hijo Absalon sale de Jerusalem descalzo y lloroso; pero tan resignado con la voluntad de Dios, que le dice al sacerdote Sadoc (*II. Reg. xv. 25.*): Restituid el arca del Señor á la ciudad; que si yo merezco su gracia, volveré á adorarla. Mas si me dice que no quiere, estoy pronto á obedecerle: hágase en mí su voluntad. El tercero nos le da el anciano Tobías. Sus parientes le culpaban los excesos de su misericordia en socorrer los pobres y enterrar los muertos; porque se exponia á un

evidente riesgo de perder la vida. Pero aquel santo varon confiado en la providencia de Dios les dejaba decir. Y cuando perdió la vista, este nuevo accidente aumentó su confianza para que sirviera segun se explica la escritura, de ejemplo á la posteridad: *Ut pósteris daretur exemplum* (Tob. II. 12.).

18. No me cansara de proponeros otros ejemplos de sumision á la providencia de Dios; pero considero que os cansariais de oirme. Y así os ruego que imiteis los que os he referido. Dios bendecirá vuestras familias como la de Abraan: confundirá vuestros enemigos como los de David; y si no os da la vista corporal como á Tobías, os dará los ojos espirituales para que veais lo que mas os conviene. Ya vemos Señor, que nuestro mayor enemigo es nuestra propia voluntad. Ya le declaramos la guerra. Prometemos Dios mio, no hacer lo que ella quiere, sino lo que vos quereis. Damos por bien hecho todo lo que haceis; *Bené omnia fecit*. Pero humildemente os rogamos que os digneis hacer en nosotros la gran misericordia de perdonarnos: pues arrepentidos os decimos de lo intimo &c.

Otro Exordio para la misma plática en la dominica infraoctava de la Asuncion.

19. Estaba como en otras ocasiones semejantes, indeciso sobre si os hablaría esta tarde de la muerte y glorioso tránsito de María señora nuestra á los cielos, ó si tomaría algun asunto moral propio de esta dominica. Primeramente comencé á leer el evangelio que canta la Iglesia en la festividad de la Asuncion, y encontré que Marta, aquella misma que gustosa hospedó á la magestad de Cristo en su casa, se quejaba agriamente de que su hermana María no la ayudara á prevenir lo necesario para la comida y agasajo de tanto huésped. No reparais Señor, le dijo puesta en su presencia, que mi hermana me ha dejado sola? Es razon que yo esté muy officiosa sirviéndoos, ella ociosa escuchándoos? Yo atareada, ella descansada? Ea decidla que se levante de vuestros pies, y me ayude: *Dónine, non est tibi curæ, quod soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi ut me ádjuvet* (Luc. x. 40.).

20. Y por poca reflexion que hice sobre estas palabras me vinieron á la imaginacion muchos y muchas que se quejan en el mundo del mismo modo que Marta. Ah! dicen unos: Que no me hiciera yo elérigo ó fraile! Que por mi libre voluntad me metiera en el cuidado de muger y hijos que me agovia! Ah! dicen otras: Que no tenga yo caudal con que pagar el dote para ser monja! Que haya de estar condenada á servir en una cocina ó en un tocador peinando á una muger impertinente! Y aunque contemplaba que María Madalena estaba muy gustosa y como embelesada á los pies de Jesucristo, sin

embargo me puse á pensar que tal vez, y sin tal vez muchas que debieran como ella emplearse del todo en la oracion están disgustadas en los claustros. Ay! dicen, qué ligera qué inconsiderada fuí en meterme entre cuatro paredes? Qué mal hice en privarme de las diversiones y placeres del siglo que apetezco? Pero dejando la correccion ó el consuelo de estas infelices á aquellos que están encargados de su direccion, habré de confesar que el mundo está lleno de Martas quejasas; y que tuvo razon el otro gentil en decir que nadie está contento con su suerte.

21. Sin embargo tengo razon para culparos Cristianos mios, el que no esteis gustosos y contentos en el estado en que os puso la divina providencia. Y mas cuando reparo que no envidiais la suerte de los eclesiásticos y religiosas porque quisierais ejercitaros en la oracion y en las virtudes, lo que tambien pudierais hacer en vuestras casas; sino porque quisierais gozar del descanso y comodidad que apreendeis que gozan aquellos. Ciertamente ese vuestro injusto resentimiento, esa falta de resignacion en la voluntad de Dios es muy desagradable á sus ojos: es la principal causa del trastorno del mundo, y podrá serlo de vuestra condenacion. Porque veo que la magestad de Cristo al oír las quejas de Marta, ni la hizo quedar en su compañia ni dijo á Madalena que fuera á ayudarla sino que las dejó como ántes estaban, á aquella en el ministerio y á esta en la contemplacion: y porque leyendo el evangelio de esta dominica he visto que los judíos ménos ilustrados que vosotros confesaron á boca llena que Dios nuestro Señor todo lo hace bien: *Bené omnia fecit*. Y así conspirando los dos evangelios en un mismo designio, me lamentaré en la primera parte de mi plática de la locura y desgracia de los que se quejan y resisten á la providencia de Dios, y alabaré en la segunda la sabiduría y felicidad de los que se conforman con ella: todo á fin de que procureis resignaros en la divina voluntad.

JACULATORIAS.

22. Soberano Dios y dueño mio! Rebelde á vuestra voluntad no he hecho lo que vos queriais que hiciera, no he obedecido lo que me habeis mandado. Pero ya me rindo á vuestra voluntad, me sujeto á vuestra ley y os pido perdon de haberla quebrantado. Pésame Señor, de haberos ofendido. Misericordia.

Señor y Dios mio! Conozco que mi propia voluntad es mi mayor enemigo. Ya no he de hacer su gusto sino el vuestro: porque en esto consiste mi felicidad. Dadme Señor, vuestra gracia para que acierte á agradaros. Misericordia.

Amabilísimo Jesus! Todo lo que haceis y habeis hecho está bien hecho. Haced en mí la gran misericordia de perdonarme: pues arrepentido de no haber hecho lo que Vos quereis que haga, os digo que me pesa de lo íntimo del corazon.

PLA-

DE LA DOMINICA XI. POST PENTECOSTEM
predicada á 6 Agosto de 1747.

Adducunt ei surdum & mutum, & deprecabantur eum ut imponat illi manum. Marc. VII. 32.

1. **E**l evangelio de este dia Señores, nos propone la curacion de un enfermo verdaderamente admirable misteriosa y desemejante á otras muchas que leemos haber hecho la magestad de Cristo. Porque nos refiere S. Marcos que al salir nuestro Señor de los confines de Tiro y Sidon, unos hombres le pusieron delante un sordo y mudo: rogándole que le curara segun y conforme á la gran piedad que acostumbraba ejercitar con otros. Y en efecto condescendiendo á sus ruegos apartó al sordo y mudo de la turba que le acompañaba: puso los dedos en sus orejas: escupió, y con la saliva tocó su lengua: levantó los ojos al cielo, y gimiendo dijo: *Epheta*, que significa abrir; y luego el sordo y mudo recobrando el oído y el habla, comenzó á oír y á hablar con expedicion. Todos comenzaron á admirar el prodigio, y á aplaudir el beneficio: *Admirabantur dicentes: Bené omnia fecit* (*Marc. VII. 37. II. 21.*). Pero á mí mas que la substancia del suceso me parecen admirables y misteriosas sus circunstancias. Porque quién no admira que el Omnipotente practicara tantas diligencias para curar á un enfermo? Y quién no reconoce que están llenas de misterios? Acaso no habiendo hecho Dios en el órden natural cosa alguna en vano, podemos decir que su unigénito hijo Jesucristo fué ménos exacto en el órden milagroso ó de la gracia? No por cierto.

2. Todo cuanto dijo el Señor, todo cuanto hizo, lo dijo y lo hizo de propósito para nuestra enseñanza y aprovechamiento. Así nos lo da á entender el apóstol S. Pedro (*I. Pet. I. 3. 21.*) y nos lo persuaden los santos padres en la explicacion del evangelio de este dia; pues nos dicen que aquel sordo y mudo representa á un pecador endurecido, sordo para oír las voces del cielo, y mudo para implorar los socorros de la divina gracia. Deplorable estado el de un pecador reducido á estos términos como se deja conocer á primer vista, y lo manifiestan bastantemente las diligencias que practicó Jesucristo para curar al sordo y mudo que le representaban: las mismas con corta diferencia que practicó en la resurreccion de Lázaro. Porque así como entónces el Señor se estremeció lloró oró al eterno Padre, dió gracias, y á grandes voces llamó á Lázaro diciendo (*Jozn. XI. 43.*): *Lázare, veni foras*: así tambien ahora hizo todo lo que habeis oído.

Y es que si Lázaro difunto y hediondo significaba á un pecador acostumbra- do á pecar : el sordo y mudo significa á un pecador endureci- do en el pecado , y entrambos males , costumbre de pecar y dureza de corazon , son los peores los mas peligrosos y difíciles de curar.

3. No quisiera pues que vosotros Oyentes míos , adolecieraís de semejante mal. Mas por si acaso , para que procureis cuanto ántes li- braros de él , pienso está tarde daros á conocer su gravedad sus cau- sas y sus remedios. Y discurro que así como el médico corporal no tiene mas que saber que la calidad la causa y el remedio de la enfer- medad del cuerpo : así tambien para que seais perfectos médicos es- pirituales , os importa saber la gravedad la causa y el remedio de la enfermedad de vuestras almas. Atended pues , miéntras os esplico lo que me he propuesto conforme al designio de nuestro evangelio.

Primera parte.

4. En todo es admirable la justicia de Dios ; pero se ostenta mas admirable en la gran diversidad con que castiga á los pecadores. Porque á veces hiere al cuerpo para sanar á la alma ; y entónces mas se porta como amoroso padre que como severo juez , habiendo dicho el sabio que el Señor castiga así á los que mas ama : *Quos diligit Dóminus córripit* (*Prov. iii. 12.*). Y aun si bien se mira , ese castigo , mas que castigo es medicina , segun el modo con que se esplicó Job (*v. 18.*) : *Ipsé vúlnerat & medetur* ; y segun se esplica Jeremías (*xxxv. 18.*) cuando en persona del pueblo de Israel dijo : Me casti- gaste Señor , y quedé instruído ó disciplinado el que ántes era un in- dómito novillo. ¿Y cuántos ejemplares quereis que os dé de pecado- res arrepentidos ó curados á la eficacia de semejantes castigos ó re- medios ? Felices vosotros , si acertais á hallar en la desgracia ó en la enfermedad del cuerpo la curacion de vuestra alma. Bien podeis ala- bar la infinita benignidad de Dios : bien podeis darle gracias por el castigo , como por el mayor beneficio que puede hacerlos.

5. Pero á veces trata Dios á los pecadores de otra suerte : los casti- ga con el mayor rigor con que puede castigarlos en este mundo ; como sucede cuando castiga unos pecados con otros , ó cuando des- pues de haber añadido ellos pecados á pecados , permite que se endu- rezca su corazon , y que caiga segun se esplican las sagradas letras , en réprobo sentido (*Rom. i. 28.*). Puede ser , y tengo por cierto que entónces los pecadores no sienten el mal que padecen sus almas , consistiendo su mayor gravedad en esa misma especie de insensibili- dad. Porque hay esta gran diferencia entre las enfermedades del cuerpo y las de la alma ; que las del cuerpo , quanto mas leves mé- nos se sienten , y quanto mas graves son mas dolorosas , y estimulan á buscar con mayor diligencia el remedio : cuando al contrario las enfermedades ó culpas leves de la alma las sienten los justos y las

lloran ; pero las mas graves no las sienten los malvados pecadores , porque su misma gravedad los ensordece enmudece , les quita el sentimiento y la accion de solicitar el remedio.

6. Se hacen semejantes al sordo y mudo del evangelio , porque tienen tapadas las orejas para oír las voces del cielo , é impedida la lengua para pedir socorro. Bien podeis ponerles delante el peligro de una muerte repentina , la estrecha cuenta que han de dar á Dios , la gloria inmensa que está prometida á los buenos , y la pena eterna destinada para los malos. Bien podeis hacerles presentes los beneficios de nuestro Señor , sus azotes bofetadas y espinas , sus clavos su cruz su muerte afrentosa padecida para su bien : que se conmoverán tanto con esas amenazas promesas y finezas , como si hablarais con un sordo. Bien lo acredita la esperiencia ; porque ¿ cuántas veces los predicadores les amenazan con Jeremías , con Isaías los halagan , y con los evangelistas les acuerdan los favores del divino amor ; sin que nada de esto produzca el menor saludable efecto en sus corazones endurecidos ?

7. Con razon los comparó David á los áspides. Porque así como segun dijo este profeta (*Ps. LVII. 5.*) acomodándose á la opinion del vulgo , cuando un hombre intenta encantar á los áspides para que no muerdan , ellos ponen una oreja en la tierra , y con la cola tapan la otra para librarse del encanto , y conservar reconcentrado en sus entrañas el veneno : así tambien cuando un sabio encantador , un predicador evangélico intenta mudar á los pecadores y quitarles el veneno de la culpa que reside en sus almas , ellos con la ayuda del demonio cierran los oídos de su corazon , de modo que no se aprovechan de lo que oyen con los del cuerpo. ¿ Y qué diremos de aquellos que jamas se ponen á trecho de encantarse , jamas oyen sermones , ó solo oyen los que los entretienen y no los desengañan : que están en este mundo como en una tierra de olvido olvidados de Dios y de sí mismos ? Qué hemos de decir ? que viven como unos ateistas , supuesto que tanto se acuerdan de Dios como si no creyeran que le hay ; mereciendo la acre reprension que su magestad dió á Jerusalem : *Mei non es recordata , neque cogitasti in corde tuo (Isai. LVII. II.)*.

8. Pero volvamos á hablar de los pecadores que oyen con los oídos del cuerpo la palabra de Dios , y con la lengua del mismo cuerpo le hacen alguna oracion. Porque tal vez entre vosotros habrá algunos de estos muy persuadidos de que no teneis el corazon endurecido , y conviene desengañaros y deciros abiertamente : que mientras avaros no distribuís las riquezas que os sobran entre los pobres : mientras lascivos perseverais en esas torpes complacencias : mientras iracundos respirais venganzas : aunque oigais con los oídos del cuerpo la divina palabra , aunque profirais con la lengua muchas oracio-

nes á Dios, teneis endurecido el corazon. Porque ¿ no le tenia Faraon, aunque veía portentos, y oía las voces con que Moyses le amenazaba con mayores castigos? ¿ No le tenia Balaam, aunque claramente veía al ángel que le detenía para que no fuera á maldecir al pueblo de Israel? Pues así teneis vosotros endurecido el corazon, tapados sus oídos, impedida su lengua. Abrid pecadores los oídos del corazon, para que la divina palabra espada de dos filos entre penetre y corte depravados afectos: moved la lengua del corazon para que prorumpa en humildes fervorosos devotos ruegos á Dios: inmutad ablandad con la penitencia vuestro corazon, si quereis libraros de la deplorable dureza, cuya causa voy á señalaros en la

Segunda parte.

9. Será muy fácil Señores, encontrar con la causa de la dureza del corazon de los pecadores, y de la dificultad de convertirse á Dios. Porque ciertamente lo son ellos mismos ayudados del demonio. Este procura introducir en el corazon de los hombres el amor de las cosas terrenas, y consintiendo ellos se llena de suerte que no puede caber el amor de Dios. Porque á mas de la oposicion que dicen entre sí Dios y el mundo, siendo limitada la capacidad del corazon humano, no pueden caber en él el amor de entrambos. Y al modo que un vaso lleno de agua no da cabida al vino: así tambien el corazon lleno de la agua turbia del amor mundano no permite la entrada al generoso vino de la caridad ó del divino amor. Y al modo que hartándose el estómago de manjares no puede tragar otros: así tambien el corazon como ahito de los manjares de Egipto no apetece al maná ó manjares del cielo; con que poco á poco ó apriesa los aborrece, y adquiere un hastío que viene á ser lo mismo que la dureza de que os hablo.

10. Pero de ahí toma Dios justo motivo para abandonar á los pecadores: con lo cual acaba de endurecerse su corazon, segun él mismo nos lo dió á entender por el profeta Isaias (v.) en aquel útil símile de la viña, perfecta representacion de un pecador endurecido. Pues así como circuyó de pared ó de una albarada la viña, erigió una torre para atalaya, la aró, le dió todo el cultivo que debía darle, y viendo despues que no produjo uvas de provecho, derribó la cerca y la torre, y dejándola inculta se llenó de maleza: así tambien se porta con los cristianos. Porque primeramente ¿ no los circuye con el fuerte muro del bautismo y demas sacramentos? Luego desde el púlpito como desde una atalaya ¿ no les avisan los predicadores los enemigos que los infestan? No los ara muchas veces con la reja de los trabajos? No está siempre sobre ellos como puede estar sobre su viña el labrador mas laborioso? Quién no ha experimentado los efectos de su cultivo ó de su cuidado en repetidas inspiraciones y auxi-

lios? Quién no ha oído allá interiormente como le ha dicho muchas veces: Mira miserable el peligro á que está espuesta tu salvacion: mira con cuán enormes delitos vas ofendiendo á tu criador: mira con cuánta paciencia te aguanta para que hagas penitencia: mira no te coja la muerte desprevenido, y te veas de un instante para otro en el infierno?

11. Pero si despues de todo esto el pecador no se arrepiente, no produce frutos de buenas obras, ¿qué mucho que Dios le inutilice los sacramentos, retire los socorros de su gracia, y permita que el mismo pecador con nuevas malas obras se castigue su pasada esterilidad y perfidia? Así como un capitán valeroso, viendo que ni ruegos ni amenazas sirven para llevar á la batalla á sus soldados que cobardes vuelven la espalda al enemigo, á mas no poder se retira: así como un médico prudente, viendo que el enfermo no quiere tomar ni aprovecharse de las medicinas que le receta, le deja: así también Dios, viendo la mala correspondencia y la obstinacion del pecador le abandona segun dijo David, á los depravados deseos de su corazón: *Non audivit pópulus meus vocem meam :: Ideo dimisi eos secundum desideria cordis eorum* (*Ps. LXXX. 12. 13.*).

12. Y no hay quien pueda decir que Dios es cruel con el pecador. Porque está tan satisfecho de su justicia y de su piedad, que se sujeta al juicio de los hombres mismos, para que sentencien si debió hacer mas de lo que hizo por el pecador: *Nunc ergo habitatores Jerúsalem, & viri Juda judicate inter me, & vineam meam. Quid est quod ultra debui fácere vineæ meæ, & non feci ei?* (*Is. v. 3.*). Y David declara que Dios es justo, es sufrido, y es fuerte: *Deus iudex justus, fortis & patiens* (*Ps. VII. 12.*). Es justo: porque ni deja de castigar los delitos ni escede de los términos de la justicia. Es sufrido: porque ¿acaso, dice el real profeta se enoja todos los dias? No deja lugar al arrepentimiento? Es fuerte: porque contra los que abusan de su paciencia vibra la espada de su justicia, asesta el arco y dispara saetas, no como quiera, sino encendidas para acabar con hierro y fuego á los pecadores endurecidos: *Nisi conversi fueritis, gladium suum vibrabit: arcum suum tetendit, & paravit illum: sagittas suas ardéntibus effecit* (*Ibid. 13. 14.*). No teneis pues que quejaros de Dios: quejaos de vosotros mismos que sois la causa de vuestra desgraciada dureza; y si acaso os mueve la lástima de vosotros, aplicad los remedios que os diré en la

Tercera parte.

13. Para daros remedios del mal que padeceis pecadores, no tengo mas que reparar en lo que hizo Jesucristo con el sordo y mudo del evangelio; porque primeramente advirtiendo que le retira de la turba de gentes que le acompañaba, debo aconsejaros que os apartéis del

del bullicio del mundo, si quereis curar la enfermedad de vuestras almas y mantenerlas sanas con su gracia. Pues así como el mundo es nuestro comun enemigo: así la soledad es el mayor castillo para defendernos de sus asechanzas, y como un muro que cierra las puertas de nuestros sentidos para que no se introduzca por ellas hasta nuestras almas el amor depravado del mundo y de sus vanidades. Pobres de nosotros! Perdidos somos, si con el retiro no cerramos las puertas de los sentidos á tantos objetos provocativos como nos pone el mundo delante de nosotros. Perdidos somos, si no huimos las ocasiones de pecar que él mismo nos facilita. Porque por la culpa original tenemos dentro de nosotros mismos en la concupiscencia una fecunda semilla de pecados que facilmente brotan á la primera ocasion que se ofrece de cometerlos. Al modo que al dar con el hierro en el pedernal despiden este las centellas de fuego que estaba en sus senos oculto: así al dar en nosotros con los bienes terrenos, centellea nuestra concupiscencia depravados deseos. Huíd el golpe ó el encuentro, si quereis libraros del incendio.

14. Bien veo que no todos podemos ser anacoretas y vivir separados del trato de las gentes. Pero os encargo lo que os es posible, que huyais de los juegos que llamamos de suerte, de la compañía de los malos, y de la demasiada familiaridad con mugeres, que son las tres principales ocasiones de pecar. Porque tales juegos dan abundante materia para las mentiras juramentos falsos pendencias, y á lo ménos fomentan con el deseo de la ganancia á la avaricia. La compañía de los malos ¿qué perjuicios no acarrea? Cómo los ponderan las sagradas letras? No ménos que de los apestados debemos huír de la compañía de aquellos que con sus perversas costumbres inficionan nuestras almas. ¿Y cuánto mas debemos huír de la familiaridad con las mugeres? Quereis que os diga lo que sobre este particular dijeron los sagrados escritores? Bastará que leais el libro de los Proverbios que compuso Salomon. Y aun bastará que pongais los ojos en el mismo, para que escarmentados en su infeliz cabeza temais el peligro que lleva consigo el trato con las mugeres; pues no obstante la especial gracia de que estuvo fortalecida su voluntad y la luz superior de que estuvo ilustrado su entendimiento, se depravó aquella y se obscureció este tanto con el amor de las mugeres, que vivo dió en el desvarío de la idolatría, y muerto en sentir de muchos santos padres dió con su alma en los infiernos. Y esta diligencia de huír las ocasiones de pecar que comprende á todos Oyentes míos, especialmente obliga á los que sentís endurecido vuestro corazon y gravado con el peso de muchas culpas; porque vuestra propia experimentada fragilidad debe haceros mas desconfiados de vosotros mismos, y mas solícitos en evitar los peligros de cometerlos.

15. Mucho teneis andado con esto para curar la dureza de vuestro

tro corazon. Pero todavia os falta, que pidais humildemente á Dios que con los dedos de su mano abra los oídos de vuestro corazon; porque si no hace en vosotros lo que hizo con el sordo del evangelio, no podrá penetrar y fructificar en vuestro corazon la semilla de la divina palabra, por ser para este efecto necesario el contacto de su mano ó de su gracia poderosa. Y ademas debéis pedirle á Dios que bañe vuestra lengua, esto es el paladar de vuestra alma con la saliva de su boca: quiero decir, con aquella sabiduría que salió de la boca del Altísimo, para que endulzados con el conocimiento y el gusto de los bienes verdaderos del cielo, desprecieis las engañosas delicias de la tierra. En fin haced cuanto esté de vuestra parte para que se ablande la dureza de vuestro corazon, y se diga como del sordo y mudo del evangelio, que tenéis los oídos del corazon abiertos para oír las voces con que Dios os llama á penitencia: *Aperta sunt aures ejus* (*Marc. vii. 35.*); y que asimismo tenéis espedita la lengua del corazon para hablar y tratar con Dios en la oracion del negocio importante de vuestra salvacion eterna: *Loquebatur recté.*

16. No queráis diferir para mas adelante la curacion de vuestras almas mortalmente enfermas. Muévaos á buscar y aplicar el remedio, ya que no la lástima de vosotros mismos, la lástima de Jesucristo que gime llora y se duele de vuestra desgracia como si fuese propia. Y principalmente gime porque no gemís: llora porque no llorais: se duele porque no os doleis; siendo vuestra insensibilidad lo que mas le affige. Pero no, no gimais dulcísimo Jesus, no lloreis no os dolais, que ya nosotros gemimos lloramos nos dolemos de nuestras culpas. Porque vuestros gemidos dispiertan nuestro corazon dormido: vuestras lágrimas le ablandan: vuestro dolor le penetra. Ya á beneficio de vuestra gracia Dios mio, se ha trocado nuestro corazon: ya no es de las criaturas: ya es todo vuestro. Admitidle en sacrificio, y al deciros de lo mas íntimo del mismo corazon que nos pesa de haber pecado de haberos ofendido, perdonadnos misericordioso, santificadnos fortalecednos en vuestro servicio. No mas pecar. Misericordia Señor, &c.

PLÁTICA XCVII.

DE LA DOMINICA XII. POST PENTECOSTEM

predicada á 5 de Agosto de 1742: 29 Agosto 1745: y á 13 de Agosto de 1747.

Magister quid faciendo vitam æternam possidebo? Luc. X. 25.

1. **D**or mas que sea culpable la malignidad con que pregunta un doctor de la ley á la magestad de Cristo ¿qué ha de hacer para

conseguir la vida eterna? con todo no deja al mismo tiempo de enseñarnos ser loable la ansia de instruirnos en los medios mas útiles para alcanzarla. No nos es lícito imitar la hipocresía de aquel sabio presumido; pero tenemos obligacion dice S. Juan Crisóstomo, de informarnos de buena fe, y de pedir con humildad al Señor que nos diga lo que hemos de hacer para asegurar un buen éxito en el negocio de nuestra salvacion: *Magister quid faciendo vitam æternam possidebo?*

2. Aquel se acercó á Jesucristo á preguntarle con ánimo perverso, á fin de encontrar en su respuesta motivo para acusarle: *Surrexit tentans illum*. Nosotros debemos acercarnos con el corazon mas sencillo, á fin de aprender el mejor modo de servirle. Aquel le llamó maestro sin querer ser del número de sus discípulos; nosotros debemos reconocer su magisterio con una ciega sumision á todo lo que nos diga. Aquel dándole exteriormente el honor que le es debido, interiormente le despreciaba: nosotros debemos acompañar con la obediencia y docilidad interior el culto exterior que le tributamos. Aquel se presumia saber lo bastante y aun demasiado: nosotros debemos confesar altamente nuestra ignorancia, gemir delante del Señor y rogarle con el real profeta que se digne disipar las espesas tinieblas que nos circuyen (*Ps. cxi. 14.*).

3. ¡Infeliz hipócrita el fariseo que preguntaba lo que presumia saber, y en verdad ignoraba! Felices los cristianos que convencidos de que jamas saben demasiado lo que les importa saber para su salvacion, procuran con ardor instruirse bien! Mas quienes son estos? Quiénes son los que conociendo la necesidad y obligacion que tienen de saber lo que deben hacer para alcanzar la vida eterna, se lo preguntan al Señor con mejor intencion que el fariseo del evangelio? *Magister quid faciendo vitam æternam possidebo?* Unos dicen estamos muy ocupados en el gobierno de la república ó de nuestras familias: otros ya sabemos lo bastante; y aquellos dicen no queremos saberlo. Con esto la mayor parte de los cristianos viven en una fatal ignorancia de sus primeras obligaciones y en un descuido culpable de hacerse instruir en ellas. Tenemos muchos que hacerés: este es el pretesto de los mundanos. Sabemos lo bastante: esta la ilusion de los soberbios. No queremos saberlo: obstinacion de los relajados. ¡Vano pretesto! ilusion perniciosa! obstinacion deplorable! Sus funestas consecuencias os propondré Oyentes míos, en las tres partes de mi plática, para que con el mas vivo deseo de vuestra salvacion preguenteis lo que habeis de hacer para alcanzarla.

Primera parte.

4. No son entre sí incompatibles las obligaciones de la vida cristiana y las de la vida mas civil; ni es menester ignorar aquellas pa-

ra saber y cumplir exactamente con estas. Antes bien cuanto mas á fondo estudiamos los principios de nuestra religion, tanto mejor aprendemos á ser fieles en el trato, hombres de bien y de provecho. Llamo por testigos de esta verdad á tantos que para llegar á gobernar bien sus familias y sus ciudades comenzaron á arreglar bien sus propias conciencias. A tantos que en los empleos mas eminentes y mas arriesgados en que los constituyó la providencia, se sirvieron del conocimiento que tenian de la ley de Dios para evitar los peligros y lograr los mayores aciertos. A tantos que jamas fueron mas templados en la comida, mas sufridos en los trabajos, mas dulces en el trato, mas justos en los tribunales, mas valerosos en las campañas, mas liberales y provechosos á sus prójimos, mejores ciudadanos ni mejores príncipes, que cuando se hicieron cargo que eran cristianos.

5. Pero tambien es verdad que aunque no se opongan entre sí las obligaciones cristianas y civiles, con todo deben estar subordinadas. El conocimiento y observancia de estas debe ceder al conocimiento y observancia de aquellas. Porque las obligaciones de cristiano ¿no son Señores, las primeras, y su cumplimiento de una necesidad absoluta? No somos por ventura ántes cristianos que civiles? No somos ántes miembros de la Iglesia que del estado? No somos criados y redimidos á fin de alcanzar la suma felicidad de ver á Dios? Y cómo hemos de verle si no le servimos en esta vida? Mas cómo hemos de servirle si no sabemos lo que nos manda? Por eso Jesucristo en nuestro evangelio respondiéndolo al fariseo nos dice: *In lege quid scriptum est* (*Luc. x. 26.*)? Abrid los ojos, mirad lo que contiene mi santa ley. Si llegais á entenderla, no teneis mas que saber: si llegais á observarla, no teneis mas que hacer para salvaros.

6. De estos dos infalibles principios se infiere legitimamente Señores, que no hay pretexto que pueda disculpar vuestra ignorancia en materia de religion. Porque ¿qué excusa podreis alegar cuando Jesucristo os llame á juicio: cuando abriendo el libro que ahora está cerrado os haga ver por una parte su santa ley y por otra vuestras transgresiones? Diréis que no sabiais lo que debiais hacer? Pero qué, responderá el Señor, no habia médicos en Galaad ni profetas en Israel? Y si los habia ¿porqué no acudiais á ellos? En vuestras enfermedades corporales luego llamasteis al médico, y no á cualquiera sino al mas hábil y mas experimentado; y en medio de la depravacion de vuestra voluntad é ignorancia de vuestro entendimiento no buscasteis á alguno que como médico os curara y como maestro ó profeta os instruyera. O si buscasteis á alguno fué á cualquiera: cualquiera que sentado en una silla supiera decir: Yo te absuelvo. Y aun aquel fué á vuestro juicio el mejor maestro el mejor médico de vuestras almas que por no molestaros no se detuvo á curar de raíz vuestra enfermedad. Y así vuestra mala eleccion os hizo habitualmente ignorantes y depravados.

7. Tal vez direis en el tribunal del juicio que no tuvisteis tiempo para instruíros en el conocimiento de vuestras obligaciones: que el cuidado de vuestra familia y las muchas ocupaciones de vuestro empleo se os llevaron las mejores horas del día. Pero este pretexto no es ménos vano que el otro para disculpar vuestra ignorancia. Dios no os prohíbe el que cumplais con las obligaciones de vuestro estado; pero os prohíbe el que cumplais con ellas á perjuicio de las que teneis como cristianos: os manda que por lo mismo que teneis poco tiempo le distribuyais bien, empleando la mayor parte en el negocio de vuestra salvacion que es el que mas os importa. Pues así arguye aquel demonio que S. Juan vió bajar empeñado á perdernos. Tengo poco tiempo dice: *Sciens quod módicum tempus habet* (*Apoc. xii. 12.*); y de este antecedente se mueve á darse prisa para lograr su designio. Nos acomete nos circuye nos perturba, y cuando por sí solo no basta á perdernos, se vale del mundo que nos embelese con vanidades, y de la carne que nos entorpezca con deleites. No se ocupa en otro que en el negocio de nuestra condenacion, porque sabe que tiene poco tiempo: *Sciens quod módicum tempus habet.* ¿ Y vosotros Oyentes míos, por lo mismo que teneis poco tiempo os escusais de emplearlo en el negocio de vuestra salvacion? Qué inconsecuencia! La vigilancia de vuestro enemigo el demonio por no decir su ejemplo, muévaois siquiera á ser de aquí adelante mas solícitos y cuerdos.

8. Por mas ocupados que esteis, no os falta tiempo para el juego para el paseo para la diversion para el cumplido: ¿ y solo ha de faltaros para leer un libro, para oír un sermón en que aprendais á conocer la infinita bondad de Dios para amarle, y la gravedad del pecado para aborrecerle? *Ut istis occuperis*, escribia S. Paulino á uno de los cónsules de Roma, *immunis & liber es: ut Dei sapientiam discas, tributarius & occupatus.* Sois libres y dueños de vuestras acciones para cumplir con el mundo ó con vuestro gusto: ¿ y sois esclavos de vuestros empleos cuando se trata de cumplir con Dios y con vuestra obligacion? ¿ Os parece que el Señor ha de darse por satisfecho de la disculpa de vuestra ignorancia, cuando le digais que estuvisteis muy ocupados? Mas ocupado que vosotros estaba el rey Salomon en el gobierno de las doce tribus; y con todo se creyó obligado á adelantarse mas y mas en la sabiduría que Dios le habia infundido. A costa dice, de mi quietud de mis placeres de mis honras de mi corona y aun de mi propia vida, lo he de tentar todo para llegar á ser sabio: *Cuncta tentavi in sapientia. Dixi: sapiens efficiar* (*Eccle. vii. 24.*). No tuvo ciertamente este monarca á las mayores ocupaciones por pretexto bastante para disculpar la mas leve ignorancia, y aunque tan sabio no presumió saber lo bastante para dejar de instruirse mas. Así no os escuseis con las ocupaciones, ni digais por

vida vuestra que sabeis demasiado; porque es tentacion de vuestra soberbia, como vereis en mi

Segunda parte.

9. Siempre se ha dicho, y se dice con razon que no hay gente mas perniciosa que los semi-sabios ó medio sabios; porque ignorantes al mismo tiempo que presumidos no tienen la docilidad de discípulos, y sin tener la habilidad de maestros cometen enormes faltas en desdoro de las ciencias que profesan. Pero aun sin comparacion son mas fatales los semi-sabios en materia de fe y de buenas costumbres; porque su satisfaccion propia mezclada de ignorancia no solo perjudica á la hacienda ó á la salud como la de los abogados y médicos semi-sabios, sino que quita á las almas los dones que las enriquecen y la gracia que les da la vida. La poca luz que ven les hace creer que están en lleno del dia: lo poco que saben los hincha los ensoberbece, les sirve de pretesto para no instruirse mejor. Medio sabios medio ignorantes, ó como dice el Apóstol, del todo ignorantes, caen en el abismo del error, de donde es mas difícil el salir por lo mismo que afectan ser sabios: *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt* (*Rom. I. 22.*).

10. Por mas preocupados que estemos, Oyentes míos, del amor propio, permitidme que os diga que en asunto de la religion y de la moral cristiana no sabemos todo lo que nos importa saber. Cuántas veces los vicios nos parecen virtudes? Cuántas veces el demonio nos engaña con ilusiones? Qué de dudas perturban nuestra conciencia? Qué de tinieblas obscurecen nuestro entendimiento? Ya nuestro juicio Fieles míos, no es como el de Adán inocente, ilustrado de la primer verdad purificado de pasiones terrenas y elevado sobre estas negras exalaciones que ocultan á nuestros ojos al sol de la verdad. Ya con el pecado se cogió el juicio, se turbó la razon, se pervirtió la voluntad: no hay quien no deba decir con el real profeta: *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea & lumen oculorum meorum non est mecum* (*Ps. xxxvii. 11.*).

11. De ahí nace, dice el gran padre de la Iglesia S. Agustin, que tomando los vicios por virtudes, esperamos el premio de algunas obras que merecen el castigo eterno. Cuántas veces teniendo por zelo á la cólera, exasperamos al prójimo que pudiéramos corregir con la dulzura? Cuántas veces teniendo por piedad á la contemplacion, fomentamos los pecados ajenos que evitáramos con el rigor? Cuántos pródigos se creen liberales? Y al contrario ¿cuántos avaros se reputan cuerdos? Cuántos abatidos de ánimo se tienen por humildes? Cuántos perezosos por retirados? Es difícil Señores, el dar en el punto medio de la virtud, el encontrar el camino del cielo. Es diestro el amor propio: es astuto el demonio para engañarnos.

12. Decid pues que sabéis lo que basta para salvaros : cuales son los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia , y que en su observancia consiste la perfeccion cristiana. Decid que no teneis necesidad de oír la divina palabra : ¿ qué puede decir el predicador que vosotros no sepais ? Ah soberbios ! Si sois tan sabios ¿ cómo vuestros hijos son los mas ignorantes é insolentes del pueblo ? ¿ Cómo vuestros criados y criadas publican que jamas sois ménos apacibles ménos sufridos que el dia en que recibís al Dios de la paciencia y de la dulzura ? Si sois tan sabios ¿ cómo estais tan bien hallados con el fausto del mundo con la vanidad con la maledicencia y con otros desórdenes habituales que Jesucristo reprueba , y vosotros conocierais mejor que yo si la satisfaccion propia no os hiciera ignorar lo que debeis saber ?

13. Se cumplió en vosotros semi-sabios , el triste vaticinio de Cristo señor nuestro que leemos en el evangelista S. Juan : Yo dice el Señor, he venido al mundo para que los que no ven vean, y los que ven cieguen. Porque sin duda amenaza con la ceguedad á aquellos soberbios que presumen no necesitar de ajenas luces ó instrucciones : así como promete la vista á los dóciles de corazon que reconociéndose incapaces de dirigirse á sí mismos , consultan á los mas bien instruidos ministros del Señor : buscan como Saulo humillado un Ananías que les cure la ceguedad : gracia que alcanzan en premio de su humildad. No digais pues Fieles míos , que sabéis lo que os importa para salvaros. Hablad verdad : decid que no quereis saberlo , y de esta suerte pasará á combatir vuestra obstinacion , causa última de vuestra ignorancia.

Tercera parte.

14. No siempre la negligencia ni la ilusion ó la soberbia es causa de vuestra ignorancia : muchas veces lo es una malicia afectada, un temor de saber lo que pudiera moveros á dejar el vicio que apetecéis. Hay muy pocos tan desesperados que quieran digámoslo así, condenarse á sangre fria haciendo lo que saben ser positivamente malo , pero hay muchos que no quieren saber si es bueno ó malo lo que hacen. Son ignorantes y quieren serlo : ven las tinieblas que los ofuscan y huyen de la luz : sienten los remordimientos de su conciencia y no hacen caso : conocen la ignorancia de sus obligaciones y no buscan un maestro que se las enseñe ; porque sus pasiones desordenadas los perturban y como que los enagenan.

15. Si todos Oyentes míos , fuerais sinceros , confesarais que vuestra ignorancia afectada ó supina no puede cohonestar vuestras depravadas acciones. ¿ Porqué amais el engaño que lisonjea vuestro apetito ? Porqué aborreceis la luz que allá desde léjos os hace ver bastantemente que caminais por el camino de la perdicion ? Habeis

oído decir que todo préstamo debe ser gracioso; pero sin averiguar mas, os persuadís que en cierto modo y segun ciertas opiniones podeis percibir alguna ganancia de lo que prestais. Habeis oído decir que no es lícito pedir ni esperar el menor interes por los beneficios eclesiásticos; pero un curial os asegura que sin saber cómo ni de qué manera os darán doscientos pesos por el vuestro. Habeis oído decir que Dios prohíbe no ménos los deseos que las acciones deshonestas; y con todo dejais que vuestro corazon en una amistosa y al parecer decente correspondencia se vaya poco á poco preocupando de afectos demasíadamente vivos. Si lo consultarais con ministros sabios y timoratos supierais que lo primero es usura, lo segundo simonía, y lo tercero adulterio. Pero os está bien esa ignorancia que serena y pierde vuestras conciencias.

16. Qué deplorable es el estado de tales cristianos! Quieren engañarse: ellos se engañarán. Quieren cegar: cegarán y se condenarán infaliblemente. Pero vosotros Oyentes míos, no imiteis la conducta no sigais los pasos de estos ciegos voluntarios. Vivid en una continua desconfianza de vosotros mismos, y deseosos de salvaros decidle al Señor: *Dómine quid faciendo vitam aeternam possidebo?* Qué he de hacer Dios mio, para alcanzar la vida eterna? He de leer y meditar vuestra santa ley? Yo la meditaré dia y noche: yo buscaré un sabio maestro que me la explique. Pero Señor, no podré entenderla si Vos no alumbráis mi entendimiento: no podré observarla si no inclináis mi voluntad. Apartadme de las torcidas sendas del mundo en que me miro enredado con ocupaciones mundanas, desvanecido con la presuncion de sabio, embelesado con los placeres del sentido: llevadme al camino recto de vuestros preceptos: *Deduc me in sémitam mandatorum tuorum* (*Ps. cxviii. 35.*). Ya confieso Señor, mi descuido mi soberbia mi obstinacion; y arrepentido os digo de lo íntimo del corazon, que me pesa. Prometo dulcísimo Jesus, ser en adelante diligente humilde dócil en instruirme en las obligaciones de discípulo vuestro ó de cristiano, para acertar á cumplirlas con los auxilios de vuestra gracia, &c.

JACULATORIAS.

17. Dulcísimo Jesus! Qué poco cuidado me han merecido vuestros servicios y mi salvacion! Solo he procurado cumplir con el mundo y con mi gusto, no con Vos y con mi primer obligacion. Pero ya en adelante seré mas diligente y mas cuerdo: y arrepentido os digo que me pesa de haber pecado.

Amabilísimo Jesus! Venisteis al mundo á dar vista á los ciegos y á cegar á los soberbios presumidos sabios. Yo confieso humildemente mi ignorancia, y os pido luz para que viendo vuestra bondad y la fealdad de mis culpas, os ame sobre todas las cosas y lllore amargamente el haberos ofendido.

Benignísimo Jesus! Embelesado con las vanidades y placeres del mundo, por no dejarlos he querido positivamente ignorar mi obligacion. Camino sin luz sin guía, y daré sin remedio en el abismo de la mayor desgracia, si Vos no me alumbráis no me convertís para que os diga que me pesa. Perdonad mis yerros. Misericordia Señor, misericordia.

PLÁTICA XCVIII.

DE LA DOMINICA XIII. POST PENTECOSTEM

predicada á 4 de Setiembre de 1740, 13 de Agosto de 1742, y á 28 Agosto 1746.

Nonne decem mundati sunt? & novem ubi sunt? Luc. XVII. 17.

1. Aunque la ingratitud es un vicio tan infame y tan aborrecido de los hombres que aun el mas insolente el que hace vanidad de ser vicioso no puede sufrir que le llamen ingrato: con todo como oímos que tantos se quejan de que no hallan correspondencia á sus beneficios, sin duda está muy arraigado en el mundo este vicio: sin duda es ahora grande el número de los ingratos. Y siempre lo ha sido. No solo los particulares sino las repúblicas mas célebres de la antigüedad fueron ingratísimas á sus mayores bienhechores. Qué premio dió Roma á los dos Scipiones Africanos? El uno venció al ejército cartaginés, y lo que es mas al hasta entónces invencible Aníbal que vencedor hubiera hecho á Roma esclava de Cartago. El otro arruinó del todo á la misma Cartago, para que así Roma pudiera ser sin disputa señora del imperio del mundo; y entrambos murieron perseguidos y desterrados de su patria. ¿Acáso el grande Aníbal tan benemérito de su república, sacó de ella otra recompensa que el puñal con que se quitó la vida? Hasta la insigne Atenas que fué la sola ciudad que impuso severo castigo á los ingratos; no fué la mas desagradecida con sus mejores ciudadanos? Díganlo los Teseos los Solones los Aristides los Melciades los Temístocles y los Fociones, que muertos ó desterrados claman contra su ingrata patria.

2. Pero para que tengo que referiros estos ni otros feos ejemplos de ingratitud que sacados de la historia profana he leído en S. Agustin, cuando solo debo hablaros de la ingratitud de los hombres con Dios, cuyos ejemplos mejor que en otra parte se encuentran en los sagrados libros. Allí leemos que la república ó pueblo de Israel fué el mas favorecido de Dios y fué el mas ingrato del mundo. Dios entre todas las naciones eligió aquel pueblo por pueblo suyo; y él eligió por dioses suyos á los dioses de todas las naciones. Dios le librá de la esclavitud de los idólatras; y él se hacia esclavo de la ido-

la-

ladría de ellos. Abatido en la desgracia, insolente en la prosperidad. Mientras Dios le oprimia era fiel: apénas levantaba la mano del castigo se volvía infiel. Así alternaron siempre los beneficios de Dios con la ingratitud de aquel pueblo; y llegó esta al extremo cuando llegaron aquellos á lo sumo. Qué no hizo el Señor viniendo al mundo por los israelitas? Nació entre ellos se crió entre ellos, á ellos dirigió su predicacion: delante de ellos y por su bien obró los mayores milagros. Y qué hicieron ellos con el Señor? Le arrojaron de sus ciudades le apedrearon le infamaron y en fin le quitaron ignominiosamente la vida. Pero nada de esto era menester acordaros, para que conocierais cuan ingrata fué á Jesucristo su propia patria; porque bastará referiros el suceso de nuestro evangelio.

3. Diez leprosos desauiciados de humano remedio al pasar Cristo señor nuestro por Galilea hácia Jerusalem salieron al camino, y levantando los gritos hasta el cielo le pidieron la salud. Oyó la divina magestad sus súplicas y mandándoles que fueran á presentarse á los sacerdotes, al instante les curó la lepra. Cuantos os parece Señores, que volvieron á darle gracias del beneficio? Volvieron todos los diez? Volvieron ocho seis ó á lo ménos dos? Qué ingratitud! Qué infamia! Solo uno se manifestó agradecido; y este infiel idólatra samaritano: *Et hic Samaritanus*. Los nueve ni aun se dejaron ver. Por esto pregunta enojado el Señor: *Nonne decem mundati sunt? & novem ubi sunt?* No fueron diez los que yo he curado de la lepra? Los nueve qué se hicieron? No eran estos paisanos de Jesucristo fieles israelitas? No eran los mas obligados al agradecimiento? Y fueron tan ingratos? Mayor es su iniquidad diré con Jeremías (*Thren. iv. 6.*) que el pecado de las ciudades nefandas: *Major effecta est iniquitas populi mei peccato sodomorum*. No quisiera Oyentes míos, que ninguno de vosotros fuera del número de los nueve, que fuera ingrato á nuestro Dios; y si alguno lo ha sido hasta ahora, para que no lo sea en adelante, intentaré persuadiros brevemente que debeis y podeis ser agradecidos. Estas serán las dos partes de mi asunto.

Primera parte.

4. No es ménos ingrato el que niega el beneficio que el que confesándole no le agradece. Y aun entiendo que es mayor villanía negarle que confesarle sin agradecerle. Ninguno de vosotros se atreverá á negar los beneficios que debe á la magestad de Dios; porque de su mano os vienen visiblemente el ser la vida los bienes de naturaleza y de fortuna. Y todas las finezas que hecho hombre hizo al pueblo de Israel fueron en beneficio vuestro. Predicando á aquel pueblo nos enseñó á todos la verdadera religion: con aquellos milagros nos confirmó en ella; y nos redimió con la sangre que derramó en aquella tierra. En una palabra somos los cristianos ahora el pueblo esco-

gi-

gido: somos poseedores de los beneficios que en otro tiempo hizo al de Israel; y para que no fuéramos herederos de su ingratitud, quiso hacernos la mayor fineza de dejarnos en este augusto sacramento una perenne memoria de sus beneficios.

5. Bien sabéis Señores, que en el sacrificio incruento del altar se nos representa la pasión de Jesucristo: que *Eucaristía* significa lo mismo que acción de gracias; y que para darnos ejemplo el Señor, al instituir la dio á su Padre eterno: *Accepto pane gratias egit* (*Luc. xxii. 19.*). Y no solo ese sacramento nos acuerda los beneficios que debemos á Dios para que no seamos ingratos; sino que por sí mismo es un beneficio digno del mayor agradecimiento. En profecía le vió el real profeta, y luego dijo que la Iglesia alabara á Dios, y le diera muchas gracias por este favor: *Lauda dice, Jerusalem Dominum, lauda Deum tuum Sion* (*Ps. cxlvii. 1.*). Alaba Jerusalem al Señor, alaba á tu Dios ciudad de Sion; porque te alimenta y te sacia con un pan floreado venido del cielo: *Quoniam . . . ex ádipe frumenti satiat te.*

6. Con la digna participacion ó comida de ese divino pan, dice nuestro santo prelado santo Tomás de Villanueva (*In die Corp. Chris. Conc. iii.*) se ilumina el entendimiento, se inflama el afecto, se escita el gusto, se vivifica el sentido, se purifica el espíritu, las virtudes se aumentan, los dones se acumulan, las gracias se multiplican, y todos los deseos se sacian, todos los bienes espirituales se poseen de lleno. Justo es pues que deis muchas gracias al Señor que os convida á una mesa tan sagrada, y os alimenta con un manjar tan precioso. Si no lo haceis así, os diré lo que Isaías (*i. 4.*) á los israelitas: El buey conoce al dueño que le apacienta: el jumento conoce al pesebre de su amo, y vosotros no conocéis á vuestro Dios no le agradeceis sus beneficios: *Israel autem me non cognovit. Væ genti peccatrici, & filiis sceleratis.* Ah ingratos! Ah hijos de la iniquidad! Peores sois que las bestias. No ha de quedar sin castigo vuestra infame culpa: *Super quo percutiam vos ultra?*

7. Yo no sé como los pecadores ingratos á su Dios y obstinados en la ingratitud no temen venir al templo á ponerse en presencia del Señor patente en esas aras. Si algun hombre se descuida de dar gracias por el beneficio que le hicieron, huye de su bienechor avergonzado, y si acaso le encuentra le pide perdón de su descuido. Pero muchos pecadores se ponen en presencia de Dios sin manifestar ningun dolor de sus pecados. Vienen al templo no con el traje de penitentes sino de pecadores, no á llorar sus pecados sino á cometerlos mayores. No fijan como debieran, la vista en el suelo sino que la esparcen por todas partes. Hacen como gala de su desvergüenza, insultan á su Dios en su propia casa y con temerario arrojo desprecian su poder y su justicia. No sé vuelvo á decir, como no temen ponerse

en su presencia. Es acaso Dios insensible á las injurias? Es algun Dios de palo? Pues si no es así ¿quién los resguarda de su ira? En quien confían? La seguridad ó la vana confianza de esos ingratos se desleirá segun dice Salomon, como el yelo en las manos: *Ingrati apes tanquam hibernalis glacies tabescet* (Sap. xvi. 29.).

8. Es verdad que Dios no castiga visiblemente á los que ingratos á sus beneficios no cesan de injuriarle y ofenderle; pero invisiblemente los castiga con mayor severidad y rigor; porque segun dice S. Agustin, los desconoce se olvida del todo de ellos: *Deus ingratos prorsus ignorat*. Y de este desamparo de Dios nacen aquellos horrosos efectos espirituales que señala á la ingratitud S. Bernardo (*In Dom. vi. post Pent. Serm. II.*). Es enemiga del alma dice el santo, aniquila los méritos destruye las virtudes aleja los beneficios, es un viento que seca la fuente de la piedad el rocío de la misericordia las influencias de la gracia. Y todos estos estragos experimentó Salomon el rey mas favorecido de Dios y el mas ingrato. Pues cuanto mayores fueron los beneficios que recibió del cielo tanto mas severa fué por su ingratitud la divina justicia. No le quitó violentamente la vida, no le privó del reino ni de los bienes de fortuna que con tanta liberalidad le habia comunicado. Obscureció las luces de su entendimiento perturbó los afectos de su voluntad, de suerte que él dice de sí mismo que estaba hecho una bestia. Y lo que es mas sensible le privó de su gracia, y en sentir de muchos de los santos padres le condenó á que ardiera eternamente en el infierno.

9. Escarmentad Señores, en cabeza de este rey infeliz; y ya que la memoria de los beneficios de Dios no os mueva al agradecimiento, solo el temor de su castigo debe haceros agradecidos. Harto manifestó la magestad de Cristo quanto siente y quanto se enoja de la ingratitud. Sufrió sin hablar una palabra los oprobrios y tormentos de su pasion; pero quando aquel perverso le dió la bofetada se quejó amargamente (*Joan. xviii. 23.*): *Cur me cedis?* Porque era ingrato al beneficio que el Señor le hizo en el huerto. Y la ingratitud de los nueve de nuestro evangelio le obligó á que sentido preguntara que se hicieron: *Et novem ubi sunt?* No querais pues ser del número de los nueve ingratos. Sed como el Samaritano, que aunque infiel idólatra sin mas luz que el mismo beneficio, os persuade con el ejemplo que debéis ser agradecidos al Señor, y os enseña tambien el modo con que podéis serlo, como vereis en la

Segunda parte.

10. Es digno de alabanza el pundonor de aquellos que se escusan de recibir un beneficio quando se consideran imposibilitados á la recompensa; porque es insufrible para cualquiera hombre de bien la carga de una obligacion perpetua. Pero si hubiera en el mundo un

hombre tan generoso que no pidiera otra satisfaccion á sus Beneficios que el que le amáramos y no le ofendiéramos, ¿quién se negara á recibirlos? Y quién dejara de serle agradecido? Pues Dios por los beneficios que nos hace, solo pide que le amemos y que no le ofendamos. No es como aquellos que hacen un beneficio con la esperanza de recibir otro; porque para nada necesita de nosotros. Nada gana en que seamos agradecidos: solo desea que lo seamos por nuestro propio bien: y haciéndose cargo de nuestra poquedad se contenta con los afectos de nuestro corazon. Por eso el real profeta agradecido al Señor y á sus beneficios le ofrece en sacrificio su espíritu tierno enamorado y compungido: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus* (Ps. L. 19.).

11. Pero mejor que todos nos enseña á ser agradecidos el Samaritano de nuestro evangelio. Apenas se sintió libre de la lepra: *Ut vidit quia mundatus est*, empezó á grandes voces á alabar y á engrandecer la misericordia del Señor; y sin poner excusas ni dilaciones, luego corriendo fué á postrarse á sus pies. Sabia muy bien lo que despues escribió Séneca con tanto acierto: *sabia digo*, muy bien cuanto se aprecia la prontitud cuanto perjudica y ofende la dilacion: *Multum celéritas fecit, multum abstulit mora*. Sabia que muchas veces el confesar el beneficio es agradecerle: *Interdum beneficii solutio est ipsa confessio*. Por eso ya ántes de llegar á la presencia del Señor le confesaba á gritos; y á las voces añadió las espresiones de la mayor humildad postrándose á sus pies, y las mas verdaderas señas de su reconocimiento. Solas las palabras son buenas razones, falsas señas de amor y de agradecimiento: estas en todos los cristianos se encuentran; de sus bocas se oyen muchas acciones de gracias. Gracias á Dios dicen, que tenemos vida salud hacienda: gracias á Dios de todo; pero estas palabras no van acompañadas de los internos afectos de gratitud. Por eso no experimentais el agrado de Dios que logró el Samaritano. Como le vió el Señor verdaderamente agradecido por la salud de su cuerpo le añadió la salud del alma, y le ofreció su amistad y su gloria por aquellas dulces palabras (*Luc. XVII. 19.*) : *Surge: quia fides tua te salvum fecit*. Levántate á mis brazos que tu buena fe y tu gratitud te hacen digno de mayores beneficios.

12. O Dios mio! Qué liberal sois! Qué generoso! Hacedis mérito de lo que es obligacion nuestra. Agradeceis nuestro propio agradecimiento. Y aun mas, nos habeis hecho á los cristianos un beneficio que nos sirve de medio para seros agradecidos. Conocia la magestad de Dios dice el Crisóstomo (oídme que el pensamiento es como del santo) conocia dice, que los hombres no son capaces de satisfacerle por entero los muchos beneficios que le deben; y queriendo que le fuesen perfectamente agradecidos, instituyó ese augusto sacramento á fin de que puedan volverle cuanto han recibido de su mano, ofre-

ciéndole ese sacrificio que le da toda la gloria y todas las gracias que se merece por todos los beneficios. Ahora entiendo con S. Agustin porque pregunta David: Qué retornaré yo al Señor por lo que él me ha vuelto? (*Ps. cxv. 3.*) *Quid retribuam Dómino pro ómnibus que retribuit mihi?* Qué tenia tuyo el Señor, ó David, que dices que te lo ha vuelto? *Retribuit mihi.* Qué? El precioso cáliz de su sangre y de su pasion, ese admirable sacramento que siendo todo suyo le hace nuestro para que podamos retornársele agradecidos. Por eso respondemos con David á su pregunta (*Ibid. 4.*): *Cálicem salutaris accipiam.* Recibiremos vuestro cuerpo y vuestra sangre en accion de gracias por vuestros beneficios.

13. Pero si quereis ser agradecidos recibiendo ese augusto sacramento debéis recibirle dignamente: de otra suerte abusando del beneficio os haceis mas ingratos. Despues de haber confesado vuestras culpas y vuestra indignidad humillados como el Samaritano, contemplad la divinidad del Señor que cura la lepra de vuestras almas y corrobora las fuerzas de vuestro espíritu. Contemplad que como ántes os dije y canta la Iglesia, en ese augusto sacramento se nos acuerdan los tormentos de la pasion de Jesucristo: *Recólitur memoria passionis ejus.* Desde esas aras os dice el Señor por boca de S. Buenaventura: Bien veis ó Cristianos, los clavos con que estoy clavado, bien veis las llagas de mi cuerpo las penas que padezco: pues siendo tan acerbo este dolor es mayor la angustia de mi corazon el experimentaros ingratos: *Dum ingratum te experior.* Ea apartaos de mi presencia: no os vean mis ojos, ó venid agradecidos.

14. Si Dios mio. Llegamos á vuestros pies como el Samaritano. Conocemos que debemos y podemos ser agradecidos. Y si hasta ahora habiéndolo sido con los hombres no lo hemos sido con Vos, detestamos nuestra villana infame ingratitud. Confesamos que hemos merecido mil muertes mil infiernos. Es infinita vuestra paciencia y vuestra misericordia; pues nos dais tiempo para pedir os perdon de nuestra ingratitud. Y así reconocidos á este nuevo beneficio decimos que nos pesa de haber pecado: de haber ofendido á un Dios tan bueno tan benéfico tan liberal. No nos horroriza el infierno: mayor horror nos causa nuestra ingratitud. No por el castigo Señor, nos pesa de haber pecado: por ser quien sois bondad infinita nos pesa de corazon. Ya no os ofenderemos, mas asistidos de vuestra gracia, &c.

DE LA DOMINICA XIII. POST PENTECOSTEM
predicada á 5 Setiembre de 1745 : y 20 de Agosto de 1747.

Non est inventus qui rediret & daret gloriam Deo, nisi hic alienígena. Lucæ XVII. 18.

1. Jamas hago reflexion sobre estas palabras del evangelio que habeis oido que no exclame con S. Gerónimo ; Qué los forasteros hayan de venir á enseñar á los naturales del reino de Dios cual es su primer obligacion ! Qué los ménos favorecidos del padre de familias hayan de ser mas obsequiosos mas reconocidos que aquellos á quienes admite en su casa y colma de beneficios ! Pérfida ingrata Judea, por reducir á su rebaño tus ovejas descarriadas , por curar tus enfermos desauiciados obró tu paisano Jesucristo innumerables milagros en el discurso de su vida. A cuántos ciegos sordos y paralíticos restituyó el uso de la vista del oído y del movimiento ? Sus trabajos sus exortaciones sus cuidados ; á cuyo bien se dirigieron sino al tuyo ? Pero cual fué tu reconocimiento y gratitud ? Para saberlo basta poner los ojos en el suceso del evangelio.

2. Entre los diez que curó la magestad de Cristo de la lepra hay nueve judíos , y de ellos ni uno siquiera vuelve á darle gracias del beneficio. Solamente el Samaritano se manifiesta agradecido , para confusion de aquellos judíos que eran los mas obligados , y para enseñanza nuestra que somos igualmente favorecidos : *Non est inventus qui rediret & daret gloriam Deo nisi hic alienígena.* Y no es este el único hijo de Samaria que nos proponen los evangelistas como maestro de quien debemos aprender y como ejemplar á quien debemos imitar. Tres son los hijos de aquella ciudad que nos inspiran la práctica de las tres mas excelentes virtudes : la Samaritana convertida junto al pozo de Jacob : el Samaritano que se compadeció del que encontró herido postrado en el camino de Jericó : y el Samaritano que curado de la lepra volvió á dar gracias del beneficio. En la primera se descubre un gran zelo del honor de Dios : en el segundo una caridad heroica hácia el prójimo : en el tercero un profundo reconocimiento á Jesucristo. La Samaritana convencida de la divinidad del Señor no solo la cree , sino que como un apóstol predica á sus paisanos que es el Mesías prometido. El Samaritano misericordioso no solo alivia con el aceite y el vino las llagas de aquel herido , sino que le lleva á una posada y encarga al huesped que le cure de su cuenta. El Samaritano agradecido no solo da gracias del beneficio sino que se postra á los pies de su bienechor.

3. Veis ahí Señores, las virtudes en que se ejercitaron, los buenos ejemplos que nos dieron los hijos de Samaria. La Samaritana de quien habla S. Juan condena la infidelidad de los judíos, y nos da ejemplo de la fe mas viva. El Samaritano de quien habla S. Lucas en el evangelio del domingo pasado condena la impiedad de los mismos judíos, y nos da ejemplo de la mas tierna misericordia. En fin el Samaritano de quien habla el mismo S. Lucas en el evangelio de este dia condena la ingratitud de los nueve leprosos tambien judíos, y nos da ejemplo de la mas noble gratitud. Y aquí debo detenerme. Mi asunto ha de ser Oyentes míos, hablaros de la ingratitud haciéndoos ver en la primera parte de mi plática que la ingratitud es un vicio enorme y detestable, y en la segunda que es un vicio comun y frecuente entre los cristianos; para que á vista de su horror y de vuestro riesgo procureis imitar la gratitud ó agradecimiento del Samaritano.

Primera parte.

4. Es una máxima no ménos conforme á los principios de nuestra fe que á los de la razon natural, el que debemos mirar con otros ojos las injurias que los beneficios. Las injurias debemos olvidarlas: de los beneficios debemos acordarnos diciéndose vulgarmente y bien, que se escriban las injurias en la arena, y que se graben en el mármol los beneficios. Séneca procuró inspirar á todos esta máxima y persuadirla con argumentos naturales y verdaderamente eficaces. Pero sin duda tuvieron mayor conocimiento de ella los insignes varones á quienes ilustró Dios con las luces de la fe. Pues no por otra razon que por conformarse con aquella máxima, Josué despues de haber pasado el Jordan próximo á entrar con su ejército en la tierra prometida mandó sacar del rio doce piedras para que fueran otros tantos perennes monumentos de reconocimiento á los beneficios que Dios les hizo en el desierto: por lo mismo los patriarcas los jueces y los reyes de Israel erigieron tantos altares, ofrecieron á Dios tantos sacrificios. Y porqué se introdujo en aquel pueblo la costumbre de pagar diezmos y primicias á los ministros del Señor, sino para que fueran públicas señales y protestas de agradecimiento á sus beneficios?

5. Esta conformidad que dicen con la razon y con la fe la memoria y la gratitud de los beneficios de Dios, manifiesta bastante mente que es detestable vicio la ingratitud. Pero aun mejor nos lo dan á entender las quejas con que Dios por boca de los profetas se lamenta de los ingratos desertores de su providencia enemigos declarados de su bondad. Oíd cielos, así comienza Isaías su profecía, y escucha tierra, Dios es quien habla: Yo he criado á mis hijos los israelitas: los he exaltado á la cumbre del honor y de la felicidad; y ellos se han olvidado de mí y me han despreciado. Es bueno que el

bucy

buey conoce al que le apacienta, el asno conoce el pesebre de su dueño ; y los israelitas me desconocen? Ah generacion perversa pueblo inicuo raza maldita! Tan enorme es vuestro delito que no sé con que castigo castigaros : *Super quo percutiam vos ultra , addentes prævaricationem (Isai. 1. 2.)?*

6. ¿ Puede Señores , esplicarse Dios mas airado de lo que se explica contra los ingratos? Parece que no se digna hablar con ellos, y dirige sus palabras á las criaturas inanimadas cielos y tierra : *Audite cali & auribus percipe terra.* Sino es que digamos con S. Gerónimo que por tierra entiende á la sinagoga : tierra que fecundada con la lluvia de gracias y beneficios en lugar de darle agradecida muchos frutos de buenas obras , ingrata no produjo sino abrojos y espinas de maldades. Y digamos asimismo que por cielos entiende Dios á la Iglesia cristiana que es un pueblo nuevo ó un cielo que escogió para su residencia. Y en verdad puede decirnos el Señor á todos los cristianos : Hechos hijos míos en el bautismo os he alimentado con mi propia carne y sangre : *Filios enutriui.* Sois mis favorecidos y como á tales os he exaltado al honor de herederos de mi reino : *Et exaltaui.* Y sin embargo mas fieros que el buey mas estúpidos que el asno me desconocéis y me tratais con la mas negra ingratitud : *Israel autem me non cognovit.* Ah gente ruin pueblo maldito ! Con qué rigor debo castigaros ? *Væ genti peccatrici , filiis sceleratis : : super quo percutiam vos ultra , addentes prævaricationem.*

7. Así nos habla Señores, Dios ofendido y enojado de nuestra ingratitud. Y bien lo merece un delito tan enorme que encierra en sí dos injusticias. La una consiste en que los ingratos le quitan á Dios un bien que le pertenece, y la otra se reduce á que le atribuyen á las criaturas á las cuales no les toca. Porque á solo Dios se debe la adoracion absoluta el reconocimiento de sus beneficios y la accion de gracias. Bien podemos honrar á los reyes por su poder como honró Natan á David. Bien podemos venerar á los santos y á los ángeles como los veneraron Abraan y Josué. Pero estos son homenajes inferiores subordinados que prestamos á las criaturas con respecto al primer Ser del cual dependen. Vos solo Dios mio, merecis un culto supremo como soberano: como árbitro de la vida y de la muerte como principio y fin de todas las cosas. Todo cuanto tenemos es vuestro: todos los bienes nos vienen de vuestra liberal mano: riquezas honras salud hermosura dones naturales y sobrenaturales. Así lo conocemos: confesamos la deuda. Pero cómo hemos de pagarla? Os restituiremos los bienes que nos habeis dado? No necesitais de ellos decia David: *Deus meus es tu , quoniam bonum meorum non eges (Ps. xv. 2.)* ¿ Os ofreceremos en sacrificio animales sangrientas víctimas que llenen nuestros altares? Ya no os agradan en la nueva ley segun dice el mismo real profeta , semejantes oblaciones : *Hostiam & oblationem noluiti (Ps. xxxix. 7.).*

8. Pues cómo nos mostraremos agradecidos á Dios? Adorándole Oyentes míos, bendiciéndole dándole gracias. Hagamos de nosotros mismos un templo vivo: un templo en que nuestro corazón y nuestro espíritu sean el altar y la víctima: en que nuestros ojos sean las antorchas que alumbren nuestro sacrificio: en que nuestras bocas formen un armonioso concierto que publique la gloria y la infinita bondad de Dios: templo en que la religion virtud príncipe entre las morales, ejercite los actos de la adoracion mas sagrada y mas agradable á su magestad. Dentro de nosotros mismos sin salir á buscarlos fuera tenemos modos y medios con que poder ser agradecidos á Dios. Y por lo mismo que nos es tan fácil la gratitud es mas injusta la ingratitud con que le negamos una deuda que le es por tantos títulos debida.

9. Figuraos un enfermo que dice á su médico, ó un litigante á su abogado: yo publicaré la obligacion que os debo: siempre que os encuentre os saludaré con respeto: conservaré eternamente la memoria del favor que me habeis hecho y en cualquier ocasion que se ofrezca os serviré con gusto. Os parece que aquel médico y abogado se dieran por bien pagados de su trabajo? se contentaran de semejantes estériles ofertas y reconocimientos? No por cierto. Pues con eso poco Oyentes míos, se contenta Dios: con que le tengamos una buena voluntad un verdadero deseo de servirle, un ánimo firme de no ofenderle. Y esto que nos cuesta tan poco ¿nos atrevemos á negárselo? Qué injusticia!

10. Y no para aquí. No solo los ingratos se olvidan de reconocer y de dar gracias á Dios de los beneficios, sino que se las dan á las criaturas ó á sí mismos. Cuántos atribuyen la elevacion de su fortuna á la proteccion de un amigo? Cuántos atribuyen á su industria las riquezas, á su sabiduría ó á su valor los empleos que gozan? Y como no es así, como Dios es quien les dispensa los bienes que poseen, truecan segun dice el Apóstol, la verdad en mentira, y en lugar de servir al criador sirven á las criaturas: *Commutaverunt veritatem in mendacium*: : *Et servierunt creaturæ potius quàm Creatori* (Rom. 1. 15.). Por poca religion que tuvieran, oyeran la voz del Señor que les dice por el profeta Oseas (II. 13.): Erais pobres y os enriquecí: estabais afligidos y os consolé: estabais enfermos y os di la salud: erais esclavos y os redimí: *Ego redemi eos*. Pero están sordos, y depravado su corazón hablan lo contrario mentiras contra Dios: *Ipsi locuti sunt contra me mendacia*. Diria que son ateistas sin Dios: diria que son los tales los mas injustos del mundo; si no declarara S. Pablo que hay otros ingratos que lo son mas. Es á saber aquellos que no solo atribuyen á las criaturas los beneficios que reciben de Dios sino que se valen de ellos para ofenderle.

11. En otro tiempo preguntaba Jeremías (XIII. 20.) ¿Acaso ha-

habrá alguno que pague mal por bien? *Nunquid rédditur pro bono malum?* Pero me parece que no lo preguntara ahora el profeta; pues viera que muchos pagan á Dios con la moneda de culpas y maldades los beneficios que les hace. El Señor, decia Salviano, os da las riquezas para que seais misericordiosos con los pobres; y os servís de ellas para ser avaros y usureros. Dios os da la hermosura para que sea adorno de la pureza; y vosotras haceis que sea estímulo á la lascivia. Dios os eleva á la dignidad para que seais humildes y benéficos; y vosotros con ella os haceis soberbios intratables. Dios en fin nos dispensa sus bienes para que seamos mejores; y por una conducta toda opuesta á su designio los empleamos en hacernos peores. Qué trastorno! Qué injusticia! Qué! : : Mas advierto que me hallo en la segunda parte de mi plática en que he de haceros ver, que el vicio de la ingratitud que reconocéis detestable, es muy frecuente entre los cristianos.

Segunda parte.

12. Entre las muchas obligaciones que impuso S. Pablo á su discípulo Timoteo (I. II. 1.), descubro cuatro que le encargó con distincion y especialidad: ruegos súplicas instancias y acciones de gracias. Ruegos para pedir á Dios lo que necesitara: súplicas para aplacar su indignacion: instancias para conseguir alivio en sus penas: y acciones de gracias para agradecerle sus beneficios. Y estas obligaciones no penseis Señores, que son propias de Timoteo: á todos igualmente nos comprenden. Pero segun observa S. Bernardo (*de Diver. Serm. xxvii.*) somos muchos los que cumplimos con los ruegos súplicas y instancias, y muy pocos los que cumplimos con las acciones de gracias. Nos sucede puntualmente lo mismo que leemos en el evangelio. Los diez leprosos rogaron á Jesucristo, le suplicaron, y con instancias lágrimas y gemidos le dijeron que se compadeciera de ellos, y les curara de la lepra: *Jesu miserere mei.* Pero solamente uno de los diez volvió á darle gracias del beneficio: *Non est inventus qui rediret & daret gloriam Deo, nisi hic alienígena.*

13. Pues asimismo cuando estais enfermos, cuando os hallais en algun trabajo rogais suplicais instais al Señor que os dé la salud y consuelo. Pero despues de haberlo conseguido, apénas se encontrará de diez uno que venga al templo á darle las debidas gracias por el beneficio: *Non est inventus qui rediret.* Haced reflexion sobre vosotros mismos, y conoceréis la verdad con que os habla S. Bernardo; y hacedla tambien sobre lo que nos dicen S. Gregorio y S. Agustin. Los dones de Dios dice S. Agustin, son la semilla que el Padre Eterno como labrador arroja en la tierra que se promete ha de darle abundante cosecha. Los dones de Dios dice S. Gregorio (*in Evang. lib. i. Hom. x.*) son los talentos que da, los préstamos que hace con

intencion de recobrarlos con provecho. Pero ¿cuál es la tierra preguntan estos santos padres, que da buena cosecha al que la sembró? Cuántos son siervos inútiles que sepultan los talentos que les dió el padre de familias? O segun se esplica el profeta: ¿cuántos piden prestado y no lo vuelven? *Mutuábitur peccator, & non solvet* (Ps. XXXVI. 21.).

14. Cuando un mal pagador necesita de dinero, todo son cortesías promesas seguridades á aquel á quien pide prestado; pero quando llega el plazo de volverle, todo son excusas dilaciones y tal vez descortesías y malos modos. Pues de la misma suerte pecadores, os portais vosotros con Dios en el tiempo del trabajo y de la prosperidad. Tal vez le decís como Jephthe (*Judic. xi. 30.*): si me da una victoria de mis enemigos, le ofreceré en sacrificio lo primero que se me pusiere delante. Tal vez le decís como Jacob (*Gen. xxviii. 20.*): si me asiste, me acompaña en el camino, me vuelve á la casa de mi padre, le daré el diezmo de todos mis bienes. Tal vez le decís con Ana madre de Samuel (*I. Reg. i. 11.*): si me da un hijo, yo le dedicaré todo á su servicio. En verdad Jephthe Jacob y Ana cumplieron sus votos. Pero vosotros ¿habeis cumplido vuestras promesas? Prometisteis dar muchas limosnas si ganabais un pleito: ¿las habeis dado? Prometisteis apartaros de una torpe correspondencia, llevar una vida penitente mortificada, si recobrabais la salud: ¿lo habeis hecho? Sois verdaderamente ingratos, y injustamente reteneis lo que Dios os prestó, para que se lo volvierais empleándolo en su servicio: *Mutuábitur peccator, & non solvet.*

15. Es mayor de lo que pensais Oyentes míos, el número de los ingratos á Dios. Porque si bien se mira, todos los pecadores lo sois, pues para pecar os olvidais de los beneficios que Dios os ha hecho, y os valeis de ellos para ofenderle y injuriarle. Por eso á cada paso las sagradas letras llaman ingratos á los israelitas, reconociendo en cada uno de sus delitos la infame nota y la malicia de la ingratitud. Repetidas veces cuentan los beneficios que Dios les hizo, y luego por sus culpas les echan en rostro su mala correspondencia (*Deut. xxxii. 6.*) *Hæcine*, decia Moyses, cuando bajó del monte y encontró que su pueblo idolatraba: *Hæcine reddis Dómino, pópule stulte & insipientis?* ¿Esta es la recompensa que dais á Dios por haberos cubierto con las alas de su providencia, por haberos querido y conservado como á la niña de sus ojos, por todos los estupendos prodigios que ha obrado en favor vuestro? Le desechais, y elegís por vuestro Dios á un ídolo? *Hæcine reddis Domino, pópule stulte & insipientis.* Pues esta misma reconvencion puedo yo haceros Cristianos míos.

16. Y si teneis presentes los beneficios que Dios os ha hecho sin comparacion mayores que los que hizo á los israelitas: siendo vuestras culpas sino mayores á lo ménos iguales á las suyas, no podeis

negarme que sois ingratos. Contemplad la fuerza del argumento: daos por convencidos de que cuantas veces habeis pecado, habeis incurrido en la mas infame ingratitud. Y no os causa horror? Le teneis de ser ingratos para con los hombres que os hicieron algun beneficio; y no le teneis de serlo con Dios que os hizo tantos? Acaso os imaginais que el Señor no se da por ofendido de vuestra ingratitud? Oíd como habiendo sufrido sin desplegar los labios las mayores injurias, se queja amargamente de los nueve ingratos del evangelio. Qué se hicieron? pregunta: *Et novem ubi sunt?* No querais pues Oyentes míos, ser del número de los nueve ingratos. Sed como el Samaritano, que aunque ántes infiel é idólatra sin mas luz que el mismo beneficio, os persuade con el ejemplo que debeis ser agradecidos, y os enseña el modo con que podeis serlo. Levantad como él la voz, y alabad la infinita misericordia que ha usado con vosotros tantas veces curándoos la lepra de la culpa. Y ahora mismo os perdonará, si arrepentidos y postrados á sus pies como el Samaritano le decís: *Jesu miserere mei.* Jesus mio, tened misericordia de mí. Prometo no ser en adelante ingrato á vuestros beneficios. Me pesa de haberlo sido, &c.

*Exordio para la misma plática en la dominica infraoctava
de la Asuncion.*

17. A vista de esta sagrada imágen que nos representa á María señora nuestra difunta, debiéramos entristecernos, si no creyéramos que resucitó gloriosa, y se subió á los cielos triunfante de la muerte. Y aun no solo es ageno de este dia el sentimiento, no solo es justo nuestro regocijo por la gloria que alcanzó María subiéndose á los cielos; sino porque nos acarreó la mayor conveniencia. Porque ¿acaso está en los cielos esta soberana reina toda ocupada en contemplar las perfecciones de su amado Hijo, como lo estuvo María Magdalena puesta á sus pies? No está tambien oficiosa como Marta, y empleada en nuestra asistencia? No está allí ejerciendo el oficio de madre y abogada nuestra? No intercede por nosotros y tanto que á su poderosa intercesion debemos los beneficios que recibimos de la divina liberal mano? Deberá pues en este dia nuestro regocijo ir acompañado de nuestro reconocimiento. Y ya que en vuestro tierno corazon descubro bastante fomento para el regocijo de la gloria de María, quiero daros estímulos al reconocimiento de sus beneficios: considerando que esto es lo que mas satisface á nuestra soberana bienchora, y que tenemos en el evangelio de este domingo un Samaritano que nos enseña á ser agradecidos. Pues entre los diez que, &c.

JACULATORIAS.

18. O Dios liberal benéfico! No tienen número los beneficios
Tom. III. F que

que me haceis. El ser, la vida todos los bienes me vienen de vuestra mano. Quitádmelos, si he de ser ingrato. De haberlo sido me pesa; pésame Señor, de haberos ofendido.

O Dulcísimo Jesus! A Vos debo los bienes de la gracia. Me redimisteis con vuestra sangre, me hicisteis hijo vuestro en el bautismo. No se malogre vuestra liberalidad. Perdonadme Señor, misericordia.

O Amabilísimo Jesus! Sacramentado en esas aras sois mi alimento, sois mi vida, sois mi Dios. Postrado á vuestros pies os doy muchas gracias: pésame Señor, de haber sido ingrato.

PLÁTICA C.

DE LA DOMINICA XIV. POST PENTECOSTEM INFRAOCTAVA DE LA ASUNCIÓN
predicada á 19 Agosto de 1742; 27 de Agosto 1747: y 8 de Setiembre 1743.

Nemo potest duobus dōminis servire. Matt. VI. 24.

1. **D**udaba Señores, si debia esta tarde ponderaros las glorias de María señora nuestra en su Asuncion triunfante, ó si debia intimaros la sentencia que pronunció su Hijo Jesucristo, diciendo por S. Mateo, que nadie puede servir á dos amos: *Nemo potest duobus dōminis servire.* ¿Qué decia yo, no ha de arrebatat toda mi atencion ese magestuoso túmulo en que yace María muerta, próxima á resucitar y á subirse á los cielos? No es muy propio el que en esta tarde diga á mis oyentes una oracion ó fúnebre ó panegírica? No debe el aire ó la llama de la divina palabra encender en sus corazones el fuego de la devocion de María santísima? No he de excitarlos á que haciendo coro con los ángeles, la aclamen victoriosa de la muerte? Pero qué, decia yo tambien, acaso necesita nuestra divina reina de humanos elogios que engrandezcan su gloria? Y no basta á enternecernos la vista de esa sagrada imágen que la representa muerta, y á regocijaros la fe de que resucitó gloriosa? y mas siendo en vosotros piadosos Valencianos, singular la propension á venerarla en su muerte feliz, en su Asuncion triunfante?

2. Por estas razones al parecer opuestas suspendí algun tiempo la elección del asunto, hasta que finalmente me resolví á esplicaros aquella sentencia en que Cristo señor nuestro declarando ser imposible servir á dos amos, condenó á los que pretenden servir á un mismo tiempo á Dios y al mundo. Porque me hice cargo que si lograba persuadiros que en conformidad de esa sentencia os emplearais del todo en servicio de Dios, haria el mayor obsequio á su madre María santísima, y seriais sus verdaderos devotos. Tal vez pensareis serlo

teniendo vuestro corazon partido entre Dios y el mundo : doblando la rodilla delante de esa arca del Señor , y delante de algun ídolo Dagon : ofreciendo inciensos á ese tabernáculo de la nueva alianza , y sacrificando víctimas á Baal. Mas claro. Tal vez pensareis ser verdaderos devotos , sin apartaros del comercio del mundo , sin privaros de sus placeres y regalos. Pernicioso engaño ! Division neutralidad funesta ! que intento reprender en el discurso de mi plática haciéndoos ver en su primera parte que para ser verdaderos devotos debeis separaros del comercio del mundo ; y en la segunda que debeis privaros de los placeres que el mundo ofrece. Porque segun declaró Jesucristo , no podeis servir al mismo tiempo á Dios y al mundo : *Nemo potest duobus dñinis servire.*

Primera parte.

3. No ménos se apartan de la verdad y desconocen á la devocion los que nos la representan áspera intratable , que los que nos la proponen muy dulce y apacible. Los unos la hacen montaraz , amiga de la soledad y de las tinieblas , enemiga de la compañía y de la luz : otros la civilizan ó domestican demasiado. Para unos es un fantasma descarnado que amedrenta , para otros es una figura hermosa que atrae y embelesa. Los unos la colocan en region tan elevada que la hacen inaccesible á los mas robustos y diligentes : otros la colocan en sitio tan bajo que pueden á poca costa alcanzarla los mas flacos , y perezosos. Unos y otros la desconocen y la desfiguran. Porque en realidad la devocion es yugo , digan lo que quieran los delicados ; pero no insoportable como le pintan los severos , pues el mismo Señor que nos le impone , le aligera. El mismo Jesucristo que nos dice que seamos sus devotos , y nos llama á su servicio , se convida á ayudarnos á llevar la cruz de la mortificacion , se ofrece á ser compañero nuestro en los trabajos : *Venite ad me omnes qui laboratis & onerati estis , & ego reficiam vos* (*Math. xi. 28.*).

4. Qué excusa pues podeis dar , Oyentes míos , para no ser devotos ? Qué os parece que es la devocion ? Consiste acaso en estraordinarias austeridades en un recogimiento perpetuo en una contemplacion continua ? O consiste en asistir á los templos , oír la divina palabra , en rezar muchas partes de rosario , en decir muchas veces Ave ó Dios te salve María ? Por mas que el vulgo llame devotos á los que frecuentan estos ú otros semejantes exteriores ejercicios de piedad : con todo la verdadera devocion en sentir de mi angélico maestro santo Tomas (*ii. 2. q. 82. a. 1.*) consiste en una voluntad pronta y dispuesta á hacer todo lo que sea del agrado de Dios ; y esta obligacion la contrajisteis todos en el bautismo. Porque entónces renunciando á las pompas y vanidades del mundo , hicisteis voto , prometisteis solemnemente consagraros y dedicaros del todo al servicio y obsequio

quiu de Dios; de suerte que lo mismo es ser cristianos que ser devotos.

5. Esta idea verdadera que os he dado de la devocion, basta á convenceros que ella es incompatible con el comercio del mundo, y que el juntarla con él es hacerla monstruosa, es profanarla destruir-la. Porque ¿qué tiene que ver la luz con las tinieblas? Qué conexion hay entre Jesucristo y Belial? Cuán léjos está Jerusalem de Babilonia? Hijos de Dios pregunta David (*Ps. cxxxvi. 4.*) ¿ cómo podreis cantar el cántico del Señor en la tierra estraña del mundo? Hijos ó por mejor decir esclavos del mundo ¿ cómo habeis de agradar y servir á Dios, si no dejais el servicio de su enemigo? Del mundo, digo, impuro en sus placeres, insaciable en su avaricia, insolente en su orgullo, ridículo en sus modas. Del mundo que entregado al demonio, segun dijo S. Juan (*1. 10.*) no conoció á su Redentor ni mereció sus misericordias.

6. Mas ¿ qué mundo es este tan horroroso y tan distinto del hermoso compuesto de cielos y elementos? En donde se halla este mundo perverso? Allí en donde se juntan los mundanos y pecadores, en donde los buenos se hacen malos y los malos se vuelven peores. En esos concursos en que con los deseos de agradar y agradarse, los hombres por lo afeminado del traje y de las acciones parecen mugeres, y las mugeres por el desaogo parecen hombres. En esas visitas en que con palabras equívocas se declaran los pensamientos mas torpes: en que con el título de eortesanía se cohonestan las mas criminales licencias. En esos concursos, en que el lujo triunfa, la vanidad brilla, la lascivia ó se desaoga ó se fomenta. Ahí es en donde está el mundo depravado enemigo de Dios, en cuya compañía no puede conservarse la devocion ó la firme voluntad de servirle.

7. Querer juntar la devocion de Dios con el comercio de ese mundo, es querer servir á dos amos, es querer un imposible como declaró la magestad de Cristo: *Nemo potest duobus dominis servire.* Y aun vuestras propias conciencias han de decir lo mismo. ¿ Cuántas veces habeis confesado que en estos profanos concursos se dicen muchas cosas que ofenden á la caridad, se ejecutan otras que se oponen á la pureza? No conocéis que allí cuantos objetos perciben vuestros ojos y oídos son otras tantas tentaciones ó estímulos á la vanidad y á la lascivia? No os hallais allí como asaltados, y como en el campo mismo de los enemigos de vuestra alma? Pues ¿ cómo decia S. Gerónimo (*De vitando suspec. contub.*) puede ella mantenerse devota ó dedicada al servicio de Dios?

8. Y aunque frecuentando los mundanos concursos no hayais experimentado la última ruína ó relajacion en vuestras costumbres, con todo ¿ volveis á vuestras casas con aquella serenidad y quietud de ánimo con que salisteis? Bien podeis recoger el espíritu para orar con

la atención debida? Sois dueños de vuestro corazón para ofrecerle entero á los pies de Jesus crucificado? No quedan fijas en vuestra imaginación las especies de lo que visteis y oísteis? Y ellas no os perturban no os tientan? Es bueno que el gran patriarca S. Benito despues de tres años de austerísima penitencia, allá en el cóncavo de una peña estuvo á pique de perderse, porque importuna su memoria le representó la imagen de una belleza vista casualmente en Roma; ¿y vosotros quereis darme á entender que no obstante la lozanía de vuestras pasiones en medio de los concursos mas mundanos vivís tranquilos y seguros? Que ni vuestro corazón se mancha, ni vuestro espíritu se disipa? Que os manteneis constantes en la devoción ó voluntad de servir á Dios? No: no creo tal.

9. Ni tampoco creo que os lleva á esas funciones profanas el deseo de contener con vuestra modestia y circunspección las licencias y desacatos de otros, y de insinuarles con arte el amor á la virtud y el desprecio de la vanidad. ¿Porque ya llegasteis á aquel grado de perfección que pide santo Tomas en los que han de tratar familiarmente con los pecadores para convertirlos? ¿Tan fervoroso es vuestro zelo, que como Daniel predicais desengaños junto á los rios de Babilonia? Cuántas almas habeis ganado para el cielo con ese artificio desconocido de los mismos apóstoles? Tratad mas verdad. Decid lo que sentís. La propia complacencia la curiosidad la contemplación es la que os mueve á ir á esos concursos del mundo. Y la esperiencia os enseña que vuestra presencia sobre ser inútil á los demas es perniciosa á vosotros mismos; porque Dios mirándoos como desertores de su servicio os abandona al dominio del mundo.

10. Pero no me digais que segun esto la obligación que tenéis de ser devotos ó de emplearos del todo en servir á Dios, os haria inciviles é intratables. No. Eso fuera no penetrar el sentido del oráculo de Jesucristo. Bien podeis asistir á esas funciones en que se solemniza el matrimonio de un pariente ó de un amigo: el Señor nos abrió el paso asistiendo á las bodas de Caná de Galilea. Bien podeis ir á todas aquellas á que os llama la caridad el respeto ó la dependencia; pero no á las que introduce cada dia la profusión el capricho ó la locura. Y aunque vuestros padres vuestras madres ó vuestros hijos os conviden, ántes que condescender con su voluntad debeis romper con ellos; porque ese es el caso en que Jesucristo os manda aborrecerlos. Aunque os amenacen con el que dirán que sois ridículos, cerrad los oídos á ese infame *que dirán*, para abrirlos á las voces con que el Señor os dice que no hagais tal. Aunque os parezca duro el privaros de los gustos y placeres que os ofrece el mundo, ello es preciso para ser verdaderos devotos ó buenos cristianos, como vereis en mi

Segunda parte.

11. Cuando considero que la devocion verdadera es aquella per-la evangélica por cuya adquisicion debemos abandonar lo mas precioso: no puedo dejar de reprobar la idea de aquellos que pretenden ser devotos á poca costa, sin hacerse violencia privándose solamente de aquellos placeres que no aprecian, á trueque de gozar los que apetecen y juntamente con ellos el buen nombre y la reputacion de devotos. Pero ellos lo son del mismo modo que los fariseos á quienes el Señor tantas veces y con tanta razon calificó de hipócritas. Porque la verdadera devocion trae consigo inseparable la pena, ó para decirlo con el Apóstol á la misma mortificacion de Jesucristo: *Mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes* (II. Cor. iv. 10.).

12. Mas no entiendo por mortificacion de Jesucristo la de los profetas de Baal que con bárbara supersticion se cortaban los miembros de su cuerpo, ni la de los idólatras de la diosa Mithra que la ofrecian la sangre de sus venas, ni la de los Morabutos mahometanos que con el martirio se adelantan los tormentos del infierno. Entiendo por mortificacion de Jesucristo la de aquellos que haciéndose cargo que son miembros de una cabeza coronada de espinas por sus culpas, eligen la penitencia que sea satisfaccion y medicina de ellas. Y para mejor acertarla procuran conocer su enfermedad, esto es las pasiones que mas los dominan é impelen al pecado. Y una vez conocidas no las halagan sino que las mortifican: á la lascivia con el ayuno, á la avaricia con la limosna, á la soberbia con los actos de la mas profunda humildad, y así consiguen sujetarlas á la razon y á la ley de Dios.

13. Segun esto decia S. Laurencio Justiniano, ¿ cómo puedo yo llamar devotos á los que no toman el pulso á sus almas, ni piden á su corazon cuenta de sus afectos, ni á sus potencias razon del mal que hacen y del bien que dejan de hacer? A los que solo buscan los regalos y comodidades que mas lisonjean su apetito, y huyen de todo lo que pudiera mortificarle y corregirle? Cómo puedo llamar devotos decia S. Francisco de Sales (*Vida dev. cap. 22.*) á las que están tan atentas á dar gusto á su paladar que hacen ascos, desechan los manjares por la menor falta que encuentran ó apreenden en ellos? Poco importa decia el santo maestro de la vida devota, que os abstengais de la abundancia y esceso en las comidas, si sois nimiamente delicadas en su eleccion. Para ser parcas no debierais buscar el deleite en lo que comeis, sino el cumplir con la necesidad que tenemos de comer para vivir.

14. Pero ni estas ni todas las mortificaciones del cuerpo bastan, Oyentes mios, á haceros devotos, si no mortificais y corregis ántes vuestro corazon ó vuestra voluntad. Serán muchas veces tan injustos

los

los golpes que diereis sobre vuestras espaldas, como los que daba Balaam á su jumenta cuando el ángel no la dejaba andar. Porque así como entónces dice el mismo Santo, quien tenia la culpa de que la jumenta no pasara adelante no era ella, sino Balaam que iba á maldecir al pueblo de Dios: así tambien muchas veces no es vuestro cuerpo el culpado, sino vuestra voluntad depravada con el ódio con la envidia con la vanagloria con otros vicios, digámoslo así espirituales.

15. O Dios mio, qué pocos devotos teneis! Todos procuran acomodar la devocion á su humor y á su genio. Quien ayuna dos ó tres veces á la semana, y alimenta en su pecho el ódio mas implacable á sus parientes. Contiene á su lengua en la abstinencia mas rígida de los manjares, y la quita el freno para que maldiga y calumnie á sus prójimos. Quien está todo el dia rezando, y por el menor descuido maltrata á sus criados con las palabras mas injuriosas. Acabará de recibiros ó Dios de la piedad y de la mansedumbre, y apénas entra en su casa perturba á gritos su familia. Quien está postrado á vuestros pies muy humilde al parecer, y es vano fiero cruel con los hombres. Así Señor, son medio vuestros y medio de sí mismos. Mas qué digo? Son nada vuestros: porque vos no sufrís compañero en el dominio: *Nemo potest duobus dominis servire.*

16. Al hombre interior y exterior decia S. Pablo, debe mortificar el verdadero devoto: debe negarse enteramente á sí mismo: debe cargarse con toda la cruz de la mortificacion: de suerte que ni aun podeis anelar con demasiada ansia por aquellas dulzuras espirituales que trae consigo la devocion. A lo ménos dirigid vuestros pasos por la calle de la amargura, por el collado de las penas, para llegar al tabor de las delicias. Qué delicados sois, si buscáis una cruz que no tenga clavos, una corona que no tenga espinas! Qué impacientes sois, si desde luego que comenzais á caminar por el camino de la virtud, quereis con lo sumo de la perfeccion alcanzar el premio! Qué cobardes si retrocedeis al primer estorbo que encontrais!

17. Venga lo que viniere decia santa Teresa de Jesus, tristeza ó gozo, amargura ó consuelo, guerra ó paz, tinieblas ó luz, sequedad ó unción á mi espíritu: no he de volver un paso atras. No he de apartarme del empeño que he hecho de servir á Dios. Tome el bajel la derrota que gustare el soberano dueño del mar y de los vientos: vaya al oriente ó al occidente, al mediodia ó al septentrion, mi aguja no ha de apartarse de su norte que es la voluntad de Dios.

18. Mas cómo me atrevo hablaros con un language tan sublime? Cómo me introduzco á lo mas interior de la vida devota, cuando mi asunto solo fué persuadiros que abrierais las zanjas á la devocion, apartándoos del peligroso comercio de los mundanos, y absteniéndoos de los placeres prohibidos para de ese modo entregaros del to-
do

do al servicio de Dios? A esto estais obligados como ántes os dije, por ser cristianos: porque con vosotros hablaba el Señor cuando declaró en el evangelio que nadie puede servir á dos amos: llegó ya el tiempo Señores, en que tomeis uno de dos, á Dios ó al mundo. Qué elegís? Quereis servir á Dios, quereis ser sus verdaderos devotos? Apartaos de la babilonia del mundo. *Fugite de medio babilonis.* Retiraos ya que no á los desiertos, á lo ménos recogeos dentro de vosotros mismos, y encontrando vuestro corazon partido, unidle con las lágrimas para sacrificarle entero á vuestro Dios. Admitidle dulcísimo Jesus, en sacrificio por vuestra bondad infinita, y por el amor de vuestra madre que abogada nuestra ruega por nosotros. Ea soberana Reina, á pesar de nuestra indignidad alcanzad de vuestro Hijo el perdon de nuestras culpas que detestamos aborrecemos &c.

Otro Exordio de la misma plática en el año 1743. en que la dominica xiv. fué el dia 8. de Setiembre.

19. Para que celebrarais digna y provechosamente las sagradas festividades, fuera bueno que os imaginarais estar en aquel lugar y tiempo en que sucedieron los prodigios ó misterios que se os acuerdan; porque de esa suerte sin duda se conmovieran en vuestros corazones los piadosos afectos de alegría ó de tristeza, de temor ó de confianza que corresponden. ¿Cuál fuera vuestro regocijo Señores, si pensarais estar en Judea, y al tiempo del nacimiento de María señora nuestra? Como que vierais, que despues de una noche lóbrega y tenebrosa aparecia el resplandeciente lucero de la mañana que anunciaba próxima la venida del sol. Como que vierais, que aquella tierra feliz fecundada del rocío celestial echaba de sí ó brotaba á la frondosa vara de Jesé que habia de producir á la hermosa flor del campo. Digámoslo de una vez; como que vierais en el regazo ó brazos de santa Ana recién nacida á María señora nuestra. Y enagenados de gozo al ver la felicidad que os acarrea aquella niña naciendo á reparar las quebras que causó nuestra primer madre, hicierais anagrama del nombre de esta, y en lugar de *Eva* la dijerais *Ave*. *Ave* estrella del mar. *Ave* vírgen y madre. *Ave* puerta del cielo. Seais bien venida al mundo. Seais venida para bien nuestro: para disipar las sombras que nos ciegan, y romper las cadenas que nos aprisionan: para ser nuestra abogada nuestra protectora nuestra madre. Mostrad serlo llevándonos á la presencia de vuestro Hijo, para que seamos eternamente felices.

20. Esto y mucho mas Señores, os hiciera ver y decir vuestra imaginacion preocupada de la idea que os pondria presente el objeto de la festividad de este dia. Y conozco que de alguna manera contribuirá á que vivas las especies hirieran vuestra imaginacion, si os pondrera la gracia que consiguió, y la felicidad que os acarreó María

en su nacimiento. Y ciertamente lo ejecutara, si no me hiciera cargo que la veneracion la ternura y el afecto no bastan á haceros verdaderos devotos de esta soberana reina, á ménos que desasidos del mundo no os dediqueis del todo al servicio de su amado Hijo y suyo. Deseo que lo seais, deseo vuestro espiritual aprovechamiento; y á este fin en lugar de una oracion natalicia que á lo mas os embelesara ó enterneciera, os haré una plática moral que os edifique, tomando por asunto el esplicaros la sentencia que pronunció la magestad de Cristo en el evangelio de este dia. Nadie, dijo, puede servir bien á dos amos. Es imposible servir á Dios y al mundo: *Nemo potest duobus dómínis servire. Non potestis servire Deo & mammonæ.*

21. La sentencia es decisiva: no deja la menor duda. Convence que no podeis agradar, servir, ser devotos de María santísima y de su amado Hijo, miéntas estuviereis empleados en obsequio, fuereis por vuestra culpa esclavos de sus enemigos el mundo el demonio ó la carne. Pero tal vez pensareis serlo &c.

Otra introduccion para la misma plática en el año 1747.

22. Entre cuantas sentencias pronunció nuestro soberano legislador Jesucristo ninguna es mas cierta ni mas decisiva, que la que leemos en el evangelio de este dia haber pronunciado cuando predicando en el monte dijo: Es imposible servir bien á dos amos; porque amando al uno se aborrecerá al otro, y complaciendo al uno se desagradará al otro. Y aunque despues de haber motivado esta sentencia inmediatamente la contrajo á Dios y á las riquezas, y la amplió con muchos símiles ó ejemplos, para desengañar á muchísimos que piensan ser al mismo tiempo buenos cristianos y avaros, servir á Dios y á las riquezas: sin embargo en sentir de los sagrados intérpretes la intencion de Jesucristo fué declarar incomponible el servicio de Dios con el desordenado apetito de todos los bienes de este mundo. Porque la razon es la misma. La oposicion es tanta entre Dios y las honras dignidades deleites y demas bienes del mundo apetecidos con desórden, como la que hay entre Dios y las riquezas adquiridas con ansia. Tan léjos están del servicio de Dios los ambiciosos soberbios iracundos lascivos, como lo están los avaros. No hay que detenerse: Es imposible servir á Dios y á los bienes del mundo, ó al mundo que con ellos nos atrae y embelesa: *Nemo potest duobus dómínis servire.*

23. Pero sin embargo de ser infalible é incontestable esta verdad, ¿cuántos son los cristianos que partidos entre Dios y el mundo, entre las obligaciones de su religion y los desórdenes de su apetito, creen poder doblar la rodilla delante de la arca del Señor y delante de algun ídolo Dagon: ofrecer inciensos al Dios de Israel y víctimas

á Baal? Cuántos creen hacer bien abandonando unos pocos años marichitos y lánguidos á una piedad tardía, mientras que sacrifican la flor y primavera de su edad al desago de sus pasiones demasíadamente ardientes? Cuántos cristianos piensan poder estar bien con Dios y con el mundo? Cuántos pregunto yo? No tienen número los que viven en este error pernicioso. Pues no solo se estiende y halla abrigo en el entendimiento y corazon de los pecadores, digámoslo así de profesion; sino tambien en el entendimiento y corazon de los que hacen profesion de devotos ó de servidores de Dios. Porque juzgan que para servir á Dios y ser devotos, no es menester apartarse del comercio del mundo ni privarse de sus gustos y placeres: con que pretenden componer el servicio de Dios con el del mundo. Mas yo en favor y en conformidad de lo que declaró Jesucristo, intento persuadiros esta tarde que para servir á Dios debeis apartaros del comercio del mundo, y privaros de sus gustos y placeres. Ya os he hablado otras veces de este mismo asunto. Pero no puedo tomar otro sin apartarme del evangelio, y sin olvidarme de que hoy celebramos segunda vez la memoria de aquella célebre maestra de la verdadera devocion la gran madre santa Teresa, que con las obras y las palabras nos enseñó lo mismo que su amado Jesus, ser imposible servir á Dios y al mundo: *Nemo potest duobus dominis servire.*

JACULATORIAS.

24. Dulcísimo Jesus! Qué mal hice en preferir el servicio del mundo que me infama al vuestro que me honra y me aprovecha! A vos quiero servir y complacer, no al mundo. Siento en el alma el haberos ofendido. Tened misericordia de mí.

Amabilísimo Jesus! Qué mal hice en dividir mi corazon entre Vos y el mundo! Es imposible servir á entrambos. Aborrezco al mundo y sus vanidades: me entrego enteramente á vuestro servicio: os amo adorado dueño mio, sobre todas las cosas. Me pesa de haberos ofendido.

Benignísimo Jesus! Qué mal hice en coronarme de flores teniendo vos la cabeza penetrada de espinas! Los placeres del mundo me enagenaron; pero ya reconocido mi engaño me abrazo con la cruz de la mortificacion, y postrado delante de la vuestra os pido perdon. Misericordia Señor, misericordia.

DE LA DOMINICA XIV. POST PENTECOSTEM
 predicada á 12 Setiembre de 1745, y 4 Setiembre de 1746.

Ne solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque corpori vestro quid induámini. Math. VI. 25.

Entre los muchos documentos que dió la magestad de Cristo á las turbas en aquel célebre sermón que predicó en el monte, no es el ménos provechoso el que contienen las cláusulas de nuestro evangelio. Y para que lo entendais así Oyentes míos, bastará referirlas. Nadie, decía el Señor, puede servir á dos amos. Es preciso que amando y obedeciendo al uno, aborrezca y desprecie al otro. No podeis pues servir á Dios y á las riquezas. Y así os digo que no seais solícitos en buscar que comer y que vestir. Acaso no vale mas el alma que la comida, el cuerpo que el vestido? Levantad los ojos y mirad las aves que cruzan esos aires: ni siembran ni siegan ni recogen cosecha alguna; y vuestro padre celestial las apacienta. Pues acaso no os estima mas á vosotros que á ellas? Y porqué asimismo andais tan solícitos por el vestido? Bajad los ojos y registrad las azucenas del campo como crecen: ni hilan ni tejen, y sin embargo os aseguro que Salomon en medio de su opulencia y gloria no llevó un vestido tan hermoso como el que ellas llevan. Pues si Dios así viste una flor que nace hoy y mañana se marchita; cuánto mejor lo hará con vosotros como tengais la debida confianza en su providencia? No querais ser ambiciosamente importunos, preguntando continuamente qué hemos de comer, qué hemos de beber, qué hemos de vestir. Dejad esos cuidados para los infieles. Vuestro Padre sabe muy bien que lo habeis menester. Y así buscad ansiosos el reino de Dios y su gracia, que con eso lo tendreis todo.

2. Estas son Señores, las cláusulas del evangelio, que dije bastaría oirlas, para que entendierais que contienen el mas provechoso documento. Y en verdad no es así? No estais viendo como Jesucristo nos exorta, á que no tengamos solicitud ansia ni anelo de las cosas temporales? A qué pongamos todo nuestro cuidado en adquirir la gracia de Dios y su reino eterno? Y no es esto lo que mas nos importa? Porque si llegáramos á tomar esta leccion y ponerla en práctica; ¿qué nos faltara para ser cristianos y perfectos cristianos? Si llegáramos á estar desasidos ó desprendidos de terrenos afectos; ¿qué tranquilo estuviera nuestro ánimo, qué serena nuestra conciencia, qué feliz y bienaventurada fuera nuestra vida? Este es pues y no otro el fin que se propuso la magestad de Cristo en el evangelio. Y

para que mejor se conozca cuanto desea y cuanto nos importa el que entremos en su designio; no solo nos declara ser su voluntad el que estemos desasidos de las cosas terrenas; sino que alega las mas eficaces razones para convencerlo. Ya las habeis oído resumidas. Y yo no pienso hacer otra cosa en el discurso de mi plática que ampliarlas; y para que sea con mayor claridad, en la primera parte os hablaré de la avaricia, y en la segunda de sus remedios.

Primera parte.

3. De golpe comienza la magestad de Cristo pronunciando la sentencia, y sentando como un principio indubitable que nadie puede servir á dos dueños: *Nemo potest duobus dominis servire* (*Math. xi. 24.*). Porque es fuerza que disguste al uno cuando complazca al otro: y mas si están entre sí encontrados en humor y genio: si el uno manda que calle, el otro que hable: el uno que llore, el otro que ria: el uno que trabaje, el otro que juegue de ninguna manera puede obedecer á entrambos. Y esto es lo que en realidad sucede respecto de Dios y de las riquezas, dueños entre sí opuestos en su inclinacion y en sus preceptos. Porque el uno quiere que los que le sirven sean liberales, el otro que sean avaros: el uno que sean misericordiosos, el otro crueles: el uno que vivan para todos, el otro que vivan para sí solos: el uno manda que remontándose como águilas se alimenten del celestial rocío, el otro manda que abatiéndose como culebras coman tierra. El uno inspira lo mejor, el otro induce á lo peor y mas sórdido. De lo cual infiere Jesucristo que no podeis servir á Dios y á las riquezas: *Non potestis Dea servire & mammonæ.*

4. Me persuado que concederéis aquel antecedente, que es imposible servir bien y á un mismo tiempo á dos amos; pero me temo que negareis la consecuencia de que es imposible servir á Dios y á las riquezas. Porque por una parte os causa horror el dejar de servir á Dios: por otra os parece duro el dejar de servir á las riquezas. Y en este estrecho, por no dar en aquellos extremos elegís el medio de servir á entrambos. Pero en esto está la imposibilidad, en que sirvais á Dios y á las riquezas, á ménos que no negueis la imposibilidad de servir á dos amos. Y para que lo veais mas claro permitidme que forme este silogismo: Es imposible servir á dos amos distintos: Dios y las riquezas son dos amos distintos: luego es imposible servir á Dios y á las riquezas. Qué defecto tiene este silogismo? No concluye? No está segun las reglas de la mas verdadera cristiana dialéctica? Solo podrá negar la consecuencia el demonio, que dejándoos bastante luz para conocer aquella verdad especulativa, es imposible servir á dos amos; os obscurece el entendimiento para que no conozcais esta verdad práctica, es imposible servir á Dios y á las riquezas, que legítimamente se infiere de aquella.

5. Pero dejemos estos términos que aunque inteligibles y comunes, por ser propios de la escuela puede ser que os confundan; y así oíd los que pretendéis servir á Dios y á las riquezas, los símiles sagrados de que se valen los santos padres para probar su imposibilidad. Así como dicen, los filisteos colocaron en su templo al arca de Dios que tomaron cautiva junto al ídolo Dagon y á entrambos ofrecieron incienso; y así como los samaritanos que fueron á poblar las tierras y ciudades que dejaron desiertas los israelitas de las diez tribus, adoraron al Dios de Israel y á los falsos dioses: asimismo servís vosotros á Dios y á las riquezas. ¿Os parece pues que el culto que dieron á Dios los filisteos y samaritanos mezclado con el que daban á los ídolos fué agradable á su magestad? Pues tan agradable le es el servicio que le haceis los que servís á las riquezas. Bien podeis venir al templo á oír muchas misas muchos sermones, que yo os diré con el profeta Elías: Hasta cuando habeis de claudicar ó de inclinaros á dos partes? Si el Señor de cielos y tierra es vuestro Dios, seguidle; pero si las riquezas son vuestro Dios, seguidlas abiertamente, no seais hipócritas (III. Reg. XVIII. 21.): *Usque quo claudicatis in duas partes? Si dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini eum.* Os diré por conclusion que no es mas decisiva la sentencia que declara ser imposible servir á dos amos, que la que declara serlo el servir á Dios y á las riquezas; porque entrambas las pronunció la misma infalible verdad Cristo señor nuestro: *Nemo potest duobus dominis servire :: Non potestis servire Deo & mammonæ.*

6. Alguna salida algun recurso presumo que encontrareis en estas mismas palabras, si reparais que Jesucristo no nos dice que no podeis servir á Dios y poseer las riquezas, sino que no podeis servir á Dios y á las riquezas: *Non potestis servire Deo & mammonæ.* Y hay gran diferencia entre servir á las riquezas y poseerlas. Porque poseer es propio de los dueños, servir es propio de los esclavos. Ahora bien contemplad si servís y sois esclavos de las riquezas: ó si las poseeis y sois dueños de ellas. ¿Las recogéis, pero luego las espendeis en mantener vuestra familia segun la decencia correspondiente á vuestro estado y en socorrer las necesidades de los pobres? Sois dueños de las riquezas: pues haceis de ellas lo mismo que hacen los dueños de sus criados, que los admiten y despiden de su casa segun razon voluntad y gusto. ¿Las recogéis, pero luego las encerrais para comprar heredades y mas heredades, ó para ir á ofrecerlas nocturnos sacrificios manosándolas y contándolas todas las noches? Sois esclavos de las riquezas como lo son algunos amos de sus criados, que les dominan de suerte que ni se atreven á despedirlos ni á corregirlos, aunque les ofendan y injurien. Ni importa que sean muchas ó pocas las riquezas que teneis recogidas. Tambien cabe en pocas como en muchas la avaricia: una vez que las mireis como á vuestro

tesoro, allí está vuestro corazón. Sois esclavos de las riquezas: ó para decirlo con S. Pablo (*Ad Galat. v. 20.*) sois idólatras del oro y de la plata: *Idolorum sérvitus.*

7. Otra señal puedo daros, para que conozcais si sois ó no avaros y esclavos de las riquezas. ¿Teneis gran solicitud ansia y anelo de adquirirlas, ó gran sentimiento dolor y pena de perderlas? Sois avaros. Por eso en los mismos términos, con que declara Jesucristo que no podemos servir á Dios y á las riquezas, declara que no debemos ser solícitos en recogerlas para tener que comer y vestir: *Ne solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque corpore vestro quid induamini.* Sin que de ahí podais inferir que es culpable el moderado regular cuidado, con que muchos recogen los precisos caudales para alimentarse y vestirse á sí y á su familia; porque solamente culpa el Señor á los que buscan los bienes temporales con tanta solicitud, como si fueran su último fin, y con tanto anelo que desconfian de la providencia de Dios: todo á fin de inducirnos al mayor desasimiento y desapego de los bienes terrenos, para que los poseamos como si no los poseyéramos: todo á fin de inspirarnos la mayor confianza en la providencia de Dios, para que vivamos dependientes de su benévolo universal influjo.

8. Ni ménos pienso que lo que os he dicho y he de deciros en adelante pueda daros motivo para cohonestar la ociosidad. No lo permita Dios. Porque estoy tan altamente persuadido que el trabajo es conveniente á todo género de personas, que me parece muy digna de alabanza la costumbre de aquellos nobles eclesiásticos y monges, que ganaban la comida con el trabajo de sus manos. Aborrezco tanto la ociosidad, que siempre que se ofrece la ocasion declamo con vehemencia contra esos pobres holgazanes que callejan por esta ciudad, piden importunos limosna á cuantos encuentran, teniendo bastantes fuerzas para trabajar en una rueca ó en un arado. Ni creais que dejan de hacerlo porque confian en la divina providencia. En lo que ménos piensan es en eso. Y verdaderamente en lo que ponen la confianza es en su propia sórdida industria, y en la esperiencia de que hallan muchos que ó piadosos ó inconsiderados les socorren, fomentando su holgazanería, y quitando aquella limosna á los verdaderos pobres.

9. La confianza que prescribe Jesucristo en el evangelio va acompañada del propio trabajo, y de un moderado cuidado de adquirir que comer y que vestir: la cual condena la demasiada ansia y solicitud de muchos que lo sois y no os teneis por avaros. Porque juzgais que solamente lo son aquellos que atesoran mas riquezas de las que han menester; y como vosotros no quereis mas que lo que pedia Salomon (*Prov. xxx. 8.*) ni riquezas ni pobreza: os contentais con lo que se contentaba S. Pablo (*Tim. vi. 8.*) con lo preciso para comer

mer y vestir, os discurrís inmunes del vicio de la avaricia. Y os engañáis; porque la avaricia tiene sus grados: y bien que no hayais llegado á lo sumo, estais mas allá de lo infimo. No cavilais dia y noche por tener alguna conveniencia? No estais continuamente pretendiendo ya una, ya otra? Dejais piedra por mover para alcanzarla? Pues eso es solitud y avaricia. ¿Lo preciso para comer y vestir decentemente no queréis tenerlo luego luego y seguramente, de suerte que no os pueda faltar? Pues eso no es mas que desconfianza en la divina providencia. Registrad bien vuestro corazon, y encontrándole manchado con este vicio, oíd las razones con que intenta limpiarle Jesucristo.

Segunda parte.

10. Hasta ahora solamente he tomado en boca el nombre de avaricia; y por eso tal vez pensareis que solamente he hablado contra el desordenado amor de las riquezas; y por consiguiente que no estais comprendidos en el asunto de esta plática, aunque ameís ó apetezcáis con desórden el comer y el vestir á vuestra satisfaccion y gusto. Pero este error proviene de vuestra poca atencion; pues claramente os dije que Jesucristo reprende y prohíbe toda solitud, todo anelo de los bienes temporales, que comprende bajo las voces de comida y vestido, que son los mas principales: *Ne solliciti sitis ánima vestrae quid manducetis, neque corpori vestro quid induámini*. Y las mismas razones que alega lo manifiestan bastantemente. Acaso pregunta, no vale mas el alma que la comida, el cuerpo que el vestido? *Nonne ánima plus est quam esca & corpus plus quam vestimentum?* Como si dijera: quien da lo mas, no dará lo ménos? Aquel Dios que os dió ese organizado hermoso cuerpo que formó en el vientre de vuestras madres: aquel Dios que os dió esa alma racional que produjo á su imágen y semejanza, no os ha de dar con que cubrir el cuerpo con que mantener el alma? Aquel Dios que bajó del cielo á la tierra á vestirse nuestra humana naturaleza, en que padeció hambre sed desnudez y la mas acerba muerte: aquel Dios que nos da en alimento el propio cuerpo y sangre que ofreció en sacrificio á su eterno Padre por nuestra redencion: aquel Dios que promete dársenos en premio despues de esta vida: aquel Dios nos ha de negar la comida y el vestido? O creéis aquellos beneficios ó no los creéis: si no los creéis sois ingratos é infieles: si los creéis, ¿cómo imagináis que ha de regañarnos los socorros que liberal franquea á los brutos?

11. Levantad los ojos, y mirad las aves que cruzan el aire decia Jesucristo: *Respícite volatília cali*. Qué multitud? Qué variedad? Pues ni siembran ni siegan ni recojen cosecha alguna, y sin embargo á ninguna falta la comida, porque nuestro Padre celestial las alimenta á todas. O qué admirable filosofia! Qué razon tan convincente deli

del cuidado que tiene de nosotros la divina providencia! Porque si se estiende hasta las mas pequeñas desconocidas avecillas, ¿cuánto mejor hemos de creer que ha de emplearse en alimentar á los hombres, que son las mas nobles perfectas criaturas que produjo en la tierra: á cuyo dominio como decia David, sujetó las ovejas los bueyes todos los brutos del campo todos los pájaros del aire todos los peces del mar? Y mas si reparamos que Dios es con toda propiedad nuestro padre. Porque al ver que un padre mantiene toda la familia, criados criadas y los jumentos ¿imaginaremos que deja morir de hambre á sus hijos? No por cierto. ¿Pues cómo hemos de concebir que nuestro padre celestial ejecute con nosotros que somos sus hijos, lo que no concebimos que pueda ejecutar un padre de la tierra con los suyos?

12. Bien puedo inferir que es injusta irracional la solicitud que teneis en buscar que comer, y no lo es ménos la que teneis en buscar que vestir. Bajad la vista continua Jesucristo, y contemplad las azucenas del campo como crecen: ni hilan ni tejen, y sin embargo os aseguro que Salomon en medio de su gloria y opulencia no llevó un vestido tan hermoso como el que llevan ellas. Pues si Dios así viste á una flor que hoy nace y mañana se marchita ¿qué hará con vosotros para cuyo regalo y delicia produce las flores? Sin duda hará otro tanto que con ellas. Así lo persuade la misma eficacia del argumento, prescindiendo de la suprema autoridad del divino Maestro que le propone. Pero esto no obstante no se da el Señor por satisfecho de nuestra confianza en su providencia. Y yo parece que estoy oyendo como insistís en preguntar ¿qué hemos de comer qué hemos de vestir? Si no lo buscamos con solicitud y con ansia, nos moriremos de hambre, iremos desnudos; y aun tal vez me alegareis los ejemplares de muchos que están padeciendo la mayor hambre y desnudez. Convengo en que así suceda. ¿Pero me asegurais que esos tales hacen de su parte lo que pueden: tienen la confianza que deben en la divina providencia: procuran, si ofendieron á Dios gravemente, recobrar su amistad y gracia? Juzgo que no os atreveréis á asegurarlo. Pues os salís del asunto. Porque Dios solo promete los socorros de su providencia á los que le son fieles y justos. Y es esta una verdad la mas notoria y la mas bien probada de cuantas enseñó Jesucristo en el discurso de su predicacion y vida: *Non vidi justum derelictum, nec semen ejus querens panem* (Ps. xxxvi. 25.).

13. Ea pues dejad las réplicas y los cuidados terrenos para los gentiles, decia Jesucristo: *Hec enim omnia gentes inquirunt* (Matth. vi. 32.): para los infieles que ó no creen que hay Dios, ó creen que paseándose sobre los quicios de los cielos no cuida de los mortales. Pero vosotros que estais ilustrados con las luces de la fe: vosotros que sabeis que son innumerables los testimonios de la escritura en que Dios os promete la proteccion de su providencia: vosotros que

que habeis oído las razones con que Jesucristo la persuade en el evangelio: ¿vosotros desconfiais, y dais en vuestro corazon entrada á la solicitud ansia anelo y avaricia de los bienes temporales? Y la fe? Y el conocimiento en que estais de que primero faltarán el cielo y la tierra que la palabra de Dios? Qué diriais á un gentil que al veros del todo ocupados en atesorar riquezas y otros bienes terrenos, os arguyera con las mismas razones que Jesucristo?

14. En semejante caso no supo que responder Esdras. Y por eso no quiso pedir tropas auxiliares al rey de Persia (*I. Esdra VIII. 22.*) para resistir á los enemigos que le insultarian en el largo camino que con su pueblo habia de hacer desde Babilonia hasta Jerusalem. Tengo verguenza decia, de pedir auxilios al rey, á quien dijimos que la poderosa mano de nuestro Dios nos protegía. Porque pudiera su magestad insultarnos y echarnos en rostro nuestra desconfianza ó nuestra mentira. Pero nosotros no tenemos verguenza de hablar de un modo y obrar de otro: tenemos la voz de Jacob y las manos de Esau: quiero decir, la fe de cristianos y la desconfianza de gentiles. Pues creemos y á boca llena confesamos que debemos buscar con ansia el reino de Dios y su gracia, asegurados que con eso tendremos todo lo necesario para vivir; y con las obras olvidados de Dios y de los bienes eternos, buscamos con anelo los temporales. Prueba de que nuestra fe está muerta, y que no comunica influjo alguno á la voluntad; porque vuestras culpas la cierran el paso. Abramos pues las puertas con el arrepentimiento. Digamos que nos pesa Dios mio, de haberos ofendido. Nos reconocemos asidos á los bienes terrenos, avaros ambiciosos glotonos. Pero ya no queremos serlo en adelante. Buscamos ansiosos vuestro reino y vuestra gracia. Ponemos toda nuestra confianza en vuestra providencia y en vuestra misericordia. Perdonadnos Señor, &c.

P L Á T I C A CII.

DE LA DOMINICA XV. POST PENTECOSTEM
predicada á 26 Agosto de 1742: y á 19 de Setiembre de 1745.

Cum appropinquaret Jesus portæ civitatis: ecce defunctus efferebatur, filius únicus matris suæ. Luc. VII. 12.

1. ¹La casa de un fúebre llanto es la mejor escuela del mundo: porque en ella decia el mas sabio de los hombres Salomon (*Ecli. VII. 3.*) con el recuerdo de la muerte aprenden los mortales la sublime ciencia de lo futuro. No hay que buscar la sabiduría en la casa del regocijo. Allí perturbado el órden de la razon, se miran co-

mo único y último fin los deleites sensuales. Todo el cuidado se pone, y el arte se esmera en dar á los objetos sensibles un cierto atractivo que entretenga, embelese y engañe á la vista al oído al gusto y al tacto. Con esto se exala, se disipa el espíritu, y el alma suspende todas sus operaciones racionales. ¿Qué sabiduría puede adquirirse en donde los hombres, como que se degradan de la racionalidad, para seguir el brutal destino de sus sentidos?

2. Mas vale Oyentes míos, os diré con el mismo Salomon, ir á la casa del llanto que no á la del festin y del convite: *Melius est ire ad domum luctus, quam ad domum convivii.* Porque al contrario la casa en donde se llora un difunto se descubre llena de gravedad entereza y compostura: la mayor quietud gran silencio, y si alguno habla, habla como sabio ó filósofo. Reparadlo bien, y direis con S. Juan Crisóstomo (*in Act. Apost. Hom. XLII.*) que esa casa se convirtió en un tranquilo puerto, siendo las antorchas que arden al rededor del difunto, fanales que alumbran y dirigen á los que navegan el golfo del mundo. Direis que es un monasterio de la antigua Egipto, en donde se corrigen y reforman las costumbres mas relajadas; que es una escuela de virtud, siendo un cadáver el catedrático que desde el féretro enseña y persuade desengaños. Y con qué eficacia? Los mas vanos los mas fieros los mas crueles salen humildes afales compasivos.

3. Nadie ignora las admirables conversiones que se atribuyen á los cadáveres: bien sabidos son los sucesos. ¡Y que esto no obstante, haya podido el demonio inspirar á algunos hombres y á casi todas las mugeres tal horror á los difuntos, que cuando la divina providencia los pone delante de sus ojos, ó los cierran ó los apartan por no verlos! Accion por cierto indigna de un cristiano, y efecto de una mala educacion en los primeros años en que á vista de los muertos debiera enseñárenos el desprecio de esta vida temporal y el aprecio de la eterna, que es toda el alma del cristianismo. Desprendeos pues Señores, de tan perniciosa preocupacion: venced ese vil miedo que acaricia vuestro amor propio: entrad muchas veces en la casa del llanto, y á lo ménos ahora no apartéis la vista del difunto hijo único de una viuda que os pone delante el evangelio de S. Lucas. Acercaos al féretro en que le llevan á enterrar. Descubridle el rostro: mirad con atencion el cadáver, miéntras con S. Efren os pregunto: *Ubi juventutis flos, & pulchritudo? Ubi venustus ille genarum color? Qué se hizo la pomposa fragante flor de la juventud? Marchita al rigor de una enfermedad, se deshojó al fatal golpe de la muerte. Qué se hizo la peregrina hermosura de este jóven? Se pasó caminando á la region de las tinieblas. Qué el carmin de sus labios? Cedió el lugar á la palidez. Qué la nieve y el nácar, agradable color de sus mejillas? Le borró la mano del mismo artífice que le imprimió en ellas.*
Qué

Qué la gallarda disposicion de todo su cuerpo? Qué? está próxima á reducirse á un monton de polvo y gusanos. Deteneos viadores pasageros, los que estuiais al espejo modos ó modas para ser bien parecidos: qué os parece la imágen que os representa este espejo que mirais? Pues es verdadera efigie de lo que habeis de ser.

4. Os es ingrata Señores, esta representacion funesta? Os parece intempestiva? Ha infundido en vuestros corazones mayor temor del que ántes teniais á la muerte? No ha sido este mi designio: ántes bien quisiera que tratarais familiarmente con los muertos, para que perdiendo el horror á la muerte, os hallara ella bien prevenidos. A este fin y con el motivo del funeral que nos describe S. Lucas, intento haceros ver en la primera parte de mi plática que un cristiano no debe temer á la muerte; y en la segunda que debe prepararse bien para la muerte.

Primera parte.

5. La razon natural mira al sepulcro como á fin de la vida y término fatal de la felicidad mundana. Es, dice ella, no el puerto sino el escollo en que va á dar para quebrarse el frágil bajel del cuerpo humano, despues de haber surcado el mar del siglo. Es la última escena en que desaparecen los muertos, que habiendo hecho un gran papel en el teatro del mundo bajan despojados de todas las insignias de su vanidad á una tierra de tinieblas y de olvido. Horroriza la muerte mirada con los ojos de la razon natural. Pero la fe la mira con otros ojos. Como sabe que el hombre sobrevive á sí mismo, siendo corruptible su cuerpo pero inmortal su alma: como establece por principio que las buenas obras que acompañan á los hombres en la vida les siguen despues de la muerte, descubre y nos representa en la eternidad unos espacios infinitos una region inmensa una felicidad sin término. O muerte que dulce sois, que suave á los que os miran con las luces de la fe! O bien pongan los ojos en el mundo que dejen, ó bien los vuelvan á Dios que van á poseer, no temen el golpe de tu guadaña.

6. Los cristianos léjos de sentir el apartarse del mundo, deben clamar con el real profeta (*Ps. cxix. 5.*) ; Nos mantendremos largo tiempo entre los habitadores de Cedar? Hemos de ser siempre pasageros en la tierra estrangera del mundo? O mundo pérfido en tus amistades, infiel en tus promesas, miserable en tus recompensas! Qué ingrato eres con los que te sirven? En lugar de complacernos, quando mas nos satisfaces, ménos sacias, mas irritas nuestros deseos. Y ;ó mundo infame! quanto mas nos mantengamos en tu compañía, mayor será nuestra pena y mayor el peligro de perdernos para siempre. Es triste la situacion Oyentes míos, en que nos hallamos en este mundo decia S. Cipriano. Unas veces combatimos con la avaricia,

otras con la impureza, ya con la ambicion ya con la ira. Nuestros enemigos nos tienen sitiados; y cuando por una parte nos abrimos paso venciendo á unos, nos acometen los otros. Una victoria es preludio de otra batalla siendo continua la guerra, y no hay otro consuelo que el pensar que ha de acabarse con la muerte. Qué horror pues ha de causar á los que viven con este conocimiento aquel instante último, fin de los males y de los peligros, principio de la paz y de la dicha?

7. Riego con el sudor de mi rostro, dice el pobre labrador, la tierra que cultivo, y apénas cojo lo preciso para vestirme y alimentarme; pero vivo contento entre trabajos, porque espero gozar de la mayor abundancia en la tierra prometida. Perdí por mi desgracia dice el otro, el patrimonio que heredé de mis padres; pero como con él perdí la ocasion de ofender á Dios en la tierra, confío que he de ser rico en los cielos. Gimo á la veemencia de los dolores dice el enfermo; pero el mismo Dios que me da la paciencia para sufrirlos en esta vida, me dará con la muerte una salud eterna. No deseamos dicen los atribulados, el morir por pusilanimidad ó desesperacion, sino por gozar de Dios cuanto ántes, ó á lo ménos nos resignamos con su voluntad confesando que es dueño de la vida y de la muerte: *Sive vivimus sive morimur, Domini sumus* (*Ad Rom. xvi. 8.*).

8. Que el jóven disoluto que ama los placeres del sentido se amedrente al pensar que han de acabarse: que el avaro sienta dejar el oro y la plata que con su corazon encerró en un cofre: que una muger enamorada de sí misma y esclava de la vanidad y de la impureza, se confunda al contemplar el fatal momento en que ha de desvanecerse el humo del profano incienso que le tributan sus idólatras: que teman á la muerte los mundanos, no lo estraño; porque ya dijo el Espíritu Santo (*Eccli. xli. 1.*) que era amarga su memoria á los que buscan la engañosa paz del mundo: ; *O mors, quam amara est memoria tua hómini pacem habenti!* Pero los que son cristianos en la fe y en las obras, no deben perturbarse al oír la noticia de su muerte. Qué caminante siente llegar al término de su viage? Qué soldado siente el vencer para no ser jamas vencido? Caminais cristianos míos á la eternidad, peleais para vencer en el último trance de la batalla ó de la vida.

9. Mas ay! me direis, en esto mismo se funda nuestro temor. Será feliz nuestra eternidad? Se declarará á nuestro favor la victoria? Algun ángel nos llevará como á Lázaro al seno de Abraán, ó iremos como el rico avariento á los infiernos? Si esta incertidumbre da motivo á vuestro temor, ya es menos reprehensible que el de aquellos que temen á la muerte por el demasiado amor que tienen á los bienes de la vida. Pero no es el mas loable; porque no tanto debierais temer al infierno como el merecerle por vuestras culpas. Este sí

que es temor santo, temor de caridad que nace del odio á los pecados, nos induce á evitarlos en todo el discurso de la vida, y nos hace no temer á la muerte que ha de librarnos del peligro de cometerlos.

10. Y en efecto si temeis el ir al infierno ¿acaso dejareis de ir, porque se difiera uno ni dos años vuestra muerte sin mudar de vida? Procurad vivir bien, purificad vuestras conciencias de la culpa, y venga la muerte cuando viniere, que ella no dejará de ser segun fuere la vida. Pero temer á la muerte por el infierno y continuar viviendo mal, es digámoslo así mucho miedo y poca vergüenza: es un miedo vil infame injurioso á Dios: es un miedo muy diferente de aquel que decís que tuvieron algunos santos para disculpar el que vosotros tenéis. Yo en cuantas vidas he leído encuentro que los santos manifestaron la mayor alegría cuando les dieron la noticia de su próxima muerte. Unos dijeron: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi.* Otros: *Quam dilecta tabernacula tua Dómine virtutum, concupiscit & déficit anima mea in atria Dómini.* Pero demos que se entristecieran como Jesucristo en el huerto; esa tristeza era de la parte inferior, no de la superior: porque su mente serena conocia que la muerte habia de aligerar á su espíritu del peso de la carne, para gozar en paz de la infinita bondad de su Dios. No habreis llegado Oyentes míos, á tan alto grado de perfeccion, y por eso no habré podido persuadiros á que no temais á la muerte. A lo ménos no la temais con el temor con que la temen los mundanos, sino con un temor que os obligue á mudar de vida y á prepararos para una buena muerte, que es lo que debe hacer todo cristiano, como vereis en mi

Segunda parte.

11. Al mismo tiempo que alabais la conducta del justo Noé, que advertido del diluvio universal que amenazaba al mundo se empleó muchos años en fabricar el arca que habia de ser su asilo: culpais la seguridad de los demas hombres negligentes en prevenirse y obstinados en sus vicios. A pesar del ejemplo que les daba Noé pródigo y virtuoso: á pesar del furor de Dios que destilaba sobre ellos vengativas lluvias: á pesar de las aguas que entumeciéndose inundaban las campañas y las ciudades: á pesar de tantos motivos como tenian para reformar sus costumbres y aplacar la divina justicia irritada por sus culpas: no pensaban sino en desaogar sus infames pasiones, y en hacerse famosos por sus enormes delitos; como si no hubieran de morir, así despreciaban no solo á los peligros sino á la muerte misma, que con las aguas entraba por las puertas y ventanas de sus propias casas. Ah locos! Ah insensatos! Sereis en el mundo no ménos famosos por vuestras culpas, que por el castigo que merecisteis.

12. Declamad cuanto quisieréis Señores, contra esos infelices, que yo me valdré de vuestras propias voces para reprender á los que les

los imitais en los vicios y en el descuido de prepararos á la muerte, no obstante los avisos con que Dios os da á entender su proximidad. No es menester que S. Lucas os ponga delante de vuestros ojos á aquel jóven difunto hijo único de una viuda. Yo mismo desde este púlpito puedo señalaros los dos sitios en que perdieron el habla el conocimiento y despues la vida, dos jóvenes á quienes pudisteis conocer y tratar. Mas universal fué el estrago que causó el diluvio; pero no mas ejecutivo ni mas lastimoso que el que vieron nuestros ojos. Y qué impresion hizo en vuestros ánimos? Se convirtió Valencia á estas voces del cielo, como allá Ninive á las de Jonás? Se desnudó las galas para vestir el saco y el cilicio? Qué fueron casuales estos sucesos? Como tambien la muerte de aquella que esta semana pasada enterramos en este sepulcro? No nos dispiertan del letargo de la culpa golpes tan repetidos? Quién os asegura que mañana ó esta tarde misma no ha de sufocaros una apoplejía? Y os hallará bien preparados bien dispuestos?

13. No intentó Señores, infundiros un temor pánico, sino un eficaz deseo de prepararos continuamente para la muerte, segun el consejo que nos dió Jesucristo por nuestro evangelista (*Luc. xii. 35.*). Ceñid vuestros lomos dijo, tomad en vuestras manos antorchas encendidas, haced lo que hacen los criados diligentes que aguardan á su dueño. Ceñid vuestros lomos reprimiendo vuestras pasiones y deseos depravados para estar mas prontos á ir á donde Dios os llame, al modo con que se ciñen el vestido y el cuerpo los que han de correr postas. Tomad en vuestras manos antorchas encendidas, ejercitándoos en aquellas buenas obras que quiere el Señor que den motivo á la gloria de su Padre. Estad siempre dispiertos vigilantes como los criados que aguardan á su amo: no sea que cuando el Señor toque con la muerte á vuestras puertas os encuentre dormidos.

14. Pero el mejor medio para que la muerte os halle preparados, es el que procureis que os encuentre muertos. Mortificad vuestros sentidos: haced con ellos lo que la muerte hará á pesar vuestro. Cerrad esos ojos demasiadamente curiosos, ó apartadlos para que no vean las vanidades y pompas del mundo. Tapaos los oídos para que no oigan las palabras lisonjeras ó satíricas que pueden desvaneceros entorpeceros ó irritaros. Detened esos pies demasiadamente veloces para correr tras de los espectáculos. Retirad esas manos rapaces de los bienes ajenos. Quitad con anticipacion la vida á vuestros sentidos, y con esto os dará muy poco que sentir la muerte.

15. No aguardeis á disponeros á los últimos trances de vuestra vida; porque debe ser grande vuestra prevencion, siendo el viage á la eternidad mas largo que el que habian de hacer los Israelitas á la tierra prometida. Estos por órden de Moyses llevaron á sus casas el cordero cuatro dias ántes, para que con su balido les acordara el dia

destinado á la marcha. Desde que nació vuestra naturaleza, os dice que sois mortales y viadores. El cordero de Israel Cristo señor nuestro os previene lo mismo. Oíd ahora sus balidos, si no quereis que como leon de Judá ruja despues irritado contra vosotros, é instigue á que os acometa el otro fiero leon que segun dice S. Pedro os circuye para devoraros (1. Pet. v. 8.).

16. No Dios mio, no permitais que seamos despojo de sus garas: pues que prevenidos por las voces con que nos llamais, estamos prontos á recibiros, dulce esposo de nuestras almas. Cuándo vendreis Señor, á sacarlas de la cárcel de nuestros cuerpos para llevarlas á los alcázares celestes? No apeteecemos las glorias y los placeres con que el mundo nos tuvo embelesados. El deseo de veros por toda una eternidad nos hace parecer dulce á la muerte. No tardeis á venir Señor, sino el tiempo que sea preciso para prepararnos dignamente. Mas como vuestra gracia no necesita de dilaciones, ahora mismo puede inmutarnos; para que arrepentidos os digamos de lo íntimo del corazon, &c.

JACULATORIAS.

17. Dulcísimo Jesus! El demasiado amor á los bienes de esta vida me ha hecho temer á la muerte. Qué han de acabarse para mí los placeres? Han de tener fin las vanidades? O Dios mio! desengañadme para que solamente ame vuestra bondad, y diga de lo íntimo del corazon que me pesa de haberos ofendido.

Amabilísimo Jesus! Miéntras vivo en este mundo estoy espuesto al peligro de ofenderos. Solo la muerte puede hacerme constante en amaros. No la temo; pero temo vuestra justicia irritada por mis culpas. Perdonadme Señor, y muera yo en gracia vuestra.

Benignísimo Jesus! Así vivo como si no hubiera de morir. Ay! Qué ha de encontrarme la muerte desprevenido y he de condenarme? No Dios mio. Prometo disponerme con la penitencia. Lloro mis culpas. Misericordia Señor, misericordia.

PLÁTICA CIII.

DE LA DOMINICA XV. POST PENTECOSTEM

predicada á 15 de Setiembre de 1743: y 3 de Setiembre 1747.

Cum appropinquaret Jesus portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius únicus matris suæ. Luc. VII. 12.

1. **E**n toda su historia evangélica manifestó S. Lucas la mayor concision y energía, refiriéndonos en pocas palabras los mas admirables

bles sucesos. Pero S. Gregorio Niseno (*Lib. de Hom. opif. cap. 25.*) juzga que se escedió á sí mismo en el de la muerte y resurreccion del hijo de aquella ilustre viuda de la ciudad de Naim, que nos cuenta en el evangelio de este dia. Parece que quiso como diestro pintor reducir mucho á poco lienzo. Pues en dos líneas nos representa á un gallardo jóven que muere en la flor de su edad: á una madre que afligida llora perdidas con su único hijo todas sus esperanzas: á unos amigos y parientes que officiosos la visitan y piadosos la consuelan: y á todo esto añade la descripcion del mas solemne lúgubre funeral.

2. Ciertamente fueran melancólicas Oyentes míos, las especies que dejaran impresas en vuestra imaginacion unas imágenes tan funestas, si el mismo S. Lucas, como que mudando de pinceles ó de colores de repente no nos pusiera delante de los ojos á la magestad de Cristo que lo llena todo de alegría, dejándose ver junto á la puerta de Naim, al tiempo que salen por ella los que llevan á enterrar á aquel difunto. Porque segun continua el evangelista, movido el Señor á misericordia de las lágrimas que iba derramando aquella muger empeñada á no apartarse de su hijo hasta dejarle en el sepulcro, y resuelto á consolarla la dice: Ea no llores: *Noli flere.* Luego acercándose al féretro y mirando al cadáver con imperio le dice: Levántate: *Dico tibi surge.* Inmediatamente se levanta vivo el que estuvo muerto. Su madre se llena de regocijo, los demas de asombro, y todos á una voz alabando á Dios publican por Judea, concluye el evangelista, que Jesucristo es el Mesías el gran profeta deseado y prometido: *Propheta magnus surrexit in nobis.... Deus visitavit plebem suam.*

3. Tambien vosotros Señores, os admirarais, si me detuviera á ponderaros este suceso admirable por sí mismo y por sus circunstancias. Pero considero, que segun enseña S. Agustin (*Serm. XLIV. de verbis Dom.*) Cristo señor nuestro no hizo milagros por hacer milagros, sino para que siendo admirables á los que los vieran, fuesen despues provechosos á los que los entendieran: y así segun el consejo de este gran padre de la Iglesia dejando la admiracion para los judíos, debo procurar vuestro aprovechamiento buscando el sentido espiritual de aquel milagro. Y no será difícil encontrarle; pues S. Ambrosio (*Lib. v. Coment. in c. 7. Lucæ.*) en la Homilía sobre este mismo evangelio declara, que aquel jóven difunto en el féretro significa á un pecador hecho á la costumbre de pecar, y que aquel jóven resucitado significa á un pecador arrepentido. Mayor horror del que pudo causaros aquel jóven muerto debeis tener á un pecador acostumbrado: mayor alegría de la que pudo causaros aquel jóven resucitado debeis tener de un pecador arrepentido. Porque es deplorable la miseria del que llega á acostumbrarse á pecar, y por lo mismo es

imponderable la misericordia del Señor cuando le justifica. Este será el asunto de mi plática, y el de vuestra atención.

Primera parte.

4. Aunque el bautismo sea una medicina que infaliblemente nos cura de la mortal enfermedad del pecado original con que nacemos: con todo no es medicina que infaliblemente nos preserve de enfermar por los pecados actuales. Porque mientras somos viadores, aun cuando somos mas amigos de Dios, estamos espuestos á caer en su desgracia. O fatal condicion de nuestra naturaleza! Pero mejor diré: O inefable misericordia de nuestro Dios! Pues está pronto segun enseña S. Agustin (*Serm. xxiii. c. 3. 9.*) á perdonarnos, cuando desde luego nos arrepentimos de aquellas culpas que por nuestra fragilidad cometemos. Lo que no sucede ni teneis que esperar Oyentes míos, si despues de cometidas perseverais en ellas muchos dias. Porque Dios se enoja contra vosotros: con el tiempo los remordimientos de vuestra conciencia cesan: el horror que teniais á la maldad se disminuye: y su memoria ya mas halaga que aflige: con que se hace muy difícil el arrepentimiento. El pecado por instantes se va haciendo dueño de vuestro corazon y le tiraniza: va adquiriendo mayor gravedad mayor peso con que os derriba, os hace caer en nuevos pecados. Vosotros mismos hechos artífices de vuestra desgracia eslabonais un delito con otro delito: ó para decirlo con el profeta, formais una doble cadena que os aprisiona: sufrís el pesado yugo de Babilonia que os oprime. Ya el pecado pasó á ser dura necesidad de pecar: ya los que pecábais por fragilidad pecais de costumbre. Qué lástima!

5. Nuevo cruel género de muerte llama S. Agustin (*in Joan. Tract. xlix. 2.*) á la costumbre de pecar: *Genus mortis immane mala consuetudo appellatur.* Porque con nuevos pecados hiere mortalmente al pecador que supone muerto, con aquella fiera con que el verdugo destroza al infeliz á quien ántes quitó la vida. Ya que la costumbre no le priva de la gracia habitual ántes perdida, le priva de muchas gracias actuales, con que podria recobrando la habitual resucitar á nueva vida. Y poco á poco faltando al entendimiento las ilustraciones del cielo, la razon se oscurece y la voluntad ciega sigue la tirana ley del apetito que la domina. Ni consulta ni elige medios, ni aun tiene la que llamamos prudencia de la carne; pues ni distingue tiempos ni lugares ni personas, por dejarse llevar de su mala costumbre.

6. Todos Fieles míos, sois testigos de esta verdad. Ojalá no lo fuerais! Acaso el vengativo de costumbre aplaca su ira por la mansedumbre del prójimo que se le humilla? El avaro se mueve de la estrema necesidad del pobre á socorrerle con alguna limosna, ó á lo ménos á prestarle sin usura? El vano por no empobrecer sus hijos y familia repara en espender su hacienda en gastos, mirados á buena

luz superfluos? El deshonesto por respeto á los templos deja de profanarlos con pensamientos y acciones torpes? ¿No vemos que junto al altar ofrece sacrificios no á Dios, sino al ídolo de una ó de muchas mugeres? ¿No vemos que sus ojos centellean impurezas, mientras el sacerdote quemá incienso para purificar el tabernáculo? Aquel continuo movimiento de pies y de todo el cuerpo, aquella constante variedad de ciertas estudiadas posturas, qué otro fin tienen que provocar á lascivia? Por todas sus coyunturas ¿no arroja inmundas exhalaciones? Sí. Ese pecador hiede. No puede sufrirse el hedor que despide. Sáquenle de la ciudad, llévenle al sepulcro, como al difunto del evangelio.

7. Nuestro santísimo prelado santo Tomas de Villanueva predicaba que los pecadores que llegan á ser viciosos ó á acostumbrarse á pecar, con la infamia de su nombre y con el mal ejemplo de sus obras y palabras ofenden y escandalizan al pueblo cristiano, y como apestados debieran separarse de su comercio para que no le inficionaran. S. Pablo mandó á los Corintios que los descomulgaran de suerte que ni trataran ni comieran con ellos: *Cum ejúsmodi nec cibum sumere* (1. Cor. v. 11.). Y así con razon se practicaba en los primeros dorados siglos de la Iglesia. Porque en verdad deben mirarse como perniciosos y como incorregibles; pues una vez arraigada en ellos la mala costumbre de pecar, llegando á lo sumo de la iniquidad segun se esplica Salomon, hacen burla y desprecio de la divina justicia: *Impius cum vénerit in profundum malorum contemnit* (*Prov. xviii. 3.*).

8. Pero ahora parece que son ménos delicados los cristianos de lo que fueron en otro tiempo: pues sufren en su compañía á los de unas costumbres las mas depravadas. ¿Con qué franqueza y libertad entran en aquellas casas que llamamos honradas, y tal vez rogados de los que no tienen vergüenza sino gran gusto de verlos desvergonzados? ¿No basta el ser nobles ó ricos, para que sean, aunque los mas escandalosos, muy atendidos y aun venerados en la república? O Dios mio, O Dios mio! cómo no tomáis de vuestra cuenta el castigarlos con el rigor con que castigasteis á Nabuco? Como no haceis que se endurezca su piel que se erice su cabello que crezcan sus uñas? Cómo no los arrojaís á las campañas desiertas para que se apacienten en ellas como bueyes? Cómo no les dáis las apariencias de irracionales? Pues en sentir de nuestro santo ilustrísimo de Valencia, privados de la libertad de obrar segun razon degeneraron en bestias: *Longa peccandi consuetudine ratio depravata & corrupta fere totáliter in bruti naturam degeneravit* (*S. Th. Villan. Fer. xi. post Dom. 1. Quadr.*).

9. Y á qué género de brutos debemos compararlos Oyentes míos? En nada se asemejan al caballo que se mueve al impulso del acicate que

que le pica, ó se para al tiento de la rienda que le rige: pues obstinados en la mala costumbre ni sienten los estímulos de su conciencia, ni sufren el freno de las divinas leyes: fieros indómitos corren las campañas de la iniquidad. Ni aun baja con tanta fuerza hácia su centro la piedra que se desgajó del monte, como bajan esos infelices hácia el profundo de la mayor miseria: pues aquella se detiene en la superficie de la tierra, y estos no paran hasta el sepulcro del infierno, adonde los lleva el féretro de su perversa costumbre. No los lloréis como muertos, lloradlos sepultados. No hay que esperar que resuciten, se hizo imposible su enmienda. Mas no. Tened, que la misma magestad de Cristo que desplegó los labios para decirle al difunto del evangelio que se levantara del féretro: para perdonar á los pecadores, los llama á penitencia: *Adolescens dico tibi; surge*: que es la mayor prueba de su misericordia que he de ponderaros en la

Segunda parte.

10. Los pecadores que por medio del arrepentimiento desean pasar del infeliz estado de la culpa al de la gracia, segun decia S. Agustin (*Enar. in Ps. LXXIV.*) deben evitar igualmente los dos extremos de presuncion y desesperacion: *Nemo desperet, nemo de se presumat*. Nada debeis confiar de vosotros mismos, Pecadores: porque como habeis visto, por vuestras culpas repetidas os constituisteis en una fatal necesidad de obrar mal, y en una casi deplorable imposibilidad de obrar bien. Ni ménos temerarios debeis presumir que sin poner de vuestra parte el menor trabajo y como á vuestro disgusto, ha de perdonaros Dios; porque irritado contra tan vana presuncion declara por boca del profeta Amós (1. 3.) que alguna vez convertirá á los humildes frágiles pecadores, pero rara ó ninguna vez á los obstinados damascenos segun interpreta santo Tomas de Villanueva: *Super tribus sceleribus Damasci & super quatuor non convertam eum.*

11. Mas no por eso contempládoos tan inclinados ó propensos á obrar mal, debeis desesperar de vuestra enmienda: *Nemo desperet*; sino tener la mas firme confianza en la infinita misericordia de Dios, sabiendo que se hizo hombre y vino al mundo por redimiros de la esclavitud del demonio; y sabiendo que en este día resucitó á aquel jóven corporalmente difunto, por señal de que habia de resucitar á los pecadores espiritualmente muertos. ¿No oísteis como S. Lucas nos refiere la diligencia con que el Señor iba hácia la ciudad de Naim para encontrar con el difunto? No oísteis la piedad con que acercándose al féretro y llamándole, le restituyó la vida y el habla? Pues creed que hará otro tanto con vosotros pecadores, que os restituirá á su gracia, si reparando en que los ruegos y lágrimas de aquella madre afligida le movieron á misericordia, recurris á la intercesion de María señora y madre nuestra. Pedidla humildemente

que ruegue á su amado Hijo que os perdone. Pero miéntras María compadecida de vuestra miseria ruega y como que llora por vosotros ¿habeis de caillar vosotros? No: no es razon. No solo debeis llorar sino gemir altamente: porque habiendo caído en un profundo abismo, si no levantais la voz y esforzais los sollozos ¿cómo, decia santo Tomas de Villanueva, han de oíros en el cielo? *Qui abyssos iniquitatis elisus est, si leviter clamat quomodo in celo vox ejus audietur?*

12. Con las primeras lágrimas que derrama un pecador de costumbre y reo de muchas culpas, no consigue que Dios le perdone. Porque si la felicidad que perdemos con un solo pecado, en sentir de S. Agustin la recobramos poco á poco, para que recobrándola desde luego no tengamos por juego su pérdida: ¿cuánto tiempo y cuántas lágrimas son menester para reparar los daños que causó en nuestras almas una envejecida costumbre de pecar? Qué serías deben ser las reflexiones sobre la gravedad de nuestras culpas? Qué eficaces los propósitos de no volver á cometerlas? Qué mal hacen los que desde luego se dan por arrepentidos y perdonados! A cuántos engaña un dolor sensible pero inconstante pasajero? Cuántos se satisfacen con una confesion fria ceremoniosa y tal vez sacrílega, que solo sirve para inducir en la conciencia una fatal calma, pronóstico cierto del mas próximo naufragio?

13. Y aun cuando lograis que el Señor os perdone y os restituya á la vida de la gracia, quedais con la obligacion de aplicar eficaces medicinas á las llagas que dejaron en vuestras almas las culpas. Debeis borrar con la contemplacion de las divinas perfecciones aquellas torpes imágenes de los pasados gustos, que tenaz conserva la memoria: sufocar con la mortificacion de los sentidos aquellas complacencias, que como vívoras abrigadas en el pecho al menor descuido muerden: cortar con la espada de las virtudes la soga de las perversas costumbres, que atados os llevan al mas infame suplicio. Y sobre todo á la voz del Señor que os llama debeis salir del séretro, quiero decir del peligro de la ocasion próxima en que yaceis, pecadores: *Adolescens tibi dico, surge.*

14. Aquí declama santo Tomas de Villanueva contra los hombres muy cuidadosos de la salud de sus cuerpos y muy descuidados de la salud de sus almas. Apenas están enfermos cuando ya lo conocen; y apenas lo conocen cuando ya procuran curarse. Quién es el hombre cuerdo, dice el santo, que no procura atajar la enfermedad en su principio? Quién deja que se haga grave para aplicarla el remedio? Y una vez que lo sea ¿quién deja de tomar las bebidas mas amargas, de sufrir los cáusticos mas atroces para curarla? Y una vez curada ¿quién deja de guardar la mas rígida dieta para conservar la salud? Pero cuán de otra suerte procedeis en las enfermedades de vuestra alma! Cometéis una culpa mortal que basta á quitarla no solo la sa-
lud

lud sino la vida, y estais como si no estuvierais mortalmente heridos, y por lo insensible estais como si no estuvierais muertos. Qué horror qué inquietud os causa la culpa? Qué diligencias haceis para encontrar con la penitencia el remedio? Huís de ella, y buscáis las ocasiones de cometer otros pecados que os hacen pecadores de costumbre.

15. Tal vez entónces compadecido Dios de vuestra miseria, os hace conocer cuán grave es el mal que padeceis. ¿Pero desde luego os determinais á usar del remedio correspondiente, á ejercitaros en las virtudes opuestas á los vicios adquiridos con la mala costumbre? ¿En la humildad si sois soberbios: en la misericordia y liberalidad si sois avaros: en la mortificacion si sois lascivos? Pues es preciso hacerlo así para curar, siendo en el arte de la medicina espiritual infalible aquel proloquio: *Contraria contrariis curantur*. Mas ay! Cuán difícil cuán costosa os será la aplicacion de ese remedio! Mas á cuenta os estará el valeros de él en los principios, cuando comenzeis á sentir que se desordenan vuestras pasiones, cuando será infalible y ejecutivo: *Principiis obsta, seró medicina paratur &c.*

16. Pero si por vuestra desgracia yacis en el féretro de una perversa costumbre procurad levantaros á toda costa: porque en eso estriba vuestra mayor dicha. Qué! ¿dejareis que los demonios os lleven en este féretro á enterraros en los infiernos? Y mas cuando la magestad de Cristo os sale al encuentro y os ofrece los auxilios de su gracia? Qué aguardareis á mudar de vida y de costumbres, para cuando esteis próximos á la muerte? No hagais tal que sois perdidos. Aprovechaos de esta ocasion y de la misericordia que el Señor usa con vosotros, cooperando á sus auxilios con las obras y afectos de vuestro corazon. Quisiera que fueran tan fervorosos, que los que entrasteis en este templo muertos como aquel jóven, salierais vivos como él, y que agradecidos á la fineza que el Señor ós hace no cesarais de llorar las injurias que le habeis hecho. Comenzad ahora mismo, y desconfiados de alcanzar el perdon por vuestra indignidad, implorad el patrocinio de María abogada nuestra. Vuestro nombre Señora, nos dice que sois la estrella que en este mar del mundo nos guía para que lleguemos al puerto del cielo. Alumbradnos, para que evitemos los escollos, nos libremos del naufragio. No apartaremos de vos los ojos. No se caerá de nuestra boca vuestro sagrado nombre. Virgen María asistidnos: Virgen María amparadnos. Dulcísimo Jesus perdonadnos. Misericordia Dios mio, &c.

JACULATORIAS.

17. Dulcísimo Jesus! Qué pudiera hacer costumbre de ofenderos! Qué deplorable fué mi desgracia! Bien lo conozco, y afligido lloro amargamente. Perdonadme Señor, misericordia.

Benignísimo Jesus! ¿Qué puedo volver á vuestra gracia despues de haberos ofendido tantas veces? Qué inefable es vuestra misericordia! Para alcanzarla digo de lo íntimo del corazón, que me pesa de haber pecado. Perdonadme, Señor.

Amabilísimo Jesus! Qué puedo aguardar para mudar de vida y de costumbres, cuando vos me llamáis á vuestro servicio? Voy corriendo á postrarme á vuestros pies, y arrepentido os prometo no ofenderos mas.

PLÁTICA CIV.

DE LA DOMINICA XVI. POST PENTECOSTEM
predicada á 10 de Setiembre de 1741; y á 2 de Setiembre de 1742.

Respondens Jesus dixit ad Legisperitos & Pharisæos, dicens: Si licet sabbato curare? At illi tucuerunt. Lucæ XIV. 3. & 4.

1. **N**o siempre nos proponen los evangelistas á la magestad de Cristo entre pobrecitas turbas: en este dia le hallamos rodeado de fariseos en la casa de su propio príncipe. Segun esto querrán ellos reconciliarse con el Señor de quien se declararon enemigos, pues le convidan á su mesa. Querrán confesarle Dios verdadero, pues le ponen delante un hidrópico para que le cure. Pero no, no hay que creerles: está conocida su malignidad. Se acercan se familiarizan con el Señor, para mejor notar y fiscalizar sus palabras y acciones; y cuando ven que está para curar al hidrópico en el dia del sábado, interiormente le acusan de que quebranta el precepto de su observancia. El Señor que registra sus corazones se da por entendido del cargo, y responde preguntando: Qué no es lícito curar á los enfermos en sábado? Ellos callan, y el Señor les recarga con otra pregunta: Quién de vosotros, dice, deja de sacar en sábado el bagaje que se le cayó en un charco ó en un pozo? Acaso pues los brutos son mas acreedores á nuestra piedad que los hombres? Qué decís? Nada nada pudieron responder los fariseos. Y así dió salud á aquel pobrecito hidrópico, y al mismo tiempo nos dió ejemplo para que sufráramos con paciencia las calumnias; pues hasta su mas loable misericordia llegó á ser reprendida de la malicia.

2. Aunque el mundo Señores, llame rigor á vuestro zelo, mezquindad á vuestra parsimonia, hipocresía á vuestra devocion: aunque el mundo Señoras, os llame rústicas inciviles á las que aborrecéis la ociosidad, y os apartais de aquellas conversaciones y comercios en que tanto peligra la pureza: no os cause novedad ni os perturbe; porque siempre ha sido maligna detestable su conducta. El

mis-

mismo mundo despues de haber tenido á gran culpa que los apóstoles rudos pescadores se sentaran á la mesa ántes de lavarse las manos, se atrevió á fiscalizar á su inocentísimo maestro. Los fariseos le acusan que come y bebe con los publicanos y pecadores que convierte: que trata con las mugeres perdidas que recoge: y llegan á reprehenderle porque cura en sábadó á los enfermos.

3. Gran consuelo Cristianos míos, para quando os veais despreciados calumniados perseguidos; pues sois semejantes á vuestro divino maestro que fué tratado como sedicioso hipócrita endemoniado. Gran maldad la de los maldicientes que hablan mal é intentan desacreditar las virtudes mismas; pues son como las arañas que sacan veneno de aquellas flores de donde chupan miel las abejas: son en todo semejantes á los fariseos, que tenían por escandalosas las mas santas acciones de Jesucristo. Y aun quando son ciertas las faltas de vuestros prójimos, no podeis echarlas al público ni descubrirlas en secreto: es grave delito. Y en caso de haberlo hecho, debeis reparar la injuria: es obligacion precisa. Este será todo el asunto de mi plática, en cuya primera parte os persuadiré á que no seais maldicientes. Y en la segunda á que estais obligados á remediar el daño que habeis causado, siéndolo.

Primera parte.

4. Entre todos los teólogos que hablan de la maledicencia ninguno la esplica mejor que el angélico maestro santo Tomas (2. 2. q. 72. C. 73.) quando despues de haberla dividido en contumelia y detraccion, nos enseña que la contumelia es aquella palabra ó accion con que publicamente se quita el honor al prójimo; y que la detraccion es la que quita ó disminuye en secreto su fama. Y segun esta doctrina establece con razon que tanto la contumelia como la murmuracion por su naturaleza es pecado mortal; porque son de sumo precio y estimacion el honor y la fama que quitan. Y porque directamente se oponen á la caridad, que es á juicio del mismo ángel maestro, la mejor seña para conocer la gravedad de la culpa.

5. Decia S. Agustin que el hombre compuesto de cuerpo y alma es en dos maneras objeto de la caridad cristiana. La caridad le socorre en sus necesidades corporales: si está desnudo le viste: si está hambriento le alimenta: si está en la cárcel le visita. La caridad sirve de ojos al ciego: de manos al manco: de pies al paralítico: es un remedio universal á las enfermedades del cuerpo: y lo es igualmente eficaz á las del alma. Si un hombre vive entre las tinieblas de la ignorancia, la caridad le alumbrá. Desfallece al rigor de una pena? la caridad le alienta. Lleva una vida escandalosa? la caridad le corrige. Sencilla no piensa mal de nadie: generosa se alegra de la virtud ajena: tranquila sufre á los pecadores y aguarda su conversion: libre
de

de orgullo y odio encubre aquellas faltas que no puede curar.

6. Estas nobles propiedades atribuyó el apóstol á la caridad, y todas las contrarias convienen á la maledicencia. Sospechosa siempre piensa mal de sus prójimos. Impaciente precipitada publica sus defectos. Envidiosa se alimenta de sus flaquezas. Soberbia se eleva sobre ajenas ruínas. Cruel en lugar de endulzar las llagas del prójimo, las vuelve incurables. Con todo si creemos á los mas finos maldicientes, no es la envidia el orgullo y el odio el que les hace hablar, sino la gloria de Dios el honor de la Iglesia y el bien comun. En su dictámen no es malo irritar á los pecadores á fin de corregirlos, y cuando no tomen el consejo que se les da, es bueno hacer saber al mundo lo que son.

7. Bajo este especioso pretexto, los que al parecer son mas virtuosos son á veces los primeros que se toman la fatal libertad de publicar las faltas ajenas. Luego que un hombre, dice S. Gerónimo, comienza á vivir una vida regular, luego que una muger está reputada por devota y modesta, piensan haber adquirido derecho á censurar las vidas ajenas: y jamas se les cae de la boca la gloria de Dios el honor de la iglesia y el bien comun, como si su maledicencia no se opusiera á estos fines que fingen proponerse. Se opone á la soberanía de Dios, á quien privativamente toca juzgar de nuestras acciones. Se opone al honor de la Iglesia que se funda en el honor de sus miembros. Se opone al bien comun que se interesa en defender no ménos la reputacion que la vida de sus ciudadanos. Y se opone su maledicencia al amor del prójimo: pues si verdaderamente le amaran, no le quitaran el honor y la fama, sino que á solas le corrigieran.

8. Cuando Josef impaciente de darse á conocer á sus hermanos, hizo salir á los demas para decirles á solas: Yo soy Josef á quien vendisteis, acreditó claramente el fino amor que les tenia. Quiso, dice Philon hebreo, que se acercaran sus hermanos, y que se apartaran los egipcios, para que estos no tuvieran la menor noticia de la crueldad de aquellos. Así debeis ejecutarlo Señores, con vuestros prójimos, si quereis que crea que es la caridad la que os mueve á profesar sus faltas. Porque de otra suerte diré con S. Efren (*de Malo ling.*) que la envidia que tenéis á su honor y fama, os mueve á publicarlas. Y si solo en secreto y á tono de lástima las descubris á otro, no por eso os librareis de la grave culpa de maldicientes. No será contumelia vuestra maledicencia, pero será murmuracion. Serán vuestras palabras como el áspid que sin estrépito á sordas muerde: como una bebida en que el arte disimula el veneno. Sereis como el cocodrillo que llorando atrae á los incautos. Será vuestra conducta no solo culpable á los ojos de Dios, sino villana á los ojos del mundo.

9. Si quereis perder á vuestros prójimos con honra á lo gentil, no

os finjais lastimados de sus delitos, no busqueis el secreto para descubrirlos: declaraos sus enemigos y acusadles en público. Así lo practicaban los antiguos. Quereis como cristianos hacer bien á todos vuestros prójimos? El medio no es costoso: proponedles sus faltas y aconsejadles la enmienda. Así seréis el Samuel de los Saúles, el Nathan de los Davides, el Aquias de los Jeroboanes, el Miqueas de los Acahes, así usareis de aquella autoridad que os da Dios en el evangelio. Y á lo ménos si no teneis zelo para corregir fraternalmente las faltas de vuestros prójimos, calladlas.

10. No ha sido me direis, la envidia ni el odio la causa de haber descubierto los delitos ajenos: lo ha sido la ligereza de nuestro genio y la precipitacion de nuestra lengua. Así lo creo; mas no por eso dice mi ángel maestro, deja de ser grave vuestra culpa. Porque sabiendo que es habitual vuestra locuacidad y ligereza, debierais tomar las precauciones necesarias para corregirla: debierais haceros violencia para callar é imponeros alguna pena de haber hablado mal: debierais confesar vuestra inconsideracion y manifestar que os desagrada, para que siendo de alguna manera involuntaria fuera ménos culpable vuestra maledicencia. Pero viendo que dais á vuestra lengua la licencia de decir todo lo que quiere, que no teneis cuidado de corregirla ni de reparar el daño que causa ¿cómo puedo dejar de creerlos culpados?

11. Si alguno de vosotros dueño de un perro que acomete á todos le tiene siempre atado á una cadena, aunque sin poderlo prevenir la rompa y muerda á algunos, nadie le dará la culpa. Pero si le tiene suelto, es por ley responsable á todos los daños que causa. Vuestra lengua Señores, es un perro rabioso; ó como se esplica S. Jayme, una feroz bestia que una vez suelta acomete á vuestros prójimos, y les quita el honor y la fama. Atadla fuertemente á la cadena de la caridad. Mas ah! me direis; que suelta por nuestro descuido se arrojó á herir á muchos! Qué haremos? Dar toda aquella satisfaccion á que estais obligados: segun vereis en la

Segunda parte.

12. Confieso Oyentes míos, que esta proposicion me hace temblar. Si la maledicencia fuera un pecado cuya reparacion fuera fácil, ó siendo difícil pudiera suplirse con otros medios, tuviera motivo para consolarme. Pero cuando por una parte se me representa que las heridas que causa este pecado, moralmente hablando son incurables, y por otra se me propone que los padres y teólogos unánimes defienden que es incapaz de perdon el maldiciente que no quiera reparar el mal que hizo á su prójimo: confieso otra vez que tiemblo y me aflijo sin consuelo.

13. Almas timoratas, que teneis la dicha de no estar compren-

didadas en la funesta culpa de la contumelia ó murmuracion, no me creais á mí, creed al Espíritu Santo que os da este consejo. Tened gran cuidado dice, de no pecar con la lengua: no sea mortal incurable vuestra caída: *Attende ne forte labaris in lingua*: : : *Et sit casus tuus insanabilis in mortem* (*Ecli. xxviii. 30.*). Tened gran cuidado de vuestra lengua: el peligro de caer en la maledicencia es grande. Vuestras pasiones el orgullo la avaricia la envidia enemigos domésticos: el demonio el mundo vuestros amigos enemigos esternos os estimularán á que habléis mal de vuestros prójimos: *Attende ne forte labaris in lingua.*

14. Tened gran cuidado con vuestra lengua. Son funestas difíciles de remediar las consecuencias que traen consigo sus excesos. ¿Bien hareis todo lo que es menester para ser dignos del perdon? Os desdireis de lo que habeis dicho de vuestros prójimos? No tendreis horror á desacreditaros en el mundo? Bien querreis ser tenidos por ligeros por calumniadores? Y supongo que por salvaros hareis cuanto se os manda; acaso conseguireis restituir la fama que quitasteis? El mundo que con tanta facilidad cree lo malo y con tanta dificultad lo bueno: el mundo perverso que por autorizar sus desórdenes se alegra de los escándalos: el mundo de cuya maligna censura no están exentos los mas virtuosos: este mundo digo ¿se dejará desengañar cuando vosotros direis que os engañasteis? Unos pensarán que el confesor os negó la absolucion, y otros que alguna conveniencia particular os hace mudar de language. Cómo pues volvereis la reputacion que quitasteis á vuestros prójimos? Cómo reparareis el daño que causasteis, haciendo perder á aquella muger un casamiento, á aquel hombre una dignidad? Cómo hareis mudar de color á aquellos que denigrasteis con la maledicencia?

15. Moyses (es reflexion de Orígenes) para manifestar con milagros el poder de Dios que le enviaba á dar la libertad á su pueblo, arrojó en tierra la vara que tenia en la mano y se convirtió en culebra: levantóla del suelo, y luego recobró la primer forma de vara. Los magos de Faraon quisieron hacer otro tanto pero no pudieron. Bien convirtieron en culebras sus varas; pero con todos sus encantos no pudieron darles su primer forma de varas. Lo mismo que á estos magos sucede á los maldicientes. Con facilidad desfiguran á sus prójimos: los transforman en culebras horribles; pero no pueden tan facilmente restituirles el honor y la fama que les quitaron: es casi invariable el primer juicio de su deshonra.

16. Mas no por la gran dificultad que hay en volver la reputacion del prójimo, se disminuye la obligacion de hacer el mayor esfuerzo para conseguirlo. Es indispensable esta obligacion. Aunque tengais el mas vivo dolor de haber murmurado y el mas firme propósito de no murmurar, como no hagais lo posible para reparar el

daño que causasteis en vuestro prójimo, no alcanzareis el perdón de vuestra culpa. Es obligación personal. La hacienda hurtada puede restituirla el confesor ú cualquiera otro: la honra y la fama que quitasteis debéis restituirla personalmente. Vosotros mismos debéis buscar á aquel ó á aquellos á quienes descubristeis el delito ageno, para decirles que fué falso lo que dijisteis: todo pecado puede llamarse falsedad, añadiendo á la retractación los mayores abonos del sugeto que desacreditasteis.

17. Esta obligación es incommutable. Las oraciones las lágrimas las penitencias las limosnas ós serán inútiles sin la restitución que os prescribe la justicia: obligación ejecutiva que no sufre dilaciones. Porque la infamia con el tiempo se divulga se aumenta: la llaga se corrompe y cancera, y así pide el mas pronto eficaz remedio. Quiera Dios que hagais la debida reflexión sobre estas circunstancias, para que concibiendo un justo horror á la gravedad de la contumelia y murmuración y á lo funesto de sus efectos, pongais freno á vuestra boca y paseis muy bien todas vuestras palabras.

18. Pero no quisiera Señores, que lo que habeis oído perturbara vuestras conciencias, haciéndoos juzgar que es pecado mortal el descubrir las mas ligeras faltas de vuestros prójimos. No: la misma parvedad de la materia que no basta á quitar la fama, tampoco basta á hacer grave la culpa. Ni ménos quisiera que confundierais la maledicencia con la invectiva. Hay notable diferencia entre descubrir los delitos del prójimo, y culparlos cuando son públicos. Aquello es maledicencia, esto es zelo. He oído á muchos empeñados en decir que todos son buenos. Llevan á ahorcar á un asesino, y dicen que le tienen por inocente, sin reparar que con esto hacen delinquentes á los jueces que le condenaron. Ven una acción evidentemente escandalosa, y se ingenian como disculparla, sin advertir que con esto inducen á los que los oyen á que hagan otro tanto. No es esta conducta conforme á la caridad, cuyo zelo nos obliga á aborrecer y á declarar contra las públicas maldades. No es conforme á la justicia; pues quita á la virtud las alabanzas que da al vicio. No es conforme á la razón que prescribe el medio entre la maledicencia y la lisonja. No ménos amenaza Isaías á los que llaman bueno á lo malo, que á los que llaman malo á lo bueno: *Væ vobis dicéntibus bonum malum, malum bonum* (*Isai. v. 20.*).

19. Entre estos dos extremos debéis caminar Oyentes míos, condenando y reprendiendo las maldades públicas, y encubriendo las faltas ocultas de vuestros prójimos. Vos solo Señor, podeis contener las lenguas de aquellos y aquellas que todo el dia emplean en hablar de las faltas que curiosos descubren. Vos Señor, podeis romper las plumas de los que con sátiras y libelos famosos desacreditan lo mas venerable. Vos Señor, podeis poner á nuestras bocas aquella centine-

la que os pedia David para la suya : *Pone dōmine custodiam ori meo* (*Ps. cxl. 3.*). Hacedlo Dios mio , para bien del mundo maldiciente : hacedlo por intercesion de vuestra madre María cuyo sagrado nombre veneramos en este dia. Pedid Señora , á vuestro Hijo que vuestra lengua se emplee siempre en alabanza suya y vuestra. Bendito y alabado sea vuestro nombre , y el de vuestro hijo Jesus : seálo por toda una eternidad de gloria , &c.

JACULATORIAS.

20. Amabilísimo Jesus ! Vuestra caridad me enseña á disimular , y encubrir las faltas de mis prójimos ; pues venisteis al mundo para remediarlas. Prometo Señor , no publicarlas , como Vos me asistais con vuestra gracia. Concededme la Dios mio.

Soberano Redentor mio ! Mas facilmente nos perdonais las ofensas que os hacemos á Vos , que las que hacemos á nuestros prójimos. O benignidad infinita ! Os amo Señor , sobre todas las cosas y me pesa de haberos ofendido.

Dios y criador mio ! No he de emplear la lengua que me disteis en injuriar á mis prójimos , sino en alabaros y bendeciros. Sea bendito y alabado vuestro santísimo nombre. Concededme la dicha de que os alabe por toda una eternidad. Misericordia Dios mio , misericordia.

P L A T I C A C V .

DE LA DOMINICA XVI. POST PENTECOSTEM

predicada á 27 Setiembre de 1743.

Cum intraret Jesus in domum cujusdam principis Pharisaeorum sabbato manducare panem , & ipsi observabant eum. Lucæ XIV. 1.

No hay que pensar que la virtud pueda eximirse de la envidia , ni que la gloria se eleve tan alto que no pueda alcanzarla la maledicencia. No hay que pensar , que así como en el mundo hay un cierto punto en que la aguja náutica muda de inclinacion , dejando de mirar á un polo por volverse hácia el otro ; así tambien haya en la virtud un cierto estado que tenga fuerza de mudar la envidia en admiracion , la maledicencia en alabanza. Lo que nos refiere el evangelista S. Lucas no nos permite formar tan buen concepto del genio de los hombres ; pues nos dice que la magestad de Cristo entró convidado á comer en casa de uno de los principales fariseos ; y cuando parece que todos depuesto el odio que le tenian debieran tratarle de buena fé , con sinceridad y con cariño : al contrario con ma-

ligna curiosidad se ponen á observarle, á asechar sus acciones y palabras, por ver si encontrarían alguna que comprobara el iniquo temerario juicio que habian hecho: *Observabant eum*. Y cuando parece, que á lo ménos no hallando las pruebas que buscaban debieran deponer el juicio y enmudecer, se obstinaron en juzgar que era un malvado, y en publicar que lo era tanto como aquellos con quienes trataba para convertirlos, segun nos dice el mismo evangelista: *Quia hic peccatores récipit* (*Lucæ xv. 2.*).

2. No hay que pensar vuelvo á decir, que las virtudes de los hombres tengan la exencion ó privilegio que no gozaron las mas escelentes, las de Jesucristo; ántes bien me atrevo á comparar la maledicencia á aquel fantasma, que segun fingen se apareció á un anciano, y poniéndole delante un vaso lleno de veneno le dijo: Si bebes morirás, y si no bebes no dejarás de morir. Pues la maledicencia como que nos propone la misma alternativa: si obráis mal se hablará mal de vosotros; y si no obráis mal, no por eso se dejará de hablar mal. De suerte que la costumbre tan introducida en el mundo de maldecir y perseguir á la virtud, debe hacer indiferente la maledicencia á los virtuosos; pero debe al mismo tiempo causar la mayor confusion en los maldicientes, que no aciertan á ver cosa hermosa que no intenten afearla.

3. En otra ocasion os hice ver cuan graves son los daños que causa la maledicencia, y cuan grave es la obligacion de repararlos. En esta tarde intento hacer anatomía de la maledicencia, dividirla en partes, y averiguar su origen su progreso y su término. Regularmente se mira como un delito de la lengua; pero son cómplices en ella el corazon y las manos. Porque ¿ no es el corazon el que la concibe en juicios temerarios? No es la boca quien la pare en detracciones ó murmuraciones? No son las manos las que la sustentan con venganzas? Bien acreditan esta verdad los fariseos, que en este dia juzgaron mal de Jesucristo, luego hablaron mal de Jesucristo, y ultimamente trataron mal á Jesucristo. Pero aun quiero manifestaros las causas del origen del progreso y del término de la maledicencia, haciéndoos ver que la precipitacion es causa de que juzgueis mal de vuestros prójimos, la pusilanimidad lo es de que habléis mal de ellos, y el odio es causa de que los trateis mal. Esta estraña horrorosa complicacion de males ha de ser el asunto de mi plática y de vuestra atencion.

Primera parte.

4. Aunque Dios se haya ostentado tan liberal con los hombres que produciéndolos á su imágen y semejanza les comunicó muchos de sus atributos y perfecciones, con todo se reservó para sí la gloria la venganza y el juicio. Pues en el sagrado libro de Isaías (*XLII. 8.*)

nos dice, que á nadie comunicará su gloria: en el de los Salmos (xciii. 1.) que le es privativa la venganza; y por boca de S. Pablo añade que á él solo le toca el juzgarlos (*Ad Rom. 11. 2.*). Es verdad que á los que ha constituido príncipes en la tierra, les ha concedido la autoridad de juzgar de las culpas y méritos de sus vasallos, para castigarlos ó premiarlos (*Sap. vi. 4.*). Pero S. Pablo no habla de este juicio ni yo tampoco Oyentes míos, sino de aquel que quereis hacer de la bondad ó malicia que encierran en su corazon vuestros prójimos. Ese juicio se le reservó Dios para sí solo, no queriendo daros ojos bastantemente perspicaces para sondar un abismo tan profundo, para penetrar una region tan lóbrega como la del corazon humano.

5. Así como el real profeta nos describe á Dios colocado sobre un trono de nubes que le circuyen y le hacen invisible: así tambien S. Agustin (*Enar. in Ps. cxxxiv. n. 16.*) se figura al corazon humano rodeado de tinieblas tan espesas que la Iglesia ilustrada del Espíritu Santo no se atreve á juzgar de sus afectos; sino que aguarda á que llegue el dia del juicio, dia de la manifestacion y revelacion de los corazones, en que Dios como que abrirá sus puertas para que todos entren á registrarlos. Querer ántes hacer juicio de vuestros prójimos, persuadirse que son malos sin fundamento ó con un fundamento leve, es temeridad es precipitacion es esponeros á un manifesto peligro de engañaros. Y en efecto; cuántas veces habeis juzgado que vuestra criada os quitó la prenda que os faltaba; y despues ó la encontrasteis ó descubristeis que era otro el que la habia hurtado? Cuántas veces habeis pensado que una comunicacion era indecente correspondencia; y despues supisteis que era parentesco ó amistad honesta? Pues en esos casos y en otros semejantes en que la materia es grave, vuestro juicio á mas de temerario es injusto, es pecado mortal; porque para con vosotros por vuestra culpa pierde el prójimo el honor á que tiene derecho.

6. Cuando la accion es evidentemente mala, debeis juzgar que lo es: cuando solo hay indicios de que es mala, debeis despreciarlos y juzgar que es buena: cuando hay duda de si es buena ó mala, debeis suspender el juicio mientras dura la duda, y hacer lo posible por determinarlos á la mejor parte segun el consejo de S. Agustin (*Lib. 11. de Serm. Dñi. in morte.*); y en caso de que erreis, será vuestro error loable y generoso, como decia S. Paulino (*Epist. 4.*): *Quanta laude dignus error etiam de malis bene judicare.* Pero no sé qué maligno instinto os inclina á muchos á pensar lo peor de vuestros prójimos. Se me representais decia S. Ephren, semejantes á los cuervos, que descubriendo en el campo diferentes manjares en que poder apacentarse, pasan volando hasta encontrar un cadáver en que cebarse. Pues asimismo la malignidad ó la envidia depravando

vuestro gusto os hace apetecer las faltas ajenas, para fijar en ellas toda la atencion y censurarlas.

7. Por mas corrompido que esté el mundo, no deja de haber en él hermosas flores que no ha marchitado la tempestad del siglo: vírgenes castas, ministros íntegros, sacerdotes zelosos, penitentes sinceros, mugeres fuertes, cristianos ejemplares. Mas ah! bellos agradables prados, jardines odoríferos de la esposa, no sois vosotros adonde bajan los malignos cuervos que solamente buscan cadáveres hediondos. Y si alguna vez se paran sobre vosotros, es á fin de descubrir alguna falta que sea materia á la voracidad de sus juicios temerarios. Bien conocen la integridad de aquel ministro, á quien ni el oro ni los empeños doblan á cometer una injusticia; pero mas que en eso reparan en su natural lentitud que llaman negligencia. Bien conocen el recogimiento la misericordia la sabiduría de aquel sacerdote; pero mas que en eso reparan en la cortedad de su genio que llaman inaccion, ó en su prontitud que llaman vehemencia. Bien conocen la modestia la piedad la buena economía de aquella madre de familias; pero mas que en eso reparan en la abstraccion de visitas que llaman rusticidad, en el ahorro de gastos supérfluos que llaman miseria.

8. Ah malditos cuervos! mejor os estuviera, y nos estuviera á todos el que nacierais ciegos: no fuerais tan perniciosos. Que siempre hayais de torcer la vista y el pico hácia lo malo! Que no hayais de gustar de lo bueno! Ah infelices fariseos! Que estando tan cerca de Jesucristo y pudiendo admirar y imitar sus virtudes, hayais de observar sus acciones y palabras para que sean asunto á vuestros juicios temerarios! Vuestro carácter es el mismo que da el Espíritu Santo á los maldicientes. Se insinuan en las conversaciones, entran familiarmente en las casas, no con otro designio que el de observar lo que se hace y se dice en ellas: *Ingredebatur ut videret*. A veces callan, á veces se dejan caer alguna palabra que sirve como de jabon para que resbalen los incautos, y al mismo tiempo allá dentro en su memoria escriben lo que ven y lo que oyen, recogen un funesto tesoro de faltas, que luego despues saliendo fuera villanos divulgan con desdoro de sus prójimos: *Egredebatur foras & loquebatur*; que es el segundo grado de la maledicencia.

Segunda parte.

9. Entre los movimientos del corazon humano, algunos tienen tal nobleza que del órden de las pasiones pueden pasar al de las virtudes, como sucede en la cólera que santificó Jesucristo, armándose de ella contra los que profanaban la casa de su padre. Pero entre los mismos movimientos del corazon hay otros tan viles é infames, que nadie puede hacer un buen uso de ellos, nadie puede transformarlos en virtudes, como sucede en la pusilanimidad siempre viciosa y siem-

siempre indigna, fatal causa de la detraccion ó murmuracion, con que esplica la lengua la malignidad del ánimo.

10. Porque al mismo paso que en sentir de Ciceron, el varon magnánimo penetrado de grandes ideas rara vez alaba ó vitupera á otros con demasía: al contrario el pusilánime es un lisonjero que alaba á los que le pueden hacer bien, un maldiciente que vitupera á los que le pueden hacer mal. Reconociéndose pobre de méritos teme que los de su prójimo le desluzgan y perjudiquen: procura pintarlos en diminucion como dice S. Bernardo (*de Divers. Serm. xvii. & in Can. Serm. xxiv.*) toma en su lengua la balanza, y poniendo en una parte las perfecciones que no puede negar, coloca en la otra las faltas que finge ó encuentra, y añadiendo todo el peso de su maledicencia cae el prójimo, para subir él en el concepto de las gentes. ¡Débil flaco fundamento, decia Tertuliano de una reputacion que se levanta sobre las ruinas de otros! Acaso preguntaba S. Juan Crisóstomo (*in Epist. ad Rom. Hom. viii.*) ¿acaso, maldiciente, el lodo que arrojas en el rostro de tu hermano te hará mas hermoso? Por ventura la mala opinion que induces de este humilde publicano, dará mas esplendor á tus virtudes farisaicas? No: cierto es que no. Pues qué intentas con tus detracciones? Cómo permites que esplice la lengua la malignidad de los juicios que concibió tu depravado corazon?

11. Es muy dificil Señores, que los que curiosos de vidas ajenas las averiguan para juzgar lo peor, despues ligeros no lo publicuen. Porque si la precipitacion los hace temerarios en sus juicios, la pusilanidad y la envidia los hace maldicientes en sus palabras. Yo los comparo á aquella piedra que derribó la estatua de Nabuco. Nos refiere Daniel (ii. 31.) que este monarca vió entre sueños una estatua que tenia la cabeza de oro, el pecho de plata, los muslos de cobre y los pies de barro; y que asimismo vió que una piedrecita desgajándose de un monte vecino fué rodando hácia la estatua; pero no dió el golpe en la cabeza de oro ni en el pecho de plata ni en los muslos de cobre, sino que vino á dar en lo mas frágil en sus pies de barro, y la derribó al suelo. Pues de la misma suerte los maldicientes que cotejados con aquellos varones grandes y virtuosos á quienes intentan desacreditar, son unas piedrecitas que apenas se ven, no dan el golpe en aquella parte en que hallan resistencia para ser creídos, sino que buscan alguna falta, alguna parte feble, y allí le descargan para satisfacer su envidia y dar á entender su pusilanidad.

12. Dios nos libre decia David, de los que coléricos haciendo un arco de su lengua por flechas disparan en el lleno del dia palabras injuriosas á nuestro honor: *A sagitta volante in die* (*Ps. xc. 6.*). Pero con mas razon debemos decir con el mismo real profeta: Dios nos libre de los que hieren nuestra reputacion de noche entre tinieblas:

blas : *A negotio perambulante in tenebris*. Porque acometiéndonos por la espalda es ejecutiva la herida é imposible el reparo, y mas cuando dan el golpe y esconden la mano: en lo que tambien se asemejan á aquella piedra que bajó del monte sin que se viera la mano que la arrojaba. ¿No habeis visto el arte con que los maldicientes hablando de un ausente se dejan caer una palabra equívoca, y luego añaden una risa falsa, una ojeada que sirve de comentario á su malicia? No habeis reparado que comienzan á tono de lamentacion? Direis que tienen lástima de los que infaman. No es siempre el prefacio de su murmuracion un elogio? Decia con gracia un varon elocuente: Que á nadie quitan la vida sin que ántes le hagan la oracion fúnebre.

13. Villana infame diabólica conducta! Pero muy regular en el siglo en que vivimos. Porque es la murmuracion el camino mas trillado de los palacios, el medio mas seguro para conciliarse el favor de los poderosos, es el pasaporte de la sociedad, ó para decirlo con S. Agustin, es en las conversaciones lo que el pan en las comidas. Bien habeis visto que en los mas espléndidos convites se cubre muchas veces la mesa de diferentes manjares, pero jamas se quita el pan. Pues así mismo en las conversaciones se habla ya de la sabiduría de aquel maestro, ya de la habilidad de aquel ministro, ya de paseos diversiones modas bagatelas; pero entre uno y otro siempre se mezcla la mordacidad la murmuracion, y aun no falta cuando se habla de novedades que parecen el asunto mas indiferente. Con qué descaro y con que serenidad de conciencia vituperan una ú otra nacion de las que están actualmente en guerra? No dicen francamente que los tales son unos malvados? Como si no fueran muchos ó casi todos inocentes, como si fueran todos cómplices de la culpa ó injusticia que por su autojo atribuyen á su príncipe ó á sus ministros, como si en comun no tuvieran tanto derecho á su fama como en particular. Tan maldicientes sois y aun mas los que juzgais y hablais mal de una nacion, como los que juzgan y hablan mal de cualquiera otra comunidad.

14. Oíd lo que sucedió no mucho tiempo ha á un religioso doctoadoso y íntimo amigo mio, tan benemérito de mi gratitud y de la república, que aun despues de difunto es toda mi veneracion su memoria. Fué á sus pies un penitente, y se acusó de que sin poder hacer otra cosa, deseaba que todos los de una nacion se murieran. Bien dijo el sabio religioso: Luego vmd. desea que mueran las niñas y niños recién bautizados. No padre, respondió el hombre. ¿Pues deseará vmd. que mueran las religiosas los religiosos y los sacerdotes que están en sus claustros y Iglesias? No padre. ¿Y deseará vmd. que mueran aquellos labradores que cultivan sus campos, aquellos oficiales que trabajan en sus casas y los demas que cuidan de educar santamente á sus hijos? No padre. Luego no tiene vmd. razon para de-

cir que no está en su mano el desear la muerte á todos. Vmd. deseará que mueran los que son malos continuó el religioso, y aun á esos lo que debe desear es que se corrijan, y en caso que no lo hagan, dejar á Dios su castigo. Quedó el hombre convencido, y debeis vosotros Oyentes míos, estarlo de que no es justo aborrecer, y ensangrentar vuestra lengua en el honor de los que aun que están léjos son vuestros prójimos, redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo: ántes bien debeis compadeceros de lo que padecen todos en esta universal tragedia del mundo, y singularmente de aquellos que con las armas en las manos sin propio interés, por obediencia están próximos á perder la vida. Y sobre todo debeis pedir á Dios con el mayor fervor que ponga término á la guerra, y establezca una paz perpetua entre los príncipes cristianos. Pero volvamos al principal asunto para concluirle brevemente, haciéndoos ver que despues que la pusilanimidad ó la envidia pervirtió la lengua del maldiciente con destracciones de su prójimo, pasa á inficionar las manos con la vengauza.

Tercera parte.

15. El real profeta en pocas palabras nos describe todo el progreso de la maledicencia, diciéndonos que corrompe el corazon con vanos cuidados de la vida agena, y temerarios juicios de ella: que luego derrama un veneno de áspides en sus labios: y que finalmente llega á ensangrentar los pies y las manos: *Corrupti sunt, & abominábiles facti sunt in studiis suis :: Venenum áspidum sub labiis eorum :: Veloces pedes eorum ad effundendum sánguinem* (Ps. XIII. 2. 5. 6.) ; Y por esperiencia Señores, no estamos viendo esto mismo que nos refiere David? Cuántas muertes cuántas discordias han causado en las repúblicas los maldicientes? Cuántas enemistades entre las familias? Y cómo las fomentan ó ensangrientan mas aquellos chismosos, que tambien son maldicientes perversos, cuando van á contar á unos lo que contra ellos oyeron decir á otros? No saben cual es el camino de la paz decia David, no temen á Dios: *Viam pacis non cognoverunt, non est timor Dei ante óculos eorum* (*Ibid.* 3.).

16. Si sois sabios Oyentes míos, decia el Eclesiástico (*Ecli.* XIX. 16.) sepultad en el olvido lo que viereis ú oyereis contra el honor de vuestro prójimo. Si sois sabios, decia S. Bernardo (*de Diver. Serm.* XVII. & *De Consid. Lib. II. c.* 13.) no escuchéis con gusto á los maldicientes teniendo por sospechoso de mentira lo que dicen contra vuestro prójimo. Si sois generosos decia el Nacianzeno, tomad de vuestra cuenta la defensa de la honra de vuestro prójimo ausente. Cuando la casualidad os lleva á algun lugar en que riñen dos con armas desiguales, no os poneis de parte del mas flaco? Pues quien riñe con armas mas desiguales que un ausente contra un malignante, que le hiere en lo mas delicado de su honor? Defendedle, que su de-

fensa no solo será generosidad moral, sino caridad magnanimidad cristiana, que os acarreará un premio una gloria inmortal y eterna. Aspirad á ella, y para alcanzarla, imitad á Cristo señor nuestro que tantas veces defendió la inocencia contra la calumnia. Observad sus acciones, no para notarlas de malas como los fariseos, sino para ver que ceden en provecho enseñanza y beneficio vuestro. Agradecidos Señor, consagramos en obsequio vuestro nuestro corazón, nuestra lengua y nuestras manos. Y de haberlas empleado en daño de nuestros prójimos, decimos que nos pesa. Horrorizados de tan execrable delito, decimos una y mil veces que nos pesa. Prometemos la enmienda asistidos de vuestra gracia &c.

JACULATORIAS.

17. Dulcísimo Jesus! Vos sois el juez de vivos y muertos. Cómo me atreví á juzgar temerariamente de mis prójimos? Conozco que fué execrable mi delito, y arrepentido os digo que me pesa.

Amabilísimo Jesus! Me disteis la lengua para que bendijera á mis prójimos, y yo la he empleado en maldecirlos. Qué injuria! Prometo la enmienda. Perdonadme Señor, misericordia.

Benignísimo Jesus! Mas sentís las injurias que he hecho contra mis prójimos, que las que he hecho contra Vos. O bondad infinita! Os amo Señor, y por Vos amo á mis prójimos, y de haberos ofendido me pesa en el íntimo del corazón.

P L Á T I C A C V I.

DE LA DOMINICA XVII. POST PENTECOSTEM

predicada á 20 de Setiembre de 1744.

Diliges Dóminum Deum tuum ex toto corde tuo & in tota ánima tua & in tota mente tua. Hoc est máximum & primum mandatum.
Matt. XXII. 37.

Siempre fueron á competencia la bondad de Jesucristo y la malicia de los judíos. Desde que comenzó el Señor á predicarles la verdad, comenzaron ellos á impugnarla ofendidos de oirla. Pero nada hizo mas patente el encono que lo que sucedió tres dias ántes de la muerte de Jesucristo; pues segun nos refiere S. Mateo al capítulo XXII., envidiosos los fariseos de los aplausos que consiguió en su triunfante entrada en Jerusalem, y temerosos de que les quitara la gran autoridad que tenían entre los suyos, se juntaron á pensar de que medios se valdrían para cogerle en alguna palabra que diera motivo á la acusacion ó á la calumnia. Y convinieron en enviar algu-

nos de sus discípulos que fingiendo querer serlo del Señor, le preguntaran publicamente: ¿si era lícito pagar el tributo al César? con el fin de malquistarle con el pueblo si decia que sí, ó con el gobierno si respondia que no. Pero su magestad supo responder de suerte que los dejó admirados, y los hizo huir confusos: *Audientes admirati sunt, & relicto eo abierunt.*

2. Sin embargo entraron luego como de refresco los saduceos, judíos de otra secta opuestos en la opinion con los fariseos, pero unidos con ellos en el odio á Jesucristo. Hiciéronle una pregunta muy maliciosa y oyeron una respuesta que les tapó la boca. ¿Quién creyera que no habian de darse, cuando no por convencidos, á lo ménos por vencidos todos los enemigos del Señor? Quién creyera que los fariseos no habian de desistir de la empresa doblemente escarmentados en propia y agena cabeza? Pues no fué así Oyentes míos: Juntaronse de nuevo al rededor de Jesucristo, y al modo que Goliat se desprendió del ejército filisteo para desafiar y combatir cuerpo á cuerpo con el mas valiente de Israel: así salió de entre los fariseos un muy presumido de sabio, un graduado de doctor y dijo (*Mat. xxii. 36.*): ¿Maestro, cual es el gran precepto de la ley? *Magister quod est magnum mandatum in lege?*

3. ¿Ha habido en el mundo Señores, gente tan astuta tan obstinada en aborrecer y perseguir á otro, como lo fueron los judíos en perseguir á Jesucristo? Ya es ó Dios mio, al parecer desmedido vuestro sufrimiento. Ea legítimo Hijo heredero de David, sacando del seno de vuestra justicia una piedra, arrojadla contra esos Goliates espúreos incircuncidados de corazon. Ea generoso leon de Judá, rugid y con las garras del poder despedazad esos lobos hipócritas disfrazados con la piel de ovejas. Ea supremo legislador, revestíos segunda vez el traje de la magestad, y entre rayos y truenos desplegad los labios, para decir á los fariseos cual es el gran precepto de la ley que publicaste en el monte Siná: *Magister quod est mandatum magnum in lege?*

4. Mas no quiso Oyentes míos, nuestro Señor Jesucristo olvidar-se de su humanidad, desnudarse de la mansedumbre. Respondió sí á los fariseos; pero con suavidad y blandura, diciéndoles que amaran á Dios con todo el corazon, con toda el alma y con todo el entendimiento. Y añadió que este era el primero y máximo precepto: *Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, & in tota anima tua & in tota mente tua.* No parece que ellos aguardaban esta respuesta; pues al oirla enmudecieron, de suerte que ya en adelante no se atrevieron á hacerle otra pregunta: *Nec ausus est quispiam ex illa die eum amplius interrogare.* Aquí quedó desarmada y vencida la malicia de los fariseos: aquí quedó triunfante la inocencia de Jesucristo, siendo las armas del vencimiento las palabras con que pronunció el

primero, y máximo precepto del amor de Dios: *Hoc est maximum & primum mandatum.*

5. Yo estoy para agradecer á los judíos su tenaz maliciosa curiosidad; pues con ella dieron asunto á Jesucristo, para que en los términos mas claros y precisos nos intimara la obligacion que tenemos y el modo con que debemos amar á Dios. Este precepto segun se explica el Señor, es el último fin y primer principio de la ley. Al amor de Dios se ordenan todos los preceptos, y la observancia de todos y toda vuestra felicidad depende de que ameis á Dios como manda que le ameis. Debeis amar á Dios, y debeis amarle con todo el entendimiento y con toda la voluntad y con toda el alma. Vuestro entendimiento debe emplearse en conocer á Dios: vuestra voluntad en amarle: y vuestra alma en servirle. Estadme atentos, miéntras intento daros una breve leccion del amor de Dios.

Primera parte.

6. Fueron los mas vanos y sacrílegos del mundo los hereges Eunomianos, que pensaron y llegaron á gloriarse de que comprendian á Dios, que le conocian como á sí mismos, y con la perfeccion con que Dios se conoce. O bien creyeron que ellos no eran criaturas sino Dioses, ó imaginaron que Dios no era Dios sino criatura, segun decia S. Juan Crisóstomo, impugnando las falsas ridículas ideas que habian formado de Dios y de sí propios. Pero no fué ménos impio y ménos ignorante que los Eunomianos aquel, que no queriendo conocer á Dios se atrevió á decir que no le habia: *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus (Ps. xiii. 1.)*.

7. Hay Dios Oyentes míos, y hay en nosotros un deseo natural una precisa obligacion de conocerle. Porque ¿no es nuestro entendimiento una potencia universal de una capacidad casi infinita? Puede acaso hallar entera satisfaccion en el conocimiento de las criaturas? No es fuerza que aspire á encontrarla en la suma infinita verdad del criador? Díganlo Platon Aristóteles y los otros que llama S. Pablo sabios del mundo. ¿Se apagó la sed que tenian de saber con la filosofía la matemática la medicina la política y con las demas ciencias naturales que adquirieron? No fué de aumento de cada dia aquella sed, y el conocimiento de su ignorancia? Dígalo Salomon mas sabio que todos ellos. Qué consiguió con el estudio y la penetracion de los mas impenetrables arcanos de la naturaleza? Qué consiguió de haber disputado con admiracion la calidad del cedro que nace en el Libano, y del hisopo que crece en las tapias? No otra cosa que la angustia y afliccion de su espíritu, y el desengaño de que todo era vanidad y engaño: *Videntem cuncta vanitatem, & afflictionem spiritus (Eccle. 11. 17.)*.

8. Mas no por eso penseis Señores, que no podeis emplearos en

adquirir el conocimiento de las criaturas, ántes bien os aconsejo que averigüeis su esencia y sus propiedades. Pero bajo la condicion que no os pareis ahí, sino que subais mas alto á contemplar el ser y las perfecciones de su criador. No seais semejantes os diré con S. Gregorio, al cuervo que envió Noé como esplorador de las aguas del diluvio, el cual cebándose en los cadáveres hediondos que encontró sobre las cimas de los montes ó entre las ondas, no se acordó de volver al arca. Asemejaos á la paloma que saliendo con el mismo destino que el cuervo, dió vueltas por el emisferio, registró inundado el terreno, y se volvió al arca á las manos de su dueño Noé. Quiero decir Señores, que no fijeis toda vuestra consideracion en las criaturas, de suerte que os olvidéis del criador suyo y vuestro. Miradlas como de tránsito, para pasar desde ellas al conocimiento de Dios, en cuyo seno hallareis con la primer verdad los tesoros de la perfecta sabiduría.

9. Y mas cuando las mismas criaturas nos impelen, y nos elevan hácia el criador. Porque ¿ no son las criaturas, dicen los filósofos, efectos del criador, y por consiguiente medios que prueban su existencia y aun demuestran muchos de sus atributos? No son las criaturas, decia S. Basilio, otras tantas voces del criador que publican su misma existencia y perfecciones? Qué quisieron decir aquellos tres jóvenes del horno de Babilonia con la prolija enumeracion que hicieron de casi todas las criaturas, mandando á cada una de ellas y á todas juntas que alabaran y bendijeran al criador? Qué? Siendo por la mayor parte insensibles é irracionales ¿ son capaces de conocer y alabar á nadie? No por cierto. Quisieron pues decir en dictámen de S. Agustín, lo mismo que David en sus Salmos, que todas las criaturas nos mueven y escitan á conocer y bendecir al criador. *Benedicite cæli Dómino. Benedicite omnes bestię & pécora Dómino. Benedicat terra Dóminum. Benedicite omnia ópera Dómini Dómino: laudate & superexaltate eum in sæcula* (Dan. III. 57. seq.).

10. Ya que no logramos en esta vida el ver á Dios en sí mismo siendo su intuitiva vision propia de los bienaventurados: siquiera logramos ver su imágen en las criaturas con aquella claridad con que no pudiendo sufrir los resplandores del sol miramos su retrato en los cristales del agua. Y á ménos que hechos ateistas no apaguemos voluntariamente ú oscurezcamos de propósito las luces de nuestro entendimiento, no podemos dejar de conocer á Dios; porque sus obras visibles manifiestan de tal suerte su existencia y sus invisibles atributos, que son inexcusables los que no los conocen, segun decia S. Pablo: *Invisibilia ipsius á creatura mundi per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur: sempiterna quoque ejus virtus & divinitas: ita ut sint inexcusabiles* (Roman. I. 20.).

11. Por eso decia Minucio Felix que no es ménos delito el ignorar

rar á Dios, que el injuriarle ú ofenderle. S. Cipriano llama suma la maldad de los que no quieren conocer lo que no pueden ignorar: *Hæc est summa delicti nolle agnoscere quem ignorare non possis.* Y en verdad, decia S. Gregorio, no por otro fin nos crió Dios racionales sino para que le conociéramos y amáramos en esta vida y le viéramos y gozáramos en la otra. Y no por otro fin crió al mundo perfecto en todas sus partes, sino para que fuera una escuela en que aprendiéramos á conocerle. El movimiento regular de los cielos, la distribucion de los elementos, la variedad de las estaciones, la diversidad de los animales, la multitud de las plantas, la hermosura del universo, todo nos enseña y persuade que hay un Dios omnipotente y sabio que le conserva y le gobierna.

12. Que su providencia es inefable y no tiene límites lo convienen las aves del aire que sin sembrar ni segar se alimentan y viven á sus espensas. A ellas nos remite Jesucristo en el evangelio; y luego despues nos dice, que salgamos al campo y encontraremos en él á las azucenas, catedráticos que están leyendo el tratado de la providencia. Ni hilan ni tejen, y están mejor adornadas mas bien vestidas que Salomon con toda su gloria: *Considerate lilia agri quomodo crescunt* (*Luc. xii. 27.*). Contemplad Oyentes míos, las criaturas segun el consejo de Jesucristo. Tomad las lecciones que os dan para que aprendais á conocer al criador. Cuánto se aprovecharon en su escuela los santos? Cuántas veces fijando la vista en la tierra, al ver una hormiga arrobados en éxtasis se elevó su mente y su espíritu hasta el trono de la divinidad? Cuántas veces al oír el sonoro apacible canto de un pajarillo, subiéndose á los cielos gozaron una porcion de la gloria de los ángeles?

13. Abrid los ojos, mirad. Abrid los oídos, oíd las voces con que todas las criaturas hablan de las grandezas del criador. Del mismo modo que abrieron los suyos aquellos discípulos que iban á Emaus, para oír como Jesucristo recién resucitado les explicaba el sentido de las escrituras. Cuando les salió al encuentro, no le conocieron por tener tapados los ojos y los oídos con las pasiones del temor y de la incredulidad. Luego despues comenzaron á oírle, comenzaron á conocerle, y inmediatamente volvieron á amarle segun ellos mismos dijeron (*Luc. xxiv. 32.*). *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, cum loqueretur in via?* Abrid vuelvo á decir, los oídos para conocer á Dios que os habla por boca de las criaturas; porque no podeis amarle sin conocerle, así como no podeis conocerle sin amarle, y á uno y otro estais obligados en fuerza del máximo precepto del amor.

Segunda parte.

14. Ya lo habeis oído. No podeis amar á Dios sin conocerle, y no podeis conocerle sin amarle. Pues oíd la razon que dió S. Euque-
rio,

rio, y que no ménos edifica que instruye. Hay una gran diferencia entre el conocimiento de las criaturas y el conocimiento de Dios. Quanto mas conocemos á las criaturas, tanto mas descubrimos su miseria su poquedad y su nada. Quanto mas conocemos á Dios, tanto mas descubrimos sus infinitas perfecciones. Y como naturalmente no amamos lo malo conocido como malo sino lo bueno conocido como tal: el conocimiento de las criaturas nos empeña á aborrecerlas, y el conocimiento de Dios nos empeña á amarle. Y aunque imagineis hallar en las criaturas alguna bondad que atrae vuestra inclinacion, ó es engañosa ó es dependiente y participada de la infinita bondad de Dios. Qué apetecéis el esplendor que brilla en los monarcas y príncipes de la tierra? No es mas que un destello una vislumbre de la magestad de Dios. Os embelesa la hermosura de las criaturas? No es mas que un borron de la original belleza de Dios. Os obligan los beneficios y la fidelidad de algun amigo? Son viles condescendencias sórdidos intereses, cuando los de Dios son efectos de la mas generosa liberalidad.

15. Así hablaba S. Euquerio. Y asimismo hablaba S. Agustin desengañado y arrepentido. Yo decia, me aparté de Vos ó Dios mio, porque no os conocia, y jamas pude encontrar con el bien que buscaba. Ni le encontré en los espectáculos ni en los banquetes ni en los impuros deleites del sentido. Vos solo sin que yo lo supiera, erais todo mi bien todo mi gusto toda mi delicia. Buscaba fuera de Vos lo que solo está en Vos, y no encontraba lo que buscaba. Estando fuera de Vos y fuera de mí, iba de placer en placer, y el gusto que me daba la posesion del uno, encendia el deseo del otro que no poseído me disgustaba. Así mi pobre alma agitada se decia á sí misma: Abre los ojos á la verdad, y bondad que se presenta en tu Dios, á quien debes conocer y amar como tu último fin.

16. Y bien que os permita Señores, el que ameís á las criaturas, ha de ser del modo que os dije que debemos conocerlas. Debemos conocer á las criaturas como efectos que nos facilitan el conocimiento de Dios que es su primer causa. Y podemos amar á las criaturas como medios que nos inducen al amor de Dios, que es nuestro último fin. Al modo que la llama leve sube por el aire á buscar junto al cielo su esfera: al modo que la piedra grave baja á encontrar en medio de la tierra su centro: al modo que el agua fluida corre hácia el mar que es su término: así nuestra voluntad debe pasar del amor de las criaturas al amor de Dios que es su último fin. Y aunque es difícil que los filósofos señalen una razon evidente de la inclinacion que el fuego la piedra y el agua tienen á sus centros: sin embargo es fácil que yo descubra la razon de la simpatía con que Dios atrae nuestras voluntades.

17. Dios, Señores, es todo amor: *Deus cháritas est* (1. Joan. II. 16.).

16.). Dios os ama: *Pater amat vos* (*Joan. xvii. 27.*). No es este justo poderoso motivo para que le amemos? Dios nos ama aun cuando pecadores. Qué fineza! Con qué amor nos trata, á fin de que confundidos y en algun modo cansados de aborrecerle volvamos á amarle! Porque ¿no es aquel pastor bueno, que cargándose sobre sus hombros la oveja perdida la restituye al rebaño? No es aquel padre amoroso, que sale á recibir á su pródigo ingrato hijo, le abraza, le enriquece de nuevo y le sienta á su propia mesa? Y aun son obscuras las señas que nos dan estos símiles del amor que Dios nos tiene. Si pecamos nos tolera: si nos arrepentimos nos perdona: si vamos á buscarle nos recibe: si tardamos á ir nos llama, si nos faltan las fuerzas nos ayuda. O qué amor! Podemos negarnos á la correspondencia?

18. Pues si tanto ama Dios á sus enemigos los pecadores ¿cuánto amará á sus amigos los justos? Qué puras serán las luces que comunique á su entendimiento! Qué fuertes las gracias que dispense á su voluntad! Qué tierno su amor! Jamas se aparta de su compañía. Toma parte en sus penas para aliviarlas: en sus gustos para aumentarlos. Cuenta hasta sus cabellos para que ni uno caiga sin su orden. Manda á sus ángeles que le guíen, que le protejan en su camino á la eternidad. Y como si no se fiara de la conducta de aquellos celestiales espíritus, por sí mismo mira sus necesidades, atiende á sus ruegos, los acoge á su seno con la ternura con que una madre lleva en sus brazos al hijo que alimenta á sus pechos, segun el modo con que se esplican las sagradas letras.

19. O Dios mio! Cuan justo es el precepto que me habeis impuesto de que os ame con todo el entendimiento con toda la voluntad con toda el alma! *Diligens dominum Deum tuum ex toto corde tuo, & in tota anima tua & in tota mente tua.* Aunque no lo hubierais mandado: aunque no me hubierais hecho los beneficios que me habeis hecho: aunque no hubierais sufrido por mí lo que habeis sufrido: solo vuestro ser soberano, vuestra bondad infinita merece por tributo todo mi entendimiento, por sacrificio toda mi voluntad. Todas las criaturas que salieron de vuestras manos van al fin á que las dirigisteis sin dilacion sin repugnancia: y solo yo he de caminar hácia Vos con lentitud y con una especie de violencia! Frágiles perecederos bienes han de detenerme! Infame maligno corazon mio ¿hasta cuándo has de resistir á tu Dios que no te pide sino tu amor por recompensa de su infinito amor? Hasta cuando has de buscar con tu afecto en las criaturas á la vanidad y al engaño? Hasta cuando? Hasta aquí dulcísimo Jesus, que postrado á vuestros pies, arrepentido de mi dureza os prometo amaros con todo el corazon. Por mas que digan mis pasiones, no he de apartarme de Vos. Fortificad estos buenos deseos que Vos mismo me inspirais. Dadme luz, para que cono-

ciéndoos á Vos y á mí mismo, diga que me pesa de no haberos amado, de haberos ofendido. Dadme un amor puro eficaz constante. Hacedme la gracia de que siempre os ame, que muera en vuestro amor &c.

JACULATORIAS.

20. Dulcísimo Jesus! Qué mal os he conocido, Sumo bien, pues he osado ofenderos! Ya conozco que es infinita vuestra bondad, y arrepentido os digo que me pesa de haberos ofendido.

Amabilísimo Jesus! Qué justo es el precepto que me habeis impuesto de que os ame! Qué mal he hecho en aborreceros! Ya arrepentido os amo con todo el corazón. Perdonadme Señor, misericordia.

Benignísimo Jesus! Qué fino es el amor con que me amais! Pero que mal correspondido de mi villana voluntad! Inmutadla Señor, inflamadla en vuestro amor. Hasta la muerte he de amaros, y aun mas allá de la muerte por vuestra misericordia.

PLÁTICA CVII.

DE LA DOMINICA XVIII. POST PENTECOSTEM

predicada á 24 Setiembre de 1741: 5 Octubre de 1743, y 10 Octubre de 1745.

Quidam de scribis dixerunt intra se: Hic blasphematur. Et cum vidisset Jesus cogitationes eorum, dixit: Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris? Mat. IX. 3.

I. ¿Ala de ser posible, Señores, que los mismos beneficios que Dios hace á los hombres han de estar espuestos á la reprension y á la censura? ¿Que lo que debiera grangear á Dios la amistad el respeto y la admiracion de los hombres, ha de ser materia á sus sospechas á sus juicios temerarios y á sus quejas? Olvidar el beneficio es faltar al reconocimiento: negarle es añadir á la ingratitud la mentira; pero tomarle por motivo para injuriar al bienhechor, es la última maldad; y es lo que ejecutaron con la magestad de Cristo sus propios paisanos.

2. Llega el Señor á su patria Nazareth, y poniéndole delante un parálítico, el médico soberano conoce que sus pecados son su mas grave enfermedad; y ántes de curar su corporal enfermedad, quiere perdonarle sus pecados: Hijo le dice, ten confianza, tus pecados quedan perdonados. Pero no bien acaba de pronunciar estas palabras, cuando algunos de los escribas circunstantes entre sí mismos dicen que blasfema: *Hic blasphematur.* ¿Qué ingratitud, qué malicia qué furor qué vívoras son estas, esclama S. Bernardo, que muerden á quien las halaga? No basta pérfidos judíos, que os olvideis de que

poco ha á vuestra vista curó el Señor á un leproso , al hijo del centurion , á la suegra de Pedro , y lanzó legiones de demonios de los cuerpos de muchos ? No basta que le negéis ahora el poder infinito que le atribuíais ántes cuando calmó una borrasca para libraros del naufragio ? No basta digo , que infieles negéis que como Dios puede perdonar los pecados del paralítico , sino que ha de llegar vuestra audaz malicia á llamarle blasfemo ? Porque divinamente misericordioso no cura la enfermedad del cuerpo ántes que la del alma , ¿ impacientes habeis de censurar la mayor de sus misericordias ? No puede negarse que sois herederos de la obstinada ciega impiedad de vuestros padres.

3. Los judíos , Señores , siempre trataron de esta suerte á su gran Dios. Cuando no les concedia lo que le pedian para satisfacer su passion ó su antojo , se quejaban con insolencia. Cuando tardaba un poco á socorrerles en sus necesidades , se impacientaban con escándalo. Y en uno y otro caso muchas veces desconociendo y negando á su Dios verdadero , pasaron á adorar á los falsos dioses. No es menester mas que leer la sagrada Biblia , y aun basta abrir los libros del Exodo de los Números ó de los Jueces , para que veais con horror lo que os digo del indigno proceder de los judíos. Y sin pensarlo al mismo tiempo descubriréis en aquellos ejemplares la semejanza la imágen de muchos cristianos. Porque ¿ cuántos murmuran de Dios porque no les concede lo que desean ? Cuántos se quejan porque no les socorre luego que se lo piden ? Si he de decir lo que siento , en este particular no fueron los judíos mas atrevidos y insolentes que lo son los cristianos. Con este conocimiento y con el deseo de que vosotros Oyentes míos , no cometais una maldad que fué la mas infame nota del judaismo : intento persuadiros , que es grande la impiedad de los que se quejan de Dios porque no les favorece ; y que es injusta la impaciencia de los que se quejan de Dios porque los aflige. Estas dos partes darán asunto á mis discursos , y á vuestra atencion.

Primera parte.

4. Para que mejor conozcais cuan grave es el delito de los que se quejan de Dios porque no consiguen lo que desean , debeis considerar el principio de donde proviene. Quisieran ellos dirigirse gobernarse á sí mismos , ser árbitros de su suerte : quisieran gozar las delicias y placeres que su apetito les finge , y alcanzar las honras y dignidades que les propone su ambicion ; y como Dios desvanece sus designios , le miran como á enemigo , culpan y se quejan del modo con que los trata , y aun se empeñan á querer positivamente lo que él no quiere , y á decir que les quita lo que de derecho les compete. Y así rebelde independiente su genio ofenden á Dios en la parte mas delicada , cual es la soberanía y omnipotencia de su voluntad. Qué mayor delito!

5. Dios Señores, es nuestro dueño absoluto, dispone de nosotros como gusta: quiere lo que hace, y hace lo que quiere. Lo que en nosotros se halla separado, es indivisible en su persona. Pues son una misma cosa su voluntad su consejo su idea y su brazo ó su poder. Lo que nosotros llamamos necesidad destino suerte fortuna, nombres que inventó la superstición mas grosera: hablando como cristianos y aun como filósofos, no es mas que su propio gusto. La necesidad está en los inmutables decretos de su voluntad, el destino en su entendimiento, la suerte en sus manos, la fortuna en su providencia. ¿Porqué el cuerpo leve sube y el grave baja? Porqué el sol corre sin interrupción su carrera? Porque Dios quiso dar á esas criaturas esos determinados movimientos. ¿Porqué unos pasan de la miseria á la mayor felicidad, y otros de la felicidad á la miseria? Es algun fatal destino la causa? No, sino la voluntad de Dios.

6. La suerte cayó sobre Saul, y fué Rey: cayó sobre Acab, y fué apedreado: cayó sobre Matías, y fué apóstol; pero Dios es, segun declara el Espíritu Santo, quien distribuye las suertes: *Sortes mittuntur in sinum, sed á Dómino temperantur* (*Prov. xvi. 33.*). Fué un golpe de fortuna, decís comunmente, que aquellas tropas ganaran tal batalla ó tomaran tal plaza. Pero hablad mejor: decid, que fué un golpe de la soberana absoluta voluntad de Dios, que por eso se llama Dios fuerte, Dios de los ejércitos y de las batallas.

7. La voluntad de Dios Señores, es una causa primera universal, una causa omnipotente, cuya virtud nada puede enflaquecerla limitarla ni suspenderla. Dice Faraon que siempre han de ser sus esclavos los israelitas: y Dios hace que salgan libres, y se lleven las riquezas de Egipto. Dice Saul que David ha de morir á sus manos: y Dios hace que David ciña sus sienes con la corona de Saul. Dice Nabucodonosor que ha de ser adorado como Dios: y Dios hace que se transforme en bestia. Vos Dios mio lo decís, Vos lo quereis, Vos lo haceis. A pesar de la mas sacrílega resistencia no se hace sino vuestra voluntad, cuyos justos decretos adoramos obedecemos confesando vuestra soberanía y nuestra dependencia.

8. Así hablan casi siempre los cristianos; pero no todos sienten en su corazón lo que dicen con la lengua. Pues vemos que muchos aspiran á conseguir por medios inicos, fines notoriamente opuestos á la voluntad de Dios. Los vemos sin reconocimiento, cuando Dios favorece sus designios: sin sumisión, cuando los estorba: sin besar la mano que los levanta: sin humillarse á la que los abate: creyendo como debidos los favores que Dios les hace, y como una injusticia los que deja de hacerles. No hacian mas los judíos, á quienes Dios trata de ciegos ingratos rebeldes sediciosos obstinados; pues son tambien como ellos insolentes en la prosperidad, y mal sufridos en la desgracia.

9. No hablo de aquellos impíos que con sus bocas sacrílegas ultrajan al Señor, que temen los demonios, y en cuya presencia se estremecen los serafines. No hablo de aquellos desesperados, que creen hallar consuelo en sus trabajos echando maldiciones contra el cielo. No; porque los miro como á condenados, que ya en este mundo comienzan lo que han de continuar en los infiernos. Hablo de aquellos ambiciosos que formándose allá en su imaginacion una providencia ciega injusta y en todo oficiosa á sus gustos, cuando la experimentan contraria se inquietan y murmuran, como si la santa voluntad de Dios debiera de conformarse con la suya depravada. Hablo de aquellos vanos que interiormente se apartan del Dios que esteriormente adoran, pues sordos á sus voces y inspiraciones, queriendo gobernarse por su propio capricho, tropiezan al primer paso y prorumpen en quejas contra Dios. Hablo de aquellos á quienes Salviano llama mal contentos; porque nunca lo están con aquellos bienes que Dios liberal les comunica. Hablo de aquellos envidiosos, que mirando la agena dicha como desgracia propia, culpan á Dios de injusto, porque no se lo da todo: como aquellos jornaleros de la viña que se quejaban del padre de familias, porque no les daba mas jornal que á los otros, siendo así que les daba lo justo.

10. Todos estos que pretenden salir del órden de la divina providencia están violentos. Y al modo que el fuego oprimido rompe para subir á su esfera: al modo que una piedra se desprende para bajar á su centro: así aquellos no sosiegan, hasta que á no poder mas toman el lugar que la providencia les destina. Vuestro centro Señores, es aquel estado en que Dios os constituye: miéntras permanecais en él, vivireis quietos y felices: si intentais salir, en nada encontrareis gusto. Os santificareis con la resignacion de vuestra voluntad con la divina, os condenareis por vuestra rebeldía; os salvaréis con la obediencia, os perdereis sin ella. Agradareis á Dios, diciéndole que haga de vosotros lo que quiera: le ofendereis en lo mas sensible, queriendo hacer á su pesar vuestro gusto. Conseguireis una verdadera paz, perseverando en el estado en que os ha puesto; pero si vuestros deseos ambiciosos se salen de ese lugar, padecereis los mismos dolores que padecen los que tienen un hueso dislocado: serán continuos vuestros lamentos, y dilatándose el logro de vuestros designios, os abandonareis á la mas injusta impaciencia; como vereis en mi

Segunda parte.

11. Facilmente os manifestaré que es injusta vuestra impaciencia cuando Dios os aflige, si atendeis á que sois pecadores por origen, y que á aquel pecado original voluntariamente habeis añadido un sin número de pecados que merecen un gran castigo. ¿Qué reo pues de- cid-

cidme, es árbitro de su pena, ni puede decir á su juez, no quiero sufrirla? La pobreza la enfermedad la persecucion es consecuencia, es castigo de vuestro pecado: ¿cómo pues ha de estar en vuestra mano el suspenderle? En vuestros males hay algo que depende de Dios, y algo que depende de vosotros. De Dios depende su ser y su continuacion: de vosotros depende la impaciencia y la resignacion. Que esteis impacientes ó resignados no dejará Dios de hacer su voluntad; pero con esta diferencia, que impacientes os serán muy sensibles vuestros males, y resignados muy poco.

12. Bien me persuado Señores, que vosotros en el tiempo de la felicidad os proponeis sufrir con paciencia cualquier desgracia que os sobrevenga; porque con las luces de la razon y de la fe conoceis que sois hechuras de las manos del criador que soberano alfarero puede elegiros para vasos de su ira ó de su misericordia. Pero me temo que la violencia del mal que Dios os envíe, os hará quebrantar tan buenos propósitos, y os hará perder la paciencia. Puede ser que ameís las aflicciones miradas de léjos, y que las aborrezcaís de cerca. Tendreis tal vez una fuerza de leon para resistir los males que han de venir; pero apénas os sobrevengan, tendreis el corazon de un ciervo cobarde: *In pace leones, in bello cervi*. A lo ménos quisierais hacer con Dios el ajuste de que os aflija, pero no por mucho tiempo: que os envíe una enfermedad, pero ni larga ni molesta: que os quite algunos bienes de fortuna, pero no los que juzgais precisos. Y como Dios no admita este partido, se acabó vuestra paciencia. Qué injusticia! Qué locura!

13. Oíd como la ponderaba Judith á los habitadores de Betulia, cuando supo que habian resuelto entregar la ciudad á Holofernes que la tenia sitiada, como dentro de cinco dias no les viniera algun socorro. Que oigo? decia. Quereis entregar á Betulia á los Asirios, si Dios no os socorre dentro de cinco dias? (*Judith. viii. 11.*) *Qui estis vos qui tentatis Dóminum?* Así tentais al Señor? Os atreveís á poner término á su providencia? Buen medio por cierto para conciliaros su misericordia, prefijarle el dia en que ha de socorreros. Ha de gobernarse segun las leyes que le impone vuestro capricho? Ya está vista vuestra infidelidad, vuestra impaciencia: pues pasado este término ya no quereis aguardar el socorro. Acordaos decia aquella magnánima viuda, acordaos de vuestro padre Abraan que no mereció el honor de amigo de Dios, hasta que tuvo bien ejercitada su paciencia. Acordaos de la invencible constancia de Isaac de Jacob y de Moyses acreditada á pruebas de muchos trabajos. Acordaos tambien de aquellos otros que murieron á manos del ángel esterminador, ó de las serpientes en castigo de su impaciencia.

14. Así reprendia Judith á los Israelitas; y así debo reprender á aquellos cristian os que se atreven á señalar el término en que Dios ha

ha de darles lo que desean: en pasando mas tiempo abandonaremos dicen, la ciudad á los Asirios: esto es nuestra alma á la venganza á la lascivia á la impaciencia. Y bien, pregunto: quién perderá mas, Dios ó vosotros? Por eso dije que vuestra impaciencia sobre injusta era loca. Los otros pecados tienen algun falso atractivo que embelesa; pero la impaciencia ninguno. ¿Acaso la impaciencia os ha servido de alivio en vuestras miserias ó enfermedades? Ha movido el ánimo de alguno á que os favoreciera? Ha obligado á Dios á que se compadeciera de vosotros? Antes ha irritado al mundo y á Dios contra vosotros. Os ha sido de mucho daño, decia un santo padre, y de ningun provecho: *Murmuratio nihil prodest, & multum nocet* (*Gilbert. Serm. 14. in Cant.*).

15. Ya es pues hora Señores, os diré con el real profeta, ya es hora que en las tristes noches de vuestras desgracias levantéis las manos al cielo, y bendigais al Señor: *In noctibus attollite manus vestras in sancta, & benedicite Dóminum* (*Ps. cxxxiii. 3.*). En las noches fatales en que la muerte os arrebató al padre á la muger al amigo: en las noches oscuras en que el engaño y la astucia os quita vuestra conveniencia: en las noches tempestuosas en que el viento de una calumnia os infama: en las noches en que una enfermedad os molesta: en estas noches ó en estas desgracias levantad las manos al cielo, y bendecid al Señor. Otra conducta sobre seros nociva, es contra toda razon.

16. Miéntras que el sol la luna las estrellas, y todos los elementos obedecen á su Criador, el hombre que es el mas noble y el mas obligado con beneficios, ¿ha de resistir á su omnipotente voluntad? Si en una borrasca no va el bajel adonde el piloto quiere sino adonde le llevan los vientos, vosotros puestos en el mar tempestuoso de este mundo, ¿podreis resistir al impulso de aquel Espíritu soberano que le gobierna? No os burlarais de un hombre que habiendo atado su esquiife á una roca, quisiera traerla á sí y no ir hácia ella? Pues permitid que me burle de vosotros, de vosotros digo, que atados á la roca inmóvil de la divina providencia, os empeñais á traerla á vos resistiéndola, en lugar de acercaros á ella obedeciendo. Si sois sabios, seguid sus movimientos adorad sus órdenes, y resignados con su voluntad, decid con el santo Job: Dios que me dió el bien me lo ha quitado: en todo se ha hecho su gusto: sea su nombre alabado.

17. Mas ó Dios mio, Vos mismo que le quitasteis á Job los bienes, le disteis la paciencia para sufrir los males. Dadnos Señor, ese precioso don en estos tiempos en que se hace tan preciso por la miseria la afliccion y la pena que á todos alcanza. O hacednos ménos infelices ó mas sufridos. Perdonad Señor, los pecados de este pueblo que redemisteis con vuestra preciosa sangre. Levantad la pesada mano del castigo, tened lástima de nosotros, y tenedla aun mayor de

tantos locos insensatos que están ahora mismo provocando vuestra justicia bastantemente irritada. Dadles luz, para que distinguiendo los tiempos lloren ahora lo que rieron ántes. Y en fin si es voluntad vuestra que seamos miserables en esta vida, haced que los trabajos sufridos con paciencia sean medios para mover vuestra misericordia. Admitidlos por satisfaccion de nuestras culpas. Perdonadnos Señor, cuando estamos diciendo de lo íntimo del corazon, que nos pesa de haberos ofendido, &c.

DOMINICA XVIII. POST PENTECOSTEM.

Introduccion para el Año de 1743. que fué domingo del Rosario.

18. Me hallaba Señores, del mismo modo que otras veces en que ha ocurrido en domingo alguna de las festividades consagradas á María señora nuestra, me hallaba, quiero decir, con la indiferencia de si cumpliría con el deseo que tenéis de oír repetidas las voces con que aquella muger de quien habla S. Lucas aclamó feliz á María santísima, ó si atendería á vuestra necesidad buscando en el evangelio de S. Mateo algun documento que os instruyera y aprovechara. Y creció mi duda por añadirse otro extremo á mi eleccion con la noticia que se dignó á noche participarnos el Ilustrísimo señor Arzobispo mi Señor, de que estaba en su poder la sagrada reliquia del señor S. Pedro Pascual que con tanta ansia hemos solicitado, para esponerla á vuestra veneracion sobre las aras de este templo en que renació por la gracia del bautismo. ¿Qué, dije, me valdré de las espresiones con que manifestó S. Juan Crisóstomo su alegría por el arribo de las reliquias de S. Ignacio á Antioquía, y de S. Fócas á Constantinopla? Qué ya nos restituye la Iglesia de Roma para nuestro consuelo, al santo que le dió ésta para su mayor gloria? Ya está tan cerca la que ha de ser segura prenda de la divina proteccion? No cabe en mi pecho el regocijo, ni me atrevo en este breve rato á ponderar Feligreses míos, vuestra felicidad. Preventos para celebrarla con un espíritu verdaderamente religioso, con una piedad que sea agradable á los ojos de Dios y de nuestro santo ínclito mártir, cuando veais entrar por las puertas de este templo su reliquia.

19. Dije, y me quedé con la primera indiferencia, hasta que reparando que en otro año empleé esta media hora en ponderar la gloria que acarrea á María señora nuestra la devocion de su santísimo Rosario, he juzgado que sin defraudar vuestro deseo debia atender á vuestro provecho. Y mas reparando tambien que luego que aquella muger aclamó feliz á María señora nuestra, previno la magestad de Cristo, que mas que ponderar la felicidad de su madre debíamos procurar hacernos felices oyendo y aprovechándonos de la palabra de Dios; y así oí con atencion lo que nos refiere S. Mateo

en el evangelio de este domingo. Despues de haber estado el Señor algun tiempo en los términos de la ciudad de Genezaret, se embarcó en su lago para ir á su patria, y apénas llegó á ella le pusieron delante un paralítico para que le curara. Conoció como médico soberano, &c.

JACULATORIAS.

20. Dulcísimo Jesus, dueño nuestro! Hasta ahora rebeldes á vuestra voluntad hemos deseado hacer en todo nuestro gusto; pero ya reconocemos vuestra soberanía: y diciendo que se haga en toda vuestra voluntad, os rogamos que nos perdoneis.

Dios y Redentor mio! Mis pecados irritaron vuestra justicia: descargad sobre mí castigos severos en esta vida para aplacarla, y para conseguir que me perdoneis. Tened Señor, misericordia de mí.

Adorado Jesus mio! Sin vuestra ayuda no podré sufrir con paciencia los males que me envais. Dadme paciencia, y vengan sobre mí males. Misericordia Señor, misericordia.

PLÁTICA CVIII.

DE LA DOMINICA XIX. POST PENTECOSTEM

predicada á 1 Octubre de 1741: y á 4 de Octubre de 1744.

Extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter qui te portavit, & úbera quæ suxisti. Luc. XI. 27.

1. **N**o estrañéis Señores, que en muchas de mis pláticas haga invectivas contra los judíos; porque en casi todos los sucesos que nos refiere el evangelio, se me representan sus maldades execrables. Apénas veo que Jesucristo les hace un beneficio, cuando ya oigo que le corresponden con calumnias y con blasfemias. No mas léjos que en este capítulo nos dice S. Lucas que el Señor lanzó un demonio del cuerpo de un mudo, y que luego unos blasfemos dijeron que tenia pacto con Beelzebu; y otros sacrílegos hicieron burla y desprecio del milagro. Cómo pues puedo dejar de declamar contra una gente tan malvada? Cómo puedo dejar de llamarla generacion perversa? *Generatio hæc generatio nequam est (Luc. xi. 29.)*.

2. No seria fácil que suspendiera mi declamacion, si no percibiera las voces de una muger que grita: *Beatus venter qui te portavit, & úbera quæ suxisti*. Feliz, dice hablando con Jesucristo, la madre que te llevó en su vientre y te alimentó á sus pechos. Ya no tiene lugar mi invectiva contra los judíos, porque tus voces ó muger, arrebatan mi atencion y mis aplausos. ¿Cuánto sobresale tu piedad

en competencia de la impiedad de tus paisanos? Cuánto resplandece tu fe entre las tinieblas de su infidelidad? Cuán agradables son á Cristo señor nuestro las alabanzas que das á su santísima madre? Para engrandecerla no se vale de otras la Iglesia, cuya semejanza representas como dice el venerable Beda.

3. En las festividades de María santísima repite la Iglesia las palabras de esa muger para que la sirvan de elogio. Pero en ninguna otra con mas propiedad que en esta en que la veneramos madre del santísimo Rosario; porque á esta sagrada invocacion dió motivo un suceso muy semejante al del evangelio. A la mitad del siglo XII. sembró el demonio en la Francia Narbonense la heregía mas torpe y mas infame de cuantas habia sembrado hasta entónces en el campo de la Iglesia. La heregía digo, de los Albigenses, que igualaban si no escedian en la impiedad á los judíos mas insolentes. Pues combatian las leyes mas sagradas y los mas principales dogmas de nuestra fe. Daban por lícitos los adulterios los robos los homicidios los delitos mas enormes; ó creían que bastaba á perdonarlos la imposicion de las manos de sus falsos sacerdotes. Negaban la unidad de Dios, la fe á los libros del antiguo testamento, la presencia de Jesucristo en la eucaristía, la virtud á todos los sacramentos. Y aun llegaron á proferir que Jesucristo y su Madre fueron lascivos. Qué blasfemia! Qué horror! No hay Dios mio, en ese Israel un Elías que zele vuestro honor y el de vuestra madre? No hay algun Macabeo que arranque la lengua á esos sacrílegos? No hay alguno que como la muger del evangelio levante la voz para bendeciros, y para celebrar la dicha de vuestra madre? *Beatus venter qui te portavit*. Una heregía Señor, tan abominable; ha de inficionar todo el mundo? Todos han de ser Albigenses?

4. No, no Señores. Porque el mismo divino impulso que movió la lengua de aquella piadosa muger para que bendijera á María santísima en Judea, movió la del gloriosísimo santo Domingo de Guzman para que la alabara en Francia. Entónces fué cuando este insigne patriarca instituyó la oracion del santísimo Rosario que se llamó *Salterio de María*: porque se compone de ciento y cincuenta ave Marías, número igual al de los salmos de David. Y á la eficacia de esta oracion debieron Domingo y sus hijos la inmensa gloria de acabar con la heregía de los Albigenses, pues se vió patentemente que se caían las armas de las manos, y se disipaban las sombras de los entendimientos de estos, miéntras los otros con repetidas ave Marías imploraban el patrocinio de aquella reina que tiene la especial prerogativa de debelar las heregías. A la eficacia de esta oracion debió entónces la cristiandad la reforma de sus costumbres relajadas, y debe ahora los ejercicios de piedad que la santifican. A la eficacia de esta oracion atribuye la Iglesia las victorias que consiguieron sus hijos en los

los mares de oriente y en las campañas de Ungría. Y que mucho que causara tan admirables efectos una oracion que es muy agradable á María santísima, y muy provechosa á los pueblos? Así lo declaró ella misma á santo Domingo al tiempo de instituir la: *Est mihi gratissima* dijo, & *pópulis valde salutaris*. Y así os lo haré ver en el discurso de mi plática, manifestándoos en la primera parte los motivos que la hacen agradable; y en la segunda las circunstancias que la hacen provechosa.

Primera parte.

5. Ansiosos pedian los apóstoles á la magestad de Cristo que les enseñara á orar segun nos dice el evangelista S. Lucas en este mismo capítulo: *Dómine doce nos orare* (*Luc. xi. 1.*). Y cuando el Señor les enseñó aquella breve misteriosa oracion del padre nuestro, se creyeron felices, porque tuvieron por cierto que Dios de allí adelante atendería sus ruegos. Era segura la confianza de que le serian agradables aquellas palabras que habian aprendido de la boca de su hijo unigénito. Es verdad que no podemos Señores, señalar á Jesucristo por autor de todas las partes que componen la oracion del santísimo Rosario; pero como comienza por la del padre nuestro y continúa con la del ave María, es en todo venerable por su origen. Porque la oracion del ave María, ya sabeis que se compone de las palabras que pronunció el ángel S. Gabriel, de las de santa Isabel y de las que añadió nuestra madre la Iglesia. Y no es ménos venerable por el orden y la distribucion de sus partes, como inspirada en fin por Dios á santo Domingo, y aprobada de mas de trece pontífices.

6. Mas para qué me detengo en buscar el origen de la oracion del santísimo Rosario para persuadiros que es agradable á María santísima, cuando basta hacer una poca reflexion en la dicha que la acordamos, saludándola con el ángel? Fué sin duda el dia mas feliz para María Señora nuestra aquel en que S. Gábriel bajó del cielo á decirle, que ya se habia cumplido el tiempo deseado de los justos, esperado de los profetas y prometido á los patriarcas. Ya habia llegado el tiempo de que las nubes llovieran al justo, la tierra brotara al Salvador, y la vara de Jesé produjera la flor del campo. Ya habia llegado el tiempo en que habia de venir al mundo el hijo de Dios á hacerse hombre para redimirle. Qué nuevas tan alegres! Y aun mas la dijo: Que ella era la nube fecunda, la tierra vírgen, la vara de Jesé la madre de Dios Redentor del mundo. Qué felicidad! Ni puede concederse á pura criatura, ni puede concebirse mayor dicha. Pues esta es la que acordamos á María santísima, cuando tantas veces en su Rosario la saludamos con el ángel.

7. No puedo yo añadir otra prueba que mejor convenza que es agradable á María señora nuestra la oracion del santísimo Rosario.

que la que habeis oído. Pero el modo con que el ángel la anunció que Dios la habia elegido para madre suya engrandece mas su dicha, y nos hace ver el agrado con que oye de nuestra boca sus palabras. *Ave* la dijo, Dios te guarde: yo os saludo (*Lucæ* 1. 28.). Tenga Abraan á gran gloria el haber hospedado en su casa á los ángeles, y el haberlos venerado: que ya se trocaron las suertes: ya Vos, superior á los ángeles, sois el objeto de mi veneracion. Y señaló luego el motivo del extraordinario obsequio que la tributaba: porque estais la dijo, llena de gracia: *Gratia plena*. Vuestra gracia Señora, escede á la mia y á la de todos los ángeles y hombres; porque la fuente de la gracia, el Señor es contigo: *Dóminus tecum*. No solo como en las demas criaturas por esencia por presencia y por poder, sino con un modo especial y propio. El Padre está en Vos para daros vida, el Hijo para recibirla, y el Espíritu Santo para que tengais virtud de dársela. Por eso os aclamo bendita entre todas las mugeres: *Benedicta tu in mulieribus*. Bendita en vuestra concepcion sin mancha: bendita en vuestro parto sin dolores: bendita en vuestra muerte sin corrupcion: libre de todas las maldiciones que incurren las hijas de Eva por su pecado.

8. Hasta aquí Señores, el ángel; y es difícil pasar de aquí en alabanza de María santísima. Pero como esta Señora mira como propia la que damos á su hijo, oye con agrado que digamos con santa Isabel (*Luc. 1. 42.*): *Benedictus fructus ventris tui*: Bendito es el fruto de tu vientre: fruto todo de bendicion, en quien se halla lo que la infeliz Eva buscó y no encontró en el del paraíso. Pues por Jesus fruto vuestro, nos asemejamos á Dios. Por Jesus sacramentado en ese pan eucarístico, conseguimos una vida inmortal. O qué feliz sois diré con la muger del evangelio, pues produjisteis en vuestras entrañas y alimentais á vuestros pechos un fruto tan precioso: *Beatus venter qui te portavit, & úbera quæ suxisti*.

9. Hacednos pues felices, hacednos santos, ó feliz santa María. Sed madre nuestra, ó madre de Dios. Rogad por nosotros pecadores, cargados de delitos, indignos de ser oídos de vuestro hijo. Por eso á vos se dirigen nuestros ruegos, como á madre abogada medianera nuestra. Vuestra intercesion puede darles la recomendacion que no merecen. Rogad por nosotros ahora que nos hallamos combatidos de continuas tentaciones, que caminamos entre tinieblas entre precipicios, acosados de un espíritu invisible que nos persigue dia y noche. Nos damos por perdidos, si no rogais por nosotros ahora y principalmente en la hora en que doblan nuestros enemigos sus asaltos: en la hora crítica en que ha de decidirse nuestra suerte. Rogad por nosotros en la hora de nuestra muerte. Si hacedlo: *Amen*. Así sea.

10. Y así Señores, concluye la Iglesia la oracion angélica que tantas veces repetimos en la del santísimo Rosario, sin que por eso

nos espongamos al peligro de molestar á María santísima. Confieso que las alabanzas que unos hombres dan á otros en el mundo por lisonjeras que sean , repetidas fastidian : los cumplimientos mas obsequiosos , continuos enfadan : los ruegos la primera vez los oímos con atención , la segunda con disgusto , la tercera con impaciencia. Pero sería impiedad discurrir del mismo modo de las alabanzas que damos á Dios y á su madre , de los obsequios que les tributamos , de los ruegos que les hacemos. No, no hay que temer que la repetición les disguste ni los ofenda. Porque lo que una vez les agrada , según decía S. Bernardo , siempre les agrada. Saludad pues con el ángel á María , acordadla sin intermision su gloria y su dicha : implorad continuamente su protección , porque es continua ejecutiva nuestra necesidad. Repetid sin cesar la oración del santísimo Rosario , que sobre ser muy agradable á María santísima nos es muy provechosa , como vereis en mi

Segunda parte.

11. Cuando me oís decir con Alano de Rupe que la oración del santísimo Rosario es muy provechosa al pueblo cristiano : *Et pópulis valde salutaris* , no penseis que ha de ser eficaz , para que consigais las riquezas las dignidades á que anela vuestra ambición y vanidad : para que consigais los placeres que apetecen vuestros sentidos. No : sería ese un pensamiento impio. Es eficaz á juicio de aquel autor venerable , para reformar las costumbres , estirpar los vicios , promover las virtudes. Y estos efectos produjo en el mundo cuando la instituyó el gran patriarca santo Domingo. Diríais que se renovó el espíritu que en los primeros cristianos nos describe S. Lucas. Clara señal de que su oración tenía las calidades que la hacen agradable á María santísima , y provechosa á los hombres.

12. Para que lo sea también la vuestra Señores , es menester que os hagais cargo de la alta dignidad de María santísima con quien hablais : de que es reina de cielo y tierra : que es madre de vuestro Dios : que su poder y su misericordia son inmensas ; y así debéis acercaros á su trono con mayor respeto y confianza que al del príncipe mas poderoso y mas liberal del mundo. Es menester también que la atención acompañe vuestras palabras. Porque si cuando rezais el Rosario está vuestro pensamiento voluntariamente distraído en asuntos ó culpables ó á lo ménos impertinentes , os diré lo que la magestad de Cristo decía á los judíos : Esta gente con los labios me honra , pero su corazón está muy lejos de mí. Si cuando cantais el Rosario en el templo ó en esas calles , solo atendeis al eco que forman vuestras voces : os diré que sois órganos , no devotos de María. En esto me temo que es grande la ilusión de muchos , que ponen gran cuidado en buscar muchos músicos que canten é instrumentos que acompañen

pañen el Rosario que ellos costean: porque no quieren tanto golpe de música para que concilie la atencion de los oyentes, sino para que deleite su oído, ó lo mas cierto para satisfacer su vanidad ó su antojo. Qué engaño! qué lástima, hacer un acto de vanidad lo que debiera serlo de religion!

13. Pero lo que mas hace infructuosa la oracion del santísimo Rosario es la falta de devocion. No consiste, Señores, esta en palabras en genuflexiones ni en exterioridades, sino en una voluntad pronta de entregarnos á todo lo que es del servicio y del gusto de Dios, como enseña el angélico Doctor santo Tomas (2. 2. q. 82. a. 1.). Y aun por eso, continua mi ángel maestro, entre los gentiles se llamaron devotos los dos Decios que se sacrificaron á los falsos dioses. Considerad pues, si cuando rezais el Rosario, cuando saludais á María señora nuestra hay en vuestra voluntad una entera disposicion y prontitud para hacer lo que sea de su agrado. Sin ella bien podeis ser muy puntuales en rezarle todos los dias una ó muchas veces, que no por eso sereis devotos de María santísima. Poco importa, diré con Jesucristo, que digais: *Ave María Ave María, Domine Domine*. Si no hacéis la voluntad del Padre celestial, no entrareis en el reino de los cielos.

14. Permitidme Señores, que segun esta doctrina haga juicio de la devocion de los cristianos al santísimo Rosario. Y para ello solo puedo atender al modo con que observan la ley de Dios; porque las obras de virtud son las flores y frutos que produce el rosal de María en sus devotos. Y si en su lugar encuentro zarzas de perversas inclinaciones y espinas de pecados, debo juzgar que no echó raíces el rosal, no hay fondo de devocion. Ay! Cuán pocos son ó soberana Reina, vuestros verdaderos devotos!

15. Pues ciertamente que el Rosario que rezais es muy propio para escitar la devocion de vuestra voluntad. Porque su causa intrínseca y principal como enseña santo Tomas (11. 11. q. 82. a. 3.) es la meditacion de los beneficios de Dios: (*Ps. xxxviii. 4.*) *In meditatione mea* decia David, *exardescet ignis*: con la meditacion se inflamará mi voluntad. Y una vez que el entendimiento contemple la infinita beneficencia de Dios, exclamará con el mismo real profeta (*Ps. lxxii. 28.*): *Mihi autem adherere Deo bonum est*: Mi bien consiste en entregarme todo á mi Dios. Y como en el santísimo Rosario se nos acuerdan los principales misterios de la vida del Señor, que son los mayores beneficios que nos ha hecho: si los contemplais rezándole, no podeis ménos que agradecerlos amar á vuestro bienhechor, y consagrarlos á su servicio.

16. La contemplacion de los misterios del Rosario ha de ser el impulso que mueva vuestra lengua á alabar á María señora nuestra: ha de ser el lazo que una vuestro corazon con el suyo. Vuestros afectos

tos Señores, han de ser los mismos que los de esta soberana reina. Al contemplarla alegre en la encarnacion en la infancia de su amado hijo, tomad parte en su alegría que tan de lleno os tóca. Al contemplarla afligida en su pasion amarga, afligíos llorad vuestras culpas que dieron motivo á aquellas penas. Al verla feliz en sus glorias, elevaos sobre vosotros mismos; y sin deteneros á buscar á la madre y al Hijo en Nazaret en la casa de Zacarías ó en el templo: sin deteneros á buscarlos en el huerto de Getsemani en el pretorio de Pilatos ni en el Calvario, subid á los cielos á adorar á entrambos gloriosos y triunfantes.

17. Allá Señora, se suben en este dia nuestros deseos. Nuestras almas aspiran á tener parte en la gloria que gozais. Este ha de ser el fruto de nuestro Rosario, hasta ahora infructuoso desagradable á vuestros ojos por nuestra irreverencia nuestra distraccion nuestra tibieza en rezarle. Pero ya de aquí adelante le rezaremos obsequiosos atentos devotos, si vuestro Hijo nos asiste con su gracia. Pedídsela vos Señora, que le teneis grato, que ya nosotros arrepentidos de haberle ofendido, le pedimos perdon &c.

JACULATORIAS.

18. Dulcísimo Jesus! Qué fineza nos hicisteis dándonos á vuestra madre para abogada nuestra! Qué sería de nosotros sin su proteccion? A ella recurrimos para alcanzar el perdon de nuestras culpas. Perdonadnos Señor: misericordia, Dios mio.

Amabilísimo Jesus! Las graves ofensas que os hemos hecho nos dejan llegar al trono de vuestra magestad: nos acogemos al amparo de vuestra santísima madre. Por su intercesion os pedimos que nos perdoneis: ya arrepentidos decimos, que nos pesa de haber pecado.

Soberano Dios, Redentor nuestro! Nuestra irreverencia nuestra distraccion nuestra tibieza en rezar el Rosario de vuestra madre, son la causa de no haber sido oídos nuestros ruegos. Ya obsequiosos atentos devotos la decimos una y mil veces: Dios te salve María, rogad por nosotros pecadores.